ARTURO MONTESANO DELCHI

LAS GRANDES FIGURAS DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA

(1ª SERIE)

LA INDIA - H. P. BLAVATSKY
H. S. OLCOTT - A. BESANT
C. JINARAJADASA

BUENOS AIRES
N. B. KIER, EDITOR - TALCAHUANO 1075

LAS GRANDES FIGURAS
DE LA
SOCIEDAD TEOSOFICA

(1ª SERIE)

DEL MISMO AUTOR

(EN PREPARACIÓN)

LAS GRANDES FIGURAS DE LA S. T. (2ª y 3ª Serie).

LA SOCIEDAD TEOSOFICA. Su pasado, su presente, su porvenir.

J. KRISHNAMURTI Y SU MENSAJE.

EL SIMBOLO Y LA FIESTA DEL LOTO BLANCO.

ANDANZAS DE UN IDEALISTA (anárquico, naturista, teósofo y masón).

PREFACIO

En las páginas que siguen, hallará el lector "semblanzas" y no "biografías".

La biografía es la historia particularizada, detallada y documentada de la vida de un individuo, escrita sobre la base de documentos a su vez sometidos a la más rigurosa crítica histórica. La semblanza, en cambio, no es más que un bosquejo de esa vida; como si dijéramos una síntesis de sus rasgos más salientes.

Prefiero la semblanza a la biografía; porque la tendencia moderna es la de formarse una idea general, contemplar la visión panorámica de un personaje ilustre más bien que conocer todos los incidentes y las actividades de su existencia, las buenas acciones o los yerros que pudo cometer. A menudo, las biografías suelen dejar al lector en la duda — cuando éste no abandona la lectura por cansancio quizás en el momento menos oportuno. — En las semblanzas eso no ocurre. Su brevedad las protege.

Además de estas razones, hay otra, quizás la de mayor importancia. ¿Qué es lo que en el fondo más nos interesa en la vida de un personaje histórico? Si no tenemos una marcada inclinación a ser eruditos o chismosos, lo único que para nosotros tiene valor es el bien que dicho personaje ha hecho o ha deseado hacer a sus semejantes, el ejemplo, los puntos de apoyo, el impulso, el estímulo o como quiera llamarse que nos ha dado para ser mejores de lo que somos. Es ese bien lo que debe resaltar en la semblanza, aún a riesgo de ocultar los defectos. ¿Qué nos interesan los defectos ajenos?

¿No tenemos bastante con los nuestros? ¿No son nuestros defectos lo que al fin y al cabo queremos corregir?

De los cuatro Personajes que aparecen en este libro sólo he tratado a uno, al Sr. Jinarajadasa. A los otros los he conocido a través de sus actos, conservados en las obras por ellos realizadas, y de sus escritos. Pero los actos y los escritos son también cosas vivientes. En cada detalle, en cada línea hay un fragmento de la fuerza espiritual que les dió forma. Basta colocarse en las condiciones debidas para unificarse con esa fuerza y dar vida a la semblanza.

Es lo que he tratado de hacer.

El Autor.

CAPITULO I

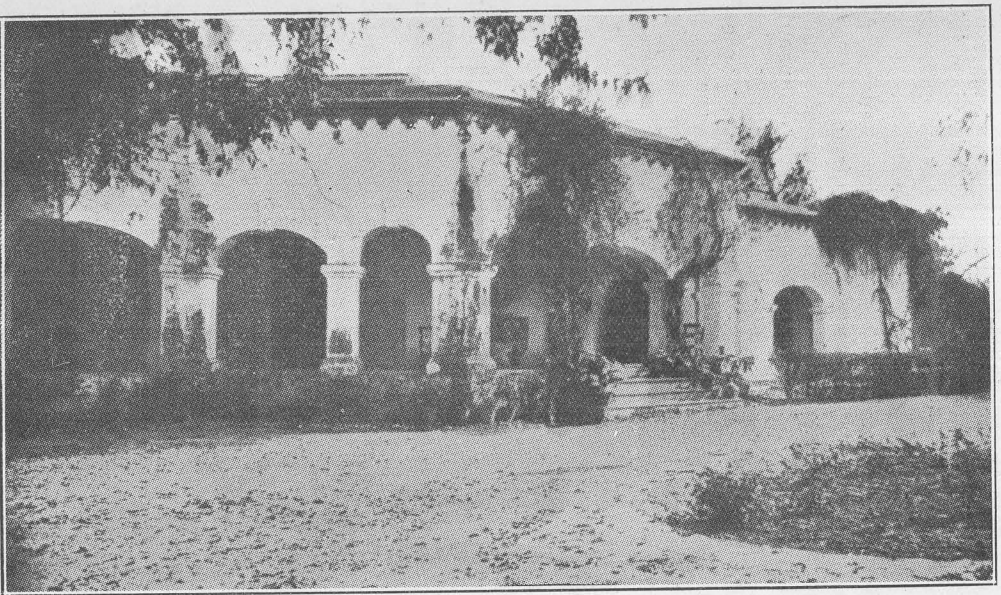
LA INDIA

Las cuatro Figuras que he tratado de bosquejar han nacido o han residido o se han iniciado en la India. Esto explica suficientemente porque se dedica a dicho país el primer Capítulo del libro.

La India, cuándo y cómo empezó a conocerla el Occidente.

Todo el mundo conoce a Champolion, a Volney, a Saly, que abrieron al conocimiento occidental las puertas que cerraban los misterios y los tesoros de las civilizaciones de Egipto, Siria y Arabia. Pero nadie conoce a Anquetil Duperron. Y sin embargo, fué él quien abrió las puertas detrás de las cuales se escondían los misterios y los tesoros de las civilizaciones de la India y de Persia.

Anquetil Duperron nació en París y en su ciudad natal estudió lenguas orientales. Un buen día, decidió ir a la India. Pidió el auxilio oficial y recibió muchas promesas; pero como estas promesas nunca se cumplían, el 7 de Noviembre de 1754, se embarcó como recluta para el país de sus ensueños. Tenía 20 años; juró volver con documentos exactos y precisos y cumplió su juramento. Diez años duró su aventura. Durante todo este tiempo pasó por peligros y tuvo que someterse a pruebas inenarrables. El peligro mayor



La mansión de los sabios en el cuartel teosófico de Benarés
Shanti Kunja o lugar de paz

lo constituyeron las mujeres. Sultanas y bayaderas se disputaban al apuesto joven parisiense. La India defendía de ese modo su arcaico saber. Y así, el viaje de Anquetil Duperron tuvo todo el sabor de un viaje iniciático. A los 10 años volvió a su país con un extracto de los Vedas y una traducción del Zend-Avesta.

A partir de entonces se fundaron las escuelas de Orientalismo y particularmente de Hinduísmo en Francia, Inglaterra y Alemania. De ellas fueron surgiendo respectivamente Colebrooke, Rosen, Schlegel, Burnouf, Wilson, Langlois, William Jones, Max Müller y cien otros. De todas las obras notables publicadas por estos ilustres pensadores, merece un recuerdo especial la de Rosen, quien, en 1833 publicó una edición del Rig-Veda en cuatro idiomas: sánscrito, inglés, francés y alemán.

Los Rishis.

Literalmente la palabra Rishis significa "aquel que ha visto". Fueron anacoretas, ascetas solitarios, los que bebían el místico y sagrado Soma (la ambrosía de los griegos, el maná de los hebreos, el néctar de la inspiración) es decir, el entusiasmo [1], la exaltación que realiza la unión con lo Imperecedero. Vivían en los bosques, en las orillas de los ríos y lagos, en chozas cubiertas de hojas. Eran sus compañeras las gacelas - las gacelas que vemos aparecer en Sakuntala y al lado de Buddha. Las fieras y las alimañas los respetaban.

Fueron ellos los que volvieron a encontrar la Palabra Perdida por los Atlantes, de que tanto se habla en el ceremonial masónico; los que en el silencio y la soledad, sumidos en profundas meditaciones llegaron a los más altos estados contemplativos, a las fuentes mismas de la vida. Fueron ellos los verdaderos arquitectos de la grandeza de la India, los que proporcionaron los elementos filosóficos, religiosos, morales que en con-

(1) Repare el lector en la estructura de la palabra entusiasmo: **en Teos**, que significa en Dios, en estado Divino.

junto fueron el patrimonio de la Raza, la Brahma Vidya o Sabiduría Divina.

Fueron ellos los que proporcionaron el saber a los brahmanes, el valor a los chatriyas, la inteligencia a los vaishyas, la capacidad de trabajo a los sudras, la resignación a los parias, la Liberación a todos.

Mientras los hombres percibían por intermedio de los sentidos, observaban y analizaban la naturaleza externa, los rishis, en el apartamiento de su retiro veían todas las manifestaciones como formas variadas de expresión de la Vida Una y contemplaban en el laboratorio eterno de la misma cómo se movían todas las fuerzas creadoras, en un magnífico trabajo de síntesis.

Los Vedas.

Los hindúes tienen una expresión genérica para indicar el conjunto de obras que para ellos encierra toda la sabiduría. Esta expresión es "Brahma Vidya", Sabiduría de Brahma o Divina (2). Correspondía a lo que los griegos llamaron "Teosofía", expresión usada por San Pablo en la 1ª Epístola a los Corintios.

Antes de proseguir debemos hacer dos advertencias: la primera es que la palabra "Divina" no significa en manera alguna "de Dios". Su simple estructura lo demuestra, pues la **v** de Divina no figura en la palabra Dios. Es que para los hindúes "Divino" o "Devino" proviene de "Deva", que literalmente significa "espíritu de luz", "centro de luz", algo así como un foco, un campo electro-magnético, como se dice hoy en la Física occidental. A su vez la palabra Deva deriva de la raíz *div*, que significa brillar, resplandecer, formar, construir. Los Devas simbolizan corriente de fuerza, manifestación de la energía una y primordial en orden sucesivo y jerárquico. La segunda es que el concepto que los hindúes han tenido de Dios, como Causa Primera, Infinito y Absoluto, difiere mucho del con-

(2) No confundir **Vidya**, que significa Sabiduría con **Jñana o Gnani** que significa conocimiento.

cepto occidental hebreo-cristiano, más o menos antropomórfico. Para los hindúes Dios es Aquello, lo Incognoscible, Parabrahm, del que no se debe hablar, la Causa sin causa que sólo se admite analógicamente, pues es indemostrable. Algunas escuelas filosóficas de la India, la Sankhya y la Buddhista por ejemplo, nunca lo nombran, siendo ésta la razón que las ha hecho considerar como ateas.

La Brahma-Vidya se divide en dos grandes categorías: la "Para-Vidya" y la "Apara-Vidya". La 1ª es la Sabiduría Superior, oculta, esotérica, velada por símbolos y alegorías, no publicada o publicada parcialmente; la 2ª es la sabiduría inferior, la que se da al público y aún así en forma velada. De la primera los europeos no conocen absolutamente nada, a pesar de lo cual se permiten juzgar al alma hindú. Apenas si conocen, y no siempre interpretan bien, la segunda, llena de errores provenientes de las muchas interpolaciones que ha sufrido a través de los tiempos.

La Apara-Vidya comprende los Vedas: el Rig-Veda, el Sama-Veda, el Jagur-Veda y el Atharva-Veda, que contienen el Ritual, el Glosario, la Gramática y la Liturgia, es decir la parte externa o exotérica de la Sabiduría.

La Para-Vidya comprende: la Jñana-Vidya o Sabiduría de los poderes ocultos, la Maha-Vidya o Sabiduría de la Revelación (Teofanía), la Gupta-Vidya o Sabiduría de los Mantrams, la Atma-Vidya o Sabiduría de la Suprema Realización, la unión permanente con El (Teurgia).

Es inútil perder tiempo para establecer la edad y los autores de todos estos libros sagrados. Conformémonos con considerarlos como los más antiguos del mundo, como las Pirámides de la literatura, según dijimos en cierta oportunidad. Sus autores fueron muchos; cada libro fué el resultado de los esfuerzos de muchas personas. Y si con frecuencia vemos aparecer el nombre de Vyasa, convendrá recordar siempre que

se conocen 28 personajes que llevaron este nombre y que la palabra Vyasa en sánscrito significa "ordenador".

Ramayana.

Aunque Michelet llama a este libro "la Biblia de los hindúes", creemos que no puede gozar de este privilegio especial. Se refiere a la conquista de la India por Rama. Parece que este Rey guerrero fué una reencarnación del Manú de la Raza y que su nombre quiere decir "constructor". Si es así, correspondería a una manifestación especial del 3r. Logos. Como quiera que sea, es indudable que Rama, con los mejores elementos que habían sobrevivido de la catástrofe atlante, blanqueados durante su larga permanencia en las regiones hiperbóreas, pasó los Himalayas y penetró en la India. Históricamente es la conquista de la 5ª subraza, de los arios, (los nobles, los venerables) llevada a cabo para someter a los diferentes restos ya en decadencia de razas y subrazas anteriores — negros, rojos y amarillos — que poblaban el Dekán. La conquista fué larga y terrible. La batalla final duró 7 días; en el último instante se trabaron en singular combate el mismo Rama con el Jefe de las huestes contrarias, el terrible Ravana, prototipo del mago negro, quien había robado a Sita, la esposa de Rama. Ravana fué herido y muerto, sus partidarios dispersos y Sita rescatada.

Si consideramos que en la lucha intervinieron animales, elementales y dioses, los 7 días de combate, el rapto de Sita, las artes de magia blanca y negra empleadas en la guerra, comprenderemos fácilmente lo que nos dicen ciertos autores, y es que en el Ramayana todo es simbólico y alegórico, inclusive los grandes sufrimiento de Rama originados por las dudas respecto a su esposa.

Rama fundó un imperio inmenso, dándole una magnífica organización de carácter sinárquico (gobierno

de los principios) ([3]) sobre la base de las cuatro castas: brahmanes, chatryas, vaishas y sudras. Los parias fueron los conquistados.

Mucho se ha fantaseado sobre las castas; es porque las hemos conocido cuando ya estaban desorganizadas y en plena degeneración. El pensamiento que tuvo presente Rama al establecerlas, según Schuré ([4]) fué este: "la naturaleza, es decir la manifestación, es aristocrática, en el sentido que busca siempre la expresión más bella, fuerte y perfecta, al mismo tiempo que el Universo es una Jerarquía de fuerzas que se refleja en la humanidad con una serie o escala de valores bien definidos".

No olvidemos también que antiguamente "aquel que había oído leer o recitar el Ramayana, aunque fuese de la casta más inferior, estaba en camino de redimirse".

Mahabhárata.

Es el poema épico de la India. Se compone de 220.000 versos distribuídos en 18 libros. Este Nº 18 lo vemos figurar muchas veces en los textos sagrados del mencionado país; 18 son los Upanishads y 18 las Slokas del Bhagavad Gita.

Literalmente la palabra Mahabhárata quiere decir la Gran Guerra o el Gran Guerrero, pues bhárata significa al mismo tiempo Príncipe, Guerrero, Bardo. Fué la Guerra entre los Pandhavas y los Asuras, dinastías solares y lunares respectivamente. El Mahabhárata incluye un resumen del Ramayana, el Bhagavad Gita (canto Celeste o del Señor), "una de las joyas místicas más preciosas del mundo, traducido a todos los idiomas, poema ecléctico sobre el cual medita todo hindú culto sea cualquiera la escuela filosófica o el culto religioso al que pertenece" según dice el Sr. Jinarajadasa en el Prólogo de la magnífica traducción ita-

---

(3) Léase el folleto "La Sinarquía", por A. Montesano Delchi, casa editora Juan Roldán, 1923.
(4) Véase "L'Evolution Divine".

liana que, en compañía de la Sra. Kirby, ha hecho de ese sagrado libro.

El poema termina con la batalla de Kurushetra y con el triunfo de la dinastía solar, alusión bien evidente al triunfo final de los principios espirituales y divinos sobre los naturales y personales (5).

Puranas.

Literalmente esta palabra quiere decir "antiguos". También son 18. Los componen una colección de escritos simbólicos y alegóricos. Uno de los más importantes es el "Vishnu Purana" del cual nos habla ampliamente la Sra. Besant en su obra "Evolución de la Vida y de la forma". Presentan la Sabiduría a través de leyendas y narraciones y describen los poderes y luchas de los Dioses (Devas) en forma comprensible para el público.

Upanishads.

Literalmente quiere decir "sentado cerca" (del Maestro para recibir instrucciones). En sentido lato es la instrucción secreta y la capacidad de distinguir la verdad del error. Para los hindúes la Verdad es el conocimiento y la unión con Brahmán, el Supremo Señor, Imperecedero en lo perecedero.

Los Upanishads son libros en que está expuesta la interpretación esotérica de los Vedas, de acuerdo con el método de la Vedanta. Hay que entenderse con respecto a eso de la parte esotérica, en el sentido de que se exponen puntos de vista particulares y lo que es conveniente exponer. En general, los Upanishads tratan de todas las cuestiones abstractas y metafísicas, tales como el origen del Universo, la naturaleza y esencia de la Divinidad, la conexión primitiva y final entre el Espíritu y la materia, la universalidad de la mente, del Ego y del alma humana.

---

(5) Del Mahabhárata sacó Kalidasa el argumento para su inmortal drama "Sakuntala".

Manava-Dharma-Sastra.

Literalmente quiere decir "El Libro de la Ley de Manú". Repárese que no se trata de leyes sino de Ley; no es, pues, un código, en el sentido que hoy damos a esta palabra, que contenga artículos para castigar delitos, sino que encierra todo lo que se refiere a la conducta civil y religiosa del hombre. En efecto — dice Deslongchamps, en su traducción francesa — además de las materias de que se ocupa ordinariamente un código, se hallan reunidos en las Leyes de Manú, un sistema de cosmogonía, ideas de metafísica, preceptos que determinan la conducta del hombre en los diversos períodos de su existencia, numerosas reglas relativas a los deberes religiosos, a las ceremonias del culto, a las prácticas piadosas y a las expiaciones, reglas de purificación y de abstinencia, máximas de moral, nociones de política, de arte militar y de comercio; una exposición de las penas y las recompensas después de la muerte, así como las diversas transmigraciones del alma y los medios de llegar a la beatitud.

Brahmanas.

Es una obra compuesta por y para brahmanes. Contiene los comentarios y las interpretaciones de aquella parte de los Vedas destinada al uso ritualista y para guía de "los dos veces nacidos", que tales se consideran los brahmanes.

Tantras.

Literalmente, significan "reglas", "rituales". Son obras mágicas, mediante cuyas fórmulas se pueden conocer las leyes ocultas de la naturaleza y desarrollar muchos poderes en el hombre, aprovechando las energías generadoras (Kundalini o fuego serpentino).

Los hay de tres clases: de magia blanca, negra y gris. Muchos autores, entre ellos la señora Besant y Rama Prasad, nos aconsejan dejarlos de lado, pues su estu-

dio sólo puede emprenderse sin peligro bajo la guía de un maestro competente. Avalon ha escrito una obra notable sobre este método de desarrollo, — "The Serpent Power" — que cita con mucho respeto el señor C. W. Leadbeater en su libro "Los Centros de Fuerza".

Yoga Sutras.

Literalmente quiere decir "aforismos de Yoga". Su autor es Patañjali. Pero la escuela Yoga — una de las 6 "Darsanas" o escuelas filosóficas de la India — es muy anterior a este autor. Los aforismos unidos por Patañjali dan reglas de vida y de meditación precisas y graduales para el desarrollo interno que pueden conducir al estudiante hasta la Liberación espiritual. La palabra Yoga significa "unión" y se usa para designar la unión o armonía del Yo humano o interno con el Yo divino o universal. Corresponde al éxtasis de los místicos cristianos.

Han comentado los Aforismos de Patañjali muchos hombres de gran talento o intuición, entre ellos el Swami Vivekananda.

El Libro de Dzyan.

Es el manuscrito que utilizó la señora Blavatsky para escribir "La Doctrina Secreta". En "The Theosophist" de Agosto de 1909, pág. 591, se dan interesantes informaciones respecto a él. Entre otras cosas se dice: "Un manuscrito arcaico, una recolección de hojas de palmeras, hechas impermeables al fuego, al agua y al aire, mediante algún procedimiento oculto, está delante de los ojos de la escritora (H. P. B.). En la 1ª página, en una hoja de fondo negro opaco hay un disco blanco inmaculado. En la página siguiente, el mismo disco, pero con un punto central. El libro parece intensamente magnetizado, porque si una persona toma una página en sus manos, ve en seguida pasar delante de sus ojos una visión de los acontecimientos que el libro describe, mientras que al mismo tiempo le parece

oír una especie de descripción rítmica de dichos acontecimientos en su propio idioma. Las páginas de ese manuscrito no contienen palabra alguna; sólo tienen símbolos''.

Por su parte, el señor C. W. Leadbeater dice que el original del ''Libro de Dzyan'' se halla en Shamballa, en las manos del Augusto Jefe de la Gran Jerarquía Oculta. La señora Blavatsky sólo vió una copia. El manuscrito parece ser anterior al mundo que habitamos.

Krishna.

Si Rama domina, como encarnación del Manú, toda la historia política, económica y social de la India en su época de mayor esplendor, Krishna, la encarnación del Bodhisattwa — aquél cuya esencia se ha hecho inteligencia — domina toda la parte filosófica, religiosa, moral y mística de ese mismo período histórico y de los sucesivos. Parafraseando el dicho de que el Egipto es hijo del Nilo, se podría decir que la India es la hija de Krishna. Ni el mismo buddhismo, tan profundo y filosófico, pudo suplantar a Krishna.

Este sér extraordinario es considerado como uno de los Grandes Instructores, un aspecto especial del Logos, hijo de Vishnu, el Logos en su aspecto unificador, de sabiduría y amor. Tan grande es su acción que se pretende verlo como una figura simbólica. En cambio fué un personaje real. Apareció en el momento oportuno, como siempre sucede en estos casos, cuando la civilización, que es un aspecto externo de la vida, debe ser seguida por la cultura, que es su aspecto interno. Krishna enseñó el amor a la vida en todas sus formas o manifestaciones, de esa vida que es el descenso del Alma Universal en la materia, su involución en todos los seres, y el amor divino que es la evolución humana, es decir, del alma individualizada y su ascenso hacia la fuente. Los medios para alcanzar esa plenitud (el pleroma de los gnósticos) enseñado por Krishna fueron: el amor, la bondad, la compasión, el conocimiento y la

fe; en una palabra, la identificación del pensamiento con el principio Atma, el aspecto divino. A la obra de Krishna se debe además la dignificación de la mujer, que fué considerada a la par del hombre y consagrada como sacerdotisa del hogar. Krishna hizo de la mujer un instrumento de arte, una mediadora entre lo humano y lo divino.

Buddha.

También aparece en el momento oportuno, 600 años antes de Cristo y al mismo tiempo en que Pitágoras fundaba su escuela en Crotona, cuando todas las castas habían degenerado, encerradas las de arriba en la más estricta y cruel ortodoxia, llenas de odio las de abajo contra sus opresores. La selección natural auspiciada por Rama y por Krishna, tan necesaria a la perfección humana, que es gradual y progresiva, ya no era más una fórmula nacional; había quedado limitada, y en el aspecto puramente material, a los dogmáticos brahmanes, para quienes ya no existía el espíritu de las Sagradas Escrituras, sino apenas el formulismo de la letra muerta.

Buddha produjo la gran revolución. Su casta real, la renuncia a todas sus prerrogativas, riquezas y comodidades, el retiro a la selva, en la que durante 7 años hizo vida de anacoreta, la percepción espiritual de las Cuatro Grandes Verdades y la prédica de las mismas entre todas las clases, señalaron para la India y para el mundo entero el inicio de una nueva era. Buddha reveló las grandes leyes del Karma, del Dharma y de la Reencarnación, afirmó que en el sufrimiento no hay diferencia alguna entre los hombres y enseñó a éstos cómo libertarse de la rueda de los nacimientos, que es la única causa del dolor, mediante la renuncia a todo lo que es transitorio.

Krishnamurti.

En la serie de los Grandes Avatares, Krishnamurti

es el último. El también nació en la India (6). Desde hace dos años se ha revelado como Instructor del Mundo. Las admirables enseñanzas que ha dado en los Congresos de Ojai y de Ommen y en la India, en sus escritos, conferencias y respuestas a los que lo han interrogado en diferentes ocasiones, son demasiado recientes y están demasiado vívidas en nuestra memoria para que las mencionemos aquí.

Oriente y Occidente.

A grandes rasgos hemos dado a conocer a la India antigua. Hemos tomado este país como "tipo" por dos razones: la primera es que la India es nuestra madre, ella es el depósito sagrado de todo lo espiritual que tiene nuestra cultura occidental; quiérase que no, nuestra filosofía, nuestra religión, nuestra moral y nuestro arte tienen sus raíces en la India; la segunda razón es que en ella nacieron y de ella vinieron todas las figuras brillantes de la Sociedad Teosófica, que son precisamente la mano fraternal que el Oriente ha tendido al Occidente en el momento de mayor crisis espiritual de éste.

Se ha pretendido crear un antagonismo y una oposición entre el mundo oriental y el occidental. Se trata de una oposición fantástica, que tiene por origen un falso concepto de la patria, de la nacionalidad, de la raza y de las costumbres. Al mundo hoy sólo se le puede considerar como una inmensa casa habitada por una inmensa familia que es la Humanidad. Tanto para la construcción de la casa, como para la formación de la familia han intervenido los más diversos elementos y factores. Cuando consideramos, pues, el problema — ya que se le quiere llamar así — de Oriente y de Occidente, no podemos en forma algunas considerarlo como formado por elementos y factores opuestos, sino concordantes. Y si queremos ser honestos, tendremos que re-

(6) Nació en Madanapalle, el 25 de Mayo de 1895.

conocer que el factor discordante, en todo caso, es el Occidente y no el Oriente. Es el Occidente que ha inventado una serie de peligros, por ejemplo, el peligro amarillo. De un siglo a esta parte, asistimos al doloroso espectáculo de un mundo occidental que ha asumido una actitud falsa, inquietante, guerrera, conquistadora e injusta frente al mundo oriental. Es esta actitud la que ha provocado la lógica reacción japonesa. El Japón, dice la Sra. Besant, venciendo a Rusia, ha salvado la civilización y el ideal orientales.

Si el problema se plantea no en el terreno de la competencia industrial y comercial, sino fraternalmente, sobre la base de la cooperación, y si además de los factores económicos hacemos intervenir los filosóficos, psicológicos y morales, no sólo se simplifica sino que queda resuelto con una admirable sencillez. Los dos continentes, aunque en realidad no se puedan llamar así, aportarán cada uno sus mejores elementos y de común acuerdo colaborarán para formar una nueva cultura que no será oriental ni occidental sino mundial.

Esta es la idea fundamental de todos los teósofos, M. S. T. del Occidente, hijos adoptivos de la Gran Madre India. De ella nos ha venido la luz. Ella no nos abandona y con frecuencia nos envía a uno de sus hijos, mensajeros de paz, heraldos de amor, apóstoles de fraternidad internacional y humana.

Nunca como en este momento nos han hecho más falta esa clase de viajeros. Hace cuatro años, R. Tagore visitó a Europa. Entrevistado, a su regreso a la India, por un periodista e invitado para que concretase en una idea general la impresión que le habían causado los países de ese continente, pronunció estas fatídicas palabras: "Europa me ha dado la impresión de un país enloquecido que estaba bailando y cantando al rededor del ataúd en el cual pronto debía encerrar su cadáver". La situación, lejos de mejorar se ha agravado. Nos hemos enterado, con profundo dolor y asombro, que el Sr. Marcault, en el Congreso de la Federación Teosófi-

ca Europea, realizado en Bruselas en Julio último, ha declarado que los preparativos bélicos de algunas naciones son tan formidables que hoy se puede lanzar una bomba desde Londres a Nueva York y se pueden destruir ciudades enteras en el espacio de pocas horas.

Contra este estado de cosas debemos alzarnos los espiritualistas e idealistas del mundo entero, para siquiera quedar tranquilos con nuestras conciencias si es que, a pesar de tantos esfuerzos en pro de la paz, la guerra, la desolación y la muerte vuelven a dominar en el mundo. En estas nobles tareas la Argentina ocupa un puesto de honor. Además de las organizaciones teosóficas y espiritistas, hay partidos obreros que luchan por la paz. Funciona un Comité Pro-Paz Mundial y una Orden del Olivo que, prestigiada por destacadas personalidades, promete dar magníficos resultados.

El Occidente, hijo de una pseudo-religión guerrera, parece que ha adoptado como lema las palabras "guerra, guerra, guerra". Desde hace miles y miles de años, en cambio, el Oriente pronuncia por boca de sus hijos, después de todas sus meditaciones e invocaciones, estas santas palabras: "paz, paz, paz a todos los seres". ¿Dónde está el conflicto? ¿Quién lo provoca? ¿Quién se demuestra superior en esta milenaria batalla entre los elementos materiales y humanos y los poderes espirituales y divinos?

La Misión de la India.

Cada país tiene una misión que realizar en el mundo, un Dharma que cumplir, como se dice en lenguaje hinduísta. Mientras esa misión no se realice, ese pueblo continúa subsistiendo, por grandes que sean los obstáculos exteriores que se les quiera oponer, y siempre que él mantenga intacto el anhelo de realizar su cometido. La India está más viva que nunca, prueba de que su misión no está cumplida. Es que la India es un inmenso crisol donde se funden los elementos étnicos mejores que han producido las diferentes razas y sub-razas

del planeta, donde se funden todas las grandes aspiraciones y los más nobles ideales. Su alma está en su Sabiduría y eso la hace inmortal. Su misión es, precisamente, la de ir trasmitiendo esa herencia sagrada, esa Sabiduría Divina a las generaciones presentes y futuras del mundo entero. Del mismo modo que de las cumbres eternamente nevadas de los Himalayas baja de contínuo la linfa que va a fertilizar las inmensas llanuras quemadas por un sol de fuego, así, desde sus Santuarios, Subterráneos, Monasterios y Escrituras Sagradas, celosamente custodiados, se va dando al mundo la linfa fertilizante del alma humana que le permitirá elevarse a los divinos esplendores de la Vida Superior.

Es verdad que la India se ha dejado conquistar. Pero se ha dejado conquistar como lo hace una mujer cuya más elevada aspiración es la de llegar a ser madre. La India va siendo la madre de sus conquistadores.

En la fórmula de la nueva cultura internacional que se prepara, el Occidente puede aportar los elementos para la construcción externa y el Oriente los que se necesitan para la construcción interna. El Occidente suministrará las piedras cúbicas, finamente labradas, para la edificación de la Gran Obra. El Oriente dará las piedras cúbicas de los Egos, también finamente labradas, con el cincel de todas las virtudes. Cada continente enseñará al otro los secretos del Arte Real que posea.

Los Mensajeros.

La reproducción del Loto se efectúa en la India de una manera original y bella. Son los cisnes que recogen sobre sus níveas alas el polen de la flor sagrada y lo depositan en los cálices de los azules nenúfares que crecen en las orillas de los ríos.

Se nos ocurre que Blavatsky, Olcott, Besant y Jinarajadasa son también cisnes que han recogido en sus almas el polen de la Sabiduría Divina y lo van depositando en los cálices de nuestros corazones para fecundarlos y hacernos partícipes de ese místico festín.

Hay algo en todos ellos de la majestad del imponente Himavat, de la solemne placidez del Ganjes, de la aurora hindú que, según el poeta, tiene la frente de color de rosa y el corazón de ámbar. Son ellos Bháratas, prícipes, bardos, cantores y poetas, mensajeros de paz, heraldos de amor, apóstoles de fraternidad. Hay en ellos todos los delicados perfumes de la flora de esa tierra privilegiada, toda la mística capacidad constructora y organizadora del pensamiento oriental, acostumbrado a escalar alturas que a nosotros nos producen vértigos, todo el penetrante y sutil análisis psicológico que llega a conocer los matices más íntimos de nuestras almas, toda la especulación metafísica que permite trascender los límites impuestos por el tiempo, todo el desarrollo místico que nos permite libertarnos de las limitaciones impuestas por el espacio. En sus corazones arde el fuego sagrado, el Agni, que es la vida de todo lo existente; y éllos, Hotris cuales son, es decir sacerdotes encargados del sacrificio, levantan su corazón como simbólico vaso y después de haber hecho ante el altar de la Humanidad la ofrenda sagrada, después de haber pronunciado el milenario mantram: "Señor, condúceme de lo ilusorio a lo real, condúceme de las tinieblas a la luz condúceme de la muerte a la inmortalidad", nos invitan a que bebamos en ese vaso un trago de juventud, de vida, de belleza, de paz y de amor.

CAPITULO II

HELENA PETROVNA BLAVATSKY

> Mientras cuente la Sociedad Teosófica con unos cuantos miembros leales dispuestos a trabajar sin recompensa ni agradecimiento; mientras unos pocos teósofos sinceros la sostengan con donativos periódicos, vivirá y nadie podrá destruirla.
>
> Los Maestros no dirigen la Sociedad, ni siquiera a los fundadores. Velan por ella y la protegen. Bien lo prueba que ningún error la haya quebrantado y ningún ataque destruido. Los Maestros miran el futuro y no el presente y cada error es sabiduría acumulada para el porvenir.
>
> **H. P. Blavatsky.** Clave de la Teosofía, págs. 208 y 216.

De cómo yo he visto a H. P. B. (1).

Parecerá extraño este título, sabiendo que yo no ví nunca a la co-fundadora de la S. T. Y quizás no falte quien repare que mejor que visto podría haber dicho comprendido o sentido. Por mi parte, prefiero el verbo usado; y agrego que hay muchas formas de ver. Se ve con el simple ojo físico, como lo hacen los irracionales; se ve con el ojo mental, como lo hace el hombre; se ve

(1) Ella quería que se le llamara así, con las iniciales de sus nombres y apellido.

con el ojo de la razón, como lo hace el crítico; con el del corazón, como lo hace el devoto; con el del alma, como lo hace el pensador; y por fin se ve con el ojo del espíritu, vale decir con sus vehículos superiores, como lo hace el que quiere ver desde todos los puntos de vista. Y en este último caso, ver equivale a percibir, comprender, sentir, amar, admirar, adorar e imitar. Así he visto yo a H. P. B. Y opino que sólo cuando se ve en esa forma tenemos derecho para hablar de la Verdad, la que está encerrada en un objeto, en una persona, en una actitud, en un ideal.



H. P. B.

Me explico la incapacidad para comprender a la Sra. Blavatsky por parte de muchos de sus biógrafos, y aún de sus amigos, los que la conocieron personalmente y los que la conocieron a través de sus obras; por parte de los mismos que estuvieron a su lado y que un buen día la abandonaron. La vieron parcialmente y sus juicios resultaron parciales. Algunos autores — bien intencionados quizás, pero incapacitados para una visión amplia, de conjunto—salieron de apuro diciendo que era una mujer incomprensible, polimorfa, variada, desconcertante por la extraña mezcla de cualidades buenas y malas y por sus actitudes a veces humanas y a veces divinas. Agregaron que era un enigma indescifrable, una especie de esfinge y que por eso mismo es imposible dar de ella una idea, una imagen, una semblanza, un retrato bien definido. La consecuencia desagradable de esta actitud es que, con la ayuda de hechos reales y documentados, pero mal interpretados, se infiltra la duda no sólo en el

ánimo de muchos estudiantes novicios de Teosofía, sino en el de algunos que se creen muy adelantados. En ciertos momentos, yo también he sido una víctima de esa duda hasta que no adopté la debida actitud interna que la disipó por completo.

H. P. B. ha sido, es y seguirá siendo incomprensible sólo para aquellos que no quieren comprender. Sus defectos — prescindiendo de la enseñanza oculta, según la cual los defectos que vemos en los demás no son más que el reflejo de los nuestros — tienen su razón de ser y su importancia, como veremos más adelante. Y en cuanto a ser ella una esfinge, me permito decir que no lo fué ni más ni menos de lo que lo es cada uno de nosotros. Basta recordar la leyenda y el símbolo griegos de Edipo.

Esto, naturalmente, no nos autoriza a ser demasiado rígidos con los biógrafos y los críticos de H. P. B. Ha sucedido siempre lo mismo cada vez que la crítica ha pretendido juzgar a un genio y a un precursor. Para no fallar, sería necesario que el crítico se colocara dentro del genio y del precursor, es decir que lo fuera él también. Pero en ese caso dejaría de ser crítico, pues los genios y los precursores no se juzgan entre sí, sabiendo que cada uno de ellos es un obrero que coopera en la construcción de una obra común. Bruno no se permitió jamás juzgar a Copérnico; ni Goethe a Dante, ni Lincoln a Washington, ni Wagner a Beethoven. Se limitaron, después de haberlos comprendido, a venerarlos y a seguir sus huellas. El crítico, que vive en su época y también para su época, no puede comprender al genio porque éste se adelanta a ella. Teosóficamente, decimos que se trata de Egos muy desarrollados que encarnan en un momento y en un país fijados de antemano para presentar aspectos nuevos de la Vida, un aspecto siempre Superior al que conocen las masas. Para comprenderlos y aceptarlos es necesario hallarse en condiciones especiales de percepción, dispuestos siempre a abandonar los viejos moldes, los viejos hábitos y abrir el alma a los preceptos nuevos. Y para hacer eso es indispensable un

valor moral y una elasticidad de mente que no todos poseen. Por eso mismo son pocos los que siguen a los genios, a los Precursores, a los Grandes Instructores, los que recogen sus enseñanzas y se encargan de difundirlas. No hay más que recordar el caso de Colón. La teoría de la redondez de la tierra, que hoy conoce un niño de las escuelas primarias, hizo reir a casi todos los "sabios" contemporáneos del gran navegante, inclusive los de Salamanca. Y esto no sucede una sola vez en la historia sino siempre. El barón de Holbach, y posteriormente todos los discípulos de la escuela de Tubinga, muchos siglos después de la aparición del Cristianismo, no entendieron al Cristianismo. La actitud mental unilateral, que podríamos llamar exceso de intelectualismo, con frecuencia impide comprender el alma de un personaje o de un movimiento. A ellos debió referirse Jesús cuando dijo: "Dichosos los que no han visto y han creído". En verdad, una creencia aceptada devocionalmente muchas veces capacita para una más amplia visión de la Verdad de lo que puede hacerlo una actitud excesivamente racional.

Hay que ver por sí mismo.

El fenómeno Blavatsky, — llamémosle así — entra en la categoría de los grandes hechos históricos, los que producen una profunda revolución en las conciencias. Más que un sér humano, H. P. B. parece haber sido un torbellino cósmico que vino a despertar millones de durmientes, a presentar una nueva orientación filosófica, a exigir de la ciencia una mayor exactitud de interpretación de los hechos observados, de las religiones una mayor pureza, de los hombres una mayor moralidad. Vino en un momento en que el agnosticismo — como dice Schuré — pronunciaba su fatídico "ignorabimus", es decir que nosotros no conoceremos nunca el fondo de las cosas, dejemos pues de ocuparnos de ese fondo; en que el materialismo sentenciaba que no hay más que materia e instintos, tratemos pues de obtener de ellos el mayor y el mejor provecho posible; en que en la literatura rei-

naba el fatalismo y en el arte el realismo, con frecuencia duro, oscuro, grosero; en que se desconocía la importancia y la belleza del sentimiento religioso, tan profundamente humano y divino, a la vez que universal; en el momento del nihilismo filosófico y de la duda asfixiante en el que, para satisfacer las ansias más íntimas, no se veía otro camino que el de volver sumisos al yugo de las Iglesias, aceptando sus dogmas y sometiéndose con fe ciega a sus imposiciones. ¿Cómo no protestar, gritar, reaccionar, insultar y calumniar a una mujer que venía como un ciclón a derribar toda una montaña de falsedades, de prejuicios, de pretensiones, que habían enturbiado y desconcertado las inteligencias, que habían secado las fuentes vivas del corazón? ¿Cómo no lapidar a una mujer que venía a repetir al hombre — como Jesús a Lázaro — levántate, surge del sepulcro en que tú mismo te has encerrado, tú no eres el pecado, tú no eres un puñado de ceniza, tú eres un Dios, eterno e inmortal; levántate, trabaja, crea, lucha, sufre y espera en tu porvenir espiritual, que tiene más importancia que tu presente físico, persevera y anda, anda por el camino que te señalan los Grandes Seres y confía en Ellos pues te han de ayudar de edad en edad.

Quizás, un espíritu sutil podría objetar, ante las frases que acabo de escribir, que hay en ellas una flagrante contradicción. Y podría preguntar: Si H. P. B. o cualquier Ego similar, aparece en el preciso momento de crisis espiritual, si viene a calmar las ansias y las dudas, ¿por qué en vez de aceptarla se la rechaza? Yo no puedo contestar de una manera completamente satisfactoria a esta pregunta. El hecho está ahí y cualquiera puede constatarlo, no sólo en este caso sino en las miles de veces que se ha producido en la historia del progreso humano. Sin embargo, si el de la pregunta quiere acompañarme en la investigación, es probable que encontremos algunas explicaciones.

En primer lugar, se me ocurre que la gran masa de la Humanidad no evoluciona por sí misma sino por el im-

pulso que le dan sus dirigentes: sabios, hombres de ciencia, sacerdotes, políticos, comerciantes, industriales y en nuestros días los escritores, autores y periodistas. Son ellos que plasman el alma popular y lo hacen en virtud de sus prestigios intelectuales, de su posición social, política y económica, de las promesas o amenazas religiosas y sobre todo por esa cadena interminable de intereses creados que, poco o mucho, arrastra a todos. Ir pues, directamente a las masas es perder el tiempo; además hay de por medio un principio jerárquico que no se puede hacer a un lado. Más eficaz es pues ir contra los dirigentes, empleando los métodos que se estimen más oportunos. Juan el Bautista les grita: "raza de víboras, arrepentíos"; Jesús los echa a latigazos del Templo; H. P. B. emplea su palabra y su pluma incisivas, hirientes, mordaces, sin compasión ninguna para el error y sus corifeos. ¿Cómo no había de producir reacciones violentas entre los lastimados?

Otra razón parece ser la del sacrificio voluntariamente aceptado por parte de los Grandes Seres, pues a la posteridad suele hablar más el sacrificio de los Instructores que sus enseñanzas. ¿Quién se ocupa hoy del aspecto místico del Cristianismo? ¿Cuántos son los que conocen el panteísmo filosófico de Bruno? Apenas un puñado de hombres. Todos los demás saben que Jesús fué crucificado y Bruno quemado vivo. Pero cada vez que se le recuerdan estos episodios dolorosos, el alma universal se conmueve, protesta, llora, comprende que esos mártires se inmolaron por ayudar a sus semejantes y en esas condiciones de alma produce una inmensa ola de emoción que es debidamente aprovechada por los encargados de recogerla y distribuirla. Sucederá también así con H. P. B. Los martirios morales que le hicieron padecer sus desleales, ignorantes e interesados adversarios, enemigos y calumniadores hablarán a las generaciones futuras más que las profundas enseñanzas regaladas a manos llenas en todos sus escritos.

El verdadero pensador, pues, debe aprender a inde-

pendizarse de los críticos y ver por sí mismo. Los críticos no le podrán dar más que juicios parciales, volubles, impresionistas, apasionados muchas veces. Los Seres Superiores escapan a toda crítica. Saint-Beuve pudo decir todo lo que quiso de muchos grandes escritores franceses, pero se halló impotente para definir a Montaigne. He aquí porque los juicios críticos necesitan una constante renovación, cuyo pretexto es el hallazgo de nuevos documentos y cuya verdad es que un super-hombre no comprendido en su época lo es cada vez más a medida que transcurre el tiempo. Razón tiene Ferrero cuando nos dice que la Historia hay que renovarla cada 50 años. Tenemos a este último respecto el ejemplo muy reciente de los grandes actores de la Revolución Francesa. Algunos, que estimábamos héroes y mártires, están descendiendo a la categoría de ladrones y traidores; otros salen de la penumbra o se rehabilitan adquiriendo contornos de semi-dioses. ¿Qué se dirá de ellos dentro de un siglo? ¿Cuántas reputaciones hechas y deshechas se desharán y volverán a rehacer? ([2]).

Después de ver hay que vivir en ella.

Para comprender a H. P. B. es necesario meterse un poco dentro de ella, como hacen los escrupulosos artistas teatrales al identificarse con los personajes que representan. Es necesario vivir sus ideales, sus luchas y su época; es necesario haber actuado en la S. T. — en todas sus Secciones — con perseverancia, haciendo caso omiso de todas las imperfecciones humanas para no ver sino la elevada finalidad que la anima; es necesario saber algo de los inmensos dolores de la humanidad y de los esfuerzos gigantescos que hace un número limitado de Maestros para aliviarla. Acabo de escribir la palabra Maestros; es necesario también tenerlos siempre presentes cuando se ha-

(2) Véanse las obras del notable historiador francés Albert Mathiez: **Autour de Robespierre, Autour de Danton, Robespierre Terroriste, Un procés de corruption sous la Terreur, La Revolution Française.** Y véase también el libro **La Revolution Française**, del joven autor Pierre Gaxotte, que acaba de aparecer.

bla de H. P. B. Ellos, ésta, la Teosofía y la S. T. son elementos constitutivos de la misma Entidad Idealista. La Teosofía es la Divina Energía que constantemente fluye sobre el mundo; los Maestros son los encargados de distribuirla; la Sra. Blavatsky la canalizó hacia el Occidente; la S. T. es el canal. Por eso le decía el Maestro K. H. al señor Sinnett, en cierta oportunidad, que la T. y la S. T. eran la mano fraternal, cariñosa, salvadora que el Oriente tendía al Occidente en el momento en que este último atravesaba una gran crisis espiritual. Cuando se pierde de vista cualquiera de esos elementos los demás resultan incompletos, su comprensión difícil, su labor y su obra deficientes. Así les ha sucedido a muchos que vivieron al lado mismo de H. P. B. y no la comprendieron, abandonándola.

Yo he tratado de vivir con la Sra. Blavatsky. Empecé por aceptar sus doctrinas; después me identifiqué con su alma, es decir que me sentí animado por sus sentimientos, por su idealidad, por su espíritu de justicia, de abnegación, de sacrificio; sentí en mi propio corazón el inmenso amor y la inmensa devoción que ella sintió por los Maestros y por la humanidad; y poco a poco, con los años, comprendí a H. P. B. en toda su grandeza, la ví brillar en todo el esplendor de su existencia super-humana.

Tratemos, hermano lector, de penetrar juntos en esa existencia.

Se trataba de un Ego muy evolucionado.

Algunos antecedentes históricos son indispensables.

Dice H. P. B. (*Clave de la Teosofía*, pág. 219): "En el último cuarto de cada siglo los Maestros ayudan más resueltamente al progreso espiritual de la humanidad". C. W. Leadbeater ha hecho interesantes investigaciones a este respecto y he aquí lo que nos dice en *Los Maestros y el Sendero* (Cap. 11):

"En 1275, Rogelio Bacon inicia la época de la restauración mental, principio de la democratización de la cultura y del Renacimiento.

En 1375, aparece Christián Rosen-Kreutz quien dió un

gran vuelo a la cultura con la fundación de la "Orden de los Hermanos de la Cruz de Oro" llamados después Rosacruces en homenaje a su fundador.

En 1475, mediante el invento de la Imprenta se fija el saber ofreciendo a todo el mundo la oportunidad de ilustrarse y preparando así la Reforma.

En 1575, se hace una primera tentativa de unir las diversas clases sociales por intermedio de las Sociedades Secretas, lo cual significaba el inicio de la democratización de la política.

En 1675, se proclama en algunos países (especialmente Inglaterra) la libertad política.

En 1775, mientras Wáshington se pone al frente de las tropas que luchan contra Inglaterra, para conquistar la independencia de la América del Norte, en Francia se inicia la oposición a Luis XVI (subido al trono el año anterior) que debía culminar 14 años después en la Revolución destinada a proclamar los Derechos del Hombre (3).

En 1875, se funda la Sociedad Teosófica que unida a todas las otras Sociedades de Investigaciones Psíquicas, a la Iglesia Católica Liberal, a la Francmasonería etc., democratizan el ocultismo dando a quien lo desea la oportunidad de acelerar su propia evolución.

En 1975, parece que lo que hoy se llama esoterismo tomará un gran vuelo y hará dar al mundo un enorme paso en la Evolución Espiritual".

¿Por qué ha de ser en el último cuarto del siglo? A ciencia cierta no lo sé; pero me supongo que las sociedades también tienen sus ciclos, períodos o etapas como los hombres. Y de la misma manera que éstos recogen, utilizan, aprovechan las experiencias en la última parte de su vida, es decir en la edad madura (4), también en las colectividades ha de suceder lo mismo, sólo que en ellas la edad, en vez de contarse por años, se cuenta

(3) C. W. Leadbeater deja en blanco lo que ocurrió en el último cuarto del siglo XVIII. Lo he llenado yo como mejor he podido.

(4) Esto, independientemente de las transformaciones que suelen realizarse cada siete años.

por siglos. La verdad es que en las primeras tres cuartas partes de cada siglo se preparan los elementos que darán su floración espiritual en la última cuarta parte, según hemos visto. Por lo que se refiere al siglo pasado, en un artículo publicado en el número de Teosofía en el Plata dedicado a conmemorar el 1er. Cincuentenario de la S. T. intenté una exposición sintética de los hechos más salientes que en él se produjeron (mormonismo, espiritismo, Ciencia Cristiana, etc.). Como no es necesario repetirse, invito al lector que tenga interés acuda a ese artículo.

Por razones que no es necesario analizar aquí, los Maestros no siempre intervienen directamente para prestar ayuda a la Humanidad [5]. Con frecuencia, se valen de ciertos y determinados Egos que están en condiciones de ser buenos cooperadores y que voluntariamente se ofrecen, como ya hemos visto. Los que han estudiado astrología, saben que algo tiene que ver con lo que acabo de decir, el nacimiento (encarnación) de algunos seres, que tiene lugar bajo la constelación de Piscis [6]. Queda entendido que esos Egos no son perfectos; por el contrario, suelen tener muchas deficiencias y taras. Pero, como su ofrecimiento es espontáneo, representa un gran sacrificio, y tienen ellos ciertas condiciones indispensables, los Maestros los aceptan, reservándose naturalmente el derecho de ir puliéndolos y perfeccionándolos poco a poco a fin de que realicen la misión que se han impuesto de la mejor manera posible. Los Egos, por otra parte, saben lo que les espera; pero eso nada les importa, porque han decidido cumplir el acto que se han impuesto a pesar de todas las protestas de la personalidad. Si interpretamos de acuerdo a este cri-

(5) Es posible lo hagan sólo cuando necesiten renovar su cuerpo físico, los que actúan en el plano físico.

(6) El nacimiento del mismo Jesús — el Hermano del Sacrificio, como se le llama en el Ritual de Krotona — está relacionado con este hecho astronómico, pues la constelación de Piscis es la nacional de Palestina. Este detalle sirvió a Kepler en 1604 para realizar sus cálculos, de los que resultó que la fecha del nacimiento de Jesús coincidía con la que habían establecido las investigaciones ocultas.

terio la Visión de Engaddi, de que nos habla el Nuevo Testamento, es posible que nos hallemos frente a un significado mucho más profundo que el que normalmente se le da. H. P. B. fué uno de esos Egos. Si se la eligió con preferencia a otros debió ser porque reunía una cantidad de condiciones positivas que constituían una seguridad de éxito para los que la iban a utilizar.

He aquí explicado, de una manera sencilla y lógica — perdóneseme la pretensión — el porque de esa diversidad de actitudes que constituyó la desesperación de sus biógrafos y de muchos que vivieron a su lado. No supieron discernir la actitud egoica de la personal, es decir que no fueron capaces de ver que todo lo personal es transitorio mientras que la parte egoica y divina queda a través del tiempo y del espacio. Es esa actuación divina que iremos desentrañando en los párrafos que siguen. Después de lo que acabo de decir, la tarea puede resultar simplificada.

Lo que necesitaba eran discípulos animosos.

H. P. B. nació en una noble familia rusa. Todas las buenas y malas cualidades del feudalismo, por ley de herencia física, aparecieron en ella y se manifestaron durante muchos años. Nació sietemesina; su cuerpo era débil, enclenque, enfermizo; su sistema nervioso estaba siempre agitado y excitado. Desde niña, sin embargo, se notó que tenía carácter, cualidad básica, que en cierta oportunidad he definido como el ritmo que se establece entre el pensamiento y la acción; que era de una sensibilidad exquisita; que sabía hacerse querer, es decir que tenía lo que llamamos don de gentes. Estas hermosas cualidades persistieron durante toda su existencia, con pequeñas modificaciones, según veremos.

Su sensibilidad, por ejemplo, empezó a manifestarse desde niña en forma desconcertante para los prejuicios de una familia noble y sobre todo en la Rusia de aquella época. A todos los halagos y comodidades de los áureos salones de su palacio, prefirió el juego libre y la

camaradería con los hijos de los vasallos de su familia, considerados casi como siervos. Durante toda su vida mantuvo esa característica sentimental. Los dolores y los sufrimientos de los menesterosos le atrajeron siempre más que las alegrías y las comodidades de los ricos y potentados. Recuerde el lector el episodio de El Havre, cuando cambió su boleto de primera clase por varios de tercera, a fin de ayudar a una pobre mujer abandonada con sus pequeñuelos, y diga después si era o no un Ser Superior.

La especial estructura de su sistema nervioso también había de servirle en la primera etapa de su misión, cuando fué necesario cooperar con el movimiento espiritista para sacar de él el mayor provecho posible a fin de derribar al preponderante materialismo, pues sabido es que todos los fenómenos del psiquismo requieren una estructura nerviosa especial para producirlos. He dicho psiquismo y no mediumnidad porque son fenómenos bien distintos. Ha sido voz corriente y continúa siéndolo, aún entre muchos teósofos, que H. P. B. fué al principio una medium, mientras no hubo tal cosa, a no ser que se confunda la palabra medium con el término "mediador", pues ese era el caso de H. P. B.; fué una mediadora como, en mayor o menor escala, lo somos todos los que nos ponemos incondicionalmente al servicio de un ideal. En H. P. B. lo que hubo fué un poderoso desarrollo y un completo dominio del astral que le permitía realizar fenómenos extraordinarios para el mundo profano, sobre todo por lo que se refiere al manejo de muchas entida-


H. P. B.

des que habitan el plano astral.

He dicho que desde niña mostró tener carácter. En efecto, cuando tuvo que realizar su obra no la preocupó más que ésto y no reparó en ningún obstáculo para llevarla a cabo, importándosele muy poco lo que pudieran pensar o decir de ella amigos o enemigos. Ante la suprema voluntad de su Ego, que se había impuesto una misión, todas las protestas de la propia y ajena personalidad no tenían para ella ninguna importancia. Se había puesto incondicionalmente al servicio de los Maestros y lo único que a ella le interesaba era obedecer sus órdenes.

Parecerá extraño decir que tenía don de gentes cuando todos hemos leído que muchos de los que le fueron amigos se volvieron contra ella por no poder soportar sus modales, sus denuestos y aún sus accesos de ira. Pero no hay en eso contradicción. Es verdad que H. P. B. tenía un gran poder de atracción y que era difícil sustraerse a su influjo; pero para con los amigos o personas que vivían con ella o los que la tomaban como guía y maestro ella adoptaba una actitud determinada con propósitos bien definidos. Necesitaba ella saber cuáles eran los hombres en quienes podía tener confianza para elegirlos como sus ayudantes y continuadores de la Gran Obra, y para ese importante trabajo de selección nada mejor que probarlos en sus debilidades y susceptibilidades. Quien no era capaz de soportar las pequeñas molestias a que ella de intento los sometía, menos podía ser capaz de soportar las molestias de que tan rico es el Sendero del Discipulado y sin las cuales no se pueden desarrollar las grandes cualidades y virtudes impuestas en las consiguientes disciplinas; aquel que fracasaba en esa experiencia, que se fuera. ¿Para qué lo quería ella? Lo que ella necesitaba eran obreros para la obra y no amigos personales. Lo que necesitaba eran discípulos animosos, devotos, dispuestos al servicio y no contertulianos de los buenos momentos, hipócritas solapados y egoístas disfrazados. La Condesa Wachtmeis-

ter ha arrojado alguna luz sobre este punto que aparece tan desconcertante a los críticos superficiales. No hay uno solo de los que le permanecieron fieles — desde Olcott a la Sra. Besant — que no declarara haber tenido que desarrollar una paciencia infinita para soportar las duras pruebas a que H. P. B. los sometió. Pero, vencidas las pruebas, todos volvieron a encontrar en ella a la mujer noble, fina, aristocrática y cariñosa que habían conocido al principio.

Afirman algunos autores que ella fué una extravagante y una excéntrica y apoyan su afirmación en una serie de hechos que para un hombre corriente pueden en realidad aparecer como anormales. Pero, ¿qué sabemos de lo que hay en la contraparte oculta de cada uno de nosotros y con más razón en la de los Grandes Seres? Del momento que aceptamos sus honradas declaraciones de que ella "por gratitud a los Maestros se puso a sus órdenes", admitamos también, siquiera a título de hipótesis, de que muchas de sus excentricidades pueden haber sido el resultado de órdenes y contraórdenes recibidas. Y admitamos además que se trataba de una época especial y de una misión más especial todavía; época en que era más fácil llamar la atención del mundo indiferente a las cosas del espíritu con una excentricidad que siendo un modelo de virtudes. ¿Quién hubiera hecho caso entonces de un Jesús? Nadie. En cambio, las excentricidades de una noble dama rusa, que entre otras curiosas aventuras registraba la de haber arrojado un candelabro a la cabeza de su marido en la misma noche del casamiento, despertaron la atención de muchos y, siquiera por curiosidad, quisieron ellos saber quien era, qué quería y así, indirectamente se enteraron de que detrás de ella había una doctrina llamada Teosofía y una Sociedad Teosófica encargada de divulgarla. A los Grandes Seres cada uno los conoce a través de aquello que a cada uno le es peculiar. Bien hemos visto lo que ha sucedido en estos últimos tiempos. Para que el mundo reparara en la venida de un Gran Instructor, fué necesa-

rio fundar una Orden especial que, trabajando asiduamente durante 17 años, aprovechó la fuerza emotiva desarrollada por los devotos de todo el mundo y preparó a este mismo mundo para recibirlo. Cuánta razón tenía el Maestro K. H. y cuánta verdad encierran aquellas célebres palabras que en cierta oportunidad le dijo a Sinnett: "nosotros echamos mano de todas las circunstancias para ayudar a la Humanidad; hasta aprovechamos el patriotismo cuando no tenemos a nuestra disposición algo mejor".

Su vida física y su acción externa.

En un modesto esbozo como el presente, no se puede hacer historia. Me limitaré pues a describir a grandes rasgos y de una manera sintética como pasó la vida física de esta extraordinaria mujer.

La primera fase de su existencia se caracterizó por los viajes. Casi todo el mundo fué recorrido de un extremo a otro. a tal punto que considerado este aspecto de una manera externa, aparece como una manía, un verdadero espíritu de vagabundaje. Revelaciones posteriores nos hacen saber que dichos viajes tenían su razón de ser. Sabido es que toda la superficie del planeta está llena de centros magnéticos y de comunidades ocultistas e iniciáticas que los custodian y vivifican, usándolos como si fueran las usinas donde por una parte se recogen, utilizan y regularizan las fuerzas creadoras y en particular las emocionales producidas por los devotos, y por otra se esterilizan las fuerzas disolventes que producen todos los egoísmos humanos.

Los viajes de H. P. B. tenían por objeto visitar esos centros con finalidades que no estamos en condiciones de detallar bien. Con toda seguridad, su educación oculta, es decir su desarrollo interno, fué preparado entre esas comunidades hasta que se halló en las debidas condiciones para ser iniciada e instruída durante su larga permanencia en el Tibet, sede central y única de todas las comunidades ocultas, centro espiritual del planeta,

residencia de la G. L. B. que dirige los destinos del planeta. Omito hablar de lo que se ha dado en llamar la gran crisis experimentada por H. P. B. en la ciudad de Tiflis, en la que se pretende que "quedó completamente curada" de su psiquismo, por ser un asunto delicado, difícil y que no se puede aclarar en pocas líneas. Reparando bien en las fechas, el lector podrá llenar este claro por su cuenta.

En el año 1874 la vemos actuar en los E. U. de Norte América participando en la desconcertante fenomenología espirita que venía a dar un golpe de muerte al materialismo. Como ella producía todos los fenómenos que quería, con una abundancia, variedad y libertad realmente extraordinaria, se la clasificó de "medium", a pesar de sus reiteradas protestas de que las almas de los muertos nada tenían que ver con lo que ella hacía, pues todos sus fenómenos eran el resultado de su propia voluntad empleada sobre las entidades que habitan en el astral. Ya hemos visto, en un párrafo anterior, lo que ésto significa y no hay porque insistir (7). El hecho sobresaliente de ese año fué el encuentro con el coronel

---

(7) En el capítulo "Fenómenos Ocultos" del Libro de Oro de la Sociedad Teosófica (pág. 53 de la Edición original inglesa que está traduciendo al castellano la Sección Cubana), se lee lo siguiente:

"H. P. B., por virtud de sus estudios de ocultismo, tenía dominio sobre ciertas fuerzas invisibles de la naturaleza y podía ella misma realizar muchos fenómenos de ocultismo, pero, además de los efectuados por ella, se produjeron varios, con determinado objeto, por otros discípulos de los Adeptos, bajo Sus instrucciones.

"En 1880, los Adeptos explicaron cuidadosamente que aún cuando Ellos al parecer tenían un poder ilimitado sobre las fuerzas de la Naturaleza, sin embargo, en virtud de que Ellos estaban obligados a usar todo átomo de Su poder sólo para el servicio de la humanidad, no podían hacer uso de Sus poderes ocultos en todos los casos, sino solamente cuando había probabilidades de obtener un resultado adecuado. En general, la regla de ocultismo es la de no realizar fenómenos de ninguna especie con objeto de dar apoyo a una teoría filosófica. Por larga experiencia, los Adeptos sabían que nadie se convence en vista de un fenómeno que confunda su intelecto; pero si antes de que el fenómeno se efectúe uno ha podido apreciar los principios en que descansa, entonces cada fenómeno viene a ser la demostración de la existencia de una ley natural, de igual modo que con experimentos de laboratorio se comprueban las teorías expuestas en clase.

"Sin embargo, en 1880, en virtud de las circunstancias excepcionales que obligaban a organizar un movimiento de carácter mundial para com-

Olcott, a quien le estaba reservado el desempeño de una gran misión en el mundo, y de un grupo de entusiastas idealistas, futuro núcleo para la constitución de la S. T.

En 1875 (17 de Noviembre) la fundación de la S. T. fué un hecho. Debo hacer notar, una vez más, que la Sociedad no surgió en la forma como hoy la conocemos. Haber puesto en aquella época la Fraternidad como su primer objeto, sin cuya aceptación no se puede formar parte de ella, quizás habría sido un error y habría significado condenar a muerte a la naciente Institución. Su primer programa era muy extenso y, aunque amplio, un poco confuso. Se hablaba en él de despertar las facultades intuitivas, mejorar a los miembros en su aspecto intelectual, moral y espiritual, mantener relaciones cordiales entre las distintas naciones para que confraternizaran, etc. Considerado ese programa en conjunto, se ve que su tónica era libertar a la conciencia de todos los dogmas, científicos o religiosos que fueran, de todos los prejuicios, temores, milagrerías y demás y no aceptar nada que, examinado a la luz de la razón y de la intuición, resultara imposible de comprender o cuya acep-

---

batir el escepticismo y el materialismo que prevalecían en aquella época, los Jefes de la Hermandad de los Adeptos dieron autorización para que se utilizara cierta cantidad de Su energía para la realización de fenómenos, los que consistieron principalmente en "precipitación" de cartas, en la materialización de varios objetos y en la producción de sonidos desde el éter. Se produjeron muchos otros fenómenos de menor importancia que no es necesario mencionar aquí.

"Ahora bien, lo importante en este asunto es el hecho de que los Adeptos y Sus discípulos se encontraban en el Tibet en sus cuerpos físicos, mientras que los fenómenos habían de producirse bien en la India o en Europa. Por esta razón los Maestros, con objeto de economizar toda la energía posible, tuvieron necesidad de un centro en el plano físico que les sirviera de canal para enviar las corrientes necesarias para los fenómenos. En estos tiempos de la telegrafía sin hilos, sabemos que para recibir un mensaje se requiere que la estación receptora esté preparada para ondas de longitud igual a las utilizadas por la estación transmisora. De igual modo, cuando los Maestros se dispusieron a hacer uso de Sus energías, se consideró necesario tener un centro en el plano físico. H. P. B. fué ese centro, y algunas veces también fueron utilizados como sustitutos, el coronel Olcott y Damodar K. Mavalankar.

"Cuando H. P. B. estaba preparándose para salir de Inglaterra, en 1885, el Maestro K. H., en una carta que dirigió a la Srta. Arundale, dijo: "usted sabe, desde luego, que en cuanto se agote el aura de H. P. B. que existe en la casa, Ud. no podrá recibir más cartas mías."

tación repugnara. A fin de gozar de una mayor libertad de acción, de dirección y de fiscalización, H. P. B. no fué Presidenta de la nueva entidad, destinándose para ese cargo al Coronel Olcott, debido a sus grandes condiciones de organizador.

En el año 1879 la vemos junto con el coronel Olcott abandonar América para dirigirse a la India. Es evidente que Nueva York, como sitio escogido para la fundación de la S. T., no había sido más que un pretexto para llamar la atención del mundo occidental, del momento que a él estaba destinado con especialidad el Mensaje que traía la nueva institución, dada la predisposición del país para aceptar todas las ideas nuevas y los medios de propaganda que ofrecía y sobre todo porque era la primera vez que en el Nuevo Mundo se intentaba un ensayo de esa naturaleza, ensayo que en la misma Europa no habría llamado la atención por el espíritu conservador de las viejas tradiciones que en aquel entonces dominaba en ella. La S. T. debía residir en la India, cuna de la civilización de la 5ª Raza Madre, tierra llena de tradiciones místicas, poblada por almas habituadas a los sondeos de las profundidades metafísicas, siempre dispuestas a aceptar las enseñanzas de los Grandes Instructores, y que no se conforman con aceptar esas enseñanzas sino que tratan de vivirlas. La India fué recorrida y visitada en todas sus partes, hasta que se halló, a 4 millas de Madrás y a orillas del río Adyar, un delicioso rincón que pareció convenir a los viajeros, quienes establecieron en él el Cuartel General de la S. T.

Lo que Adyar ha llegado a ser en la actualidad y lo que será en el futuro, superfluo es decirlo, pues todos los M. S. T. lo saben y lo imaginan. Con la ayuda pecuniaria, el trabajo desinteresado, la abnegación de unos pocos miles de obreros del brazo y del pensamiento, con el concurso de unos cuantos oculistas y unos pocos artistas llegados de todas partes del mundo, Adyar es hoy el oasis más delicioso que la tierra puede

ofrecer a cuantos anhelan vivir la vida espiritual [8].

Cimentada la obra, H. P. B. volvió a Europa y después de muchos viajes y andanzas se estableció en Londres. Allí dió cima a su misión, escribiendo esa Biblia de las Biblias que se llama *Doctrina Secreta*, preparando en su E. E. de la calle Road ese magnífico núcleo de trabajadores a quienes encomendaría la continuación de la obra. Para comprender la importancia de esa escuela, bastará recordar un solo detalle: en ella se formó nuestra venerada actual Presidenta la Sra. Besant. En esa ciudad, el día 8 de mayo, del año 1891, en el mismo día en que se conmemora el símbolo del Loto Blanco, H. P. B., 60 años después de su nacimiento, cumplida brillantemente su labor, sentada en un sillón, se libertaba de su envoltura física, dejando a los

---

(8) La palabra Adyar ha de tener seguramente su significado oculto. ¿Cuál será? me he preguntado a mí mismo muchas veces. Un buen día, se me ocurrió sustituir la y por una i, sustitución permitida y aceptable si pensamos que, después de todo, conocemos como se pronuncia y escribe esa palabra a través de la fonética inglesa. No es imposible que los ingleses, para evitar el sonido ai, que suele darse a la i, la hayan sustituído por una y, a fin de dejar intacto el diptongo ia de Adyar. Recuérdese que los yankees pronuncian Ojaio la palabra Ohio, nombre de uno de sus Estados. Hecha esta sustitución, ella arrojó mucha luz sobre el significado de la palabra Adyar. Resultaría ésta compuesta por los dos términos sánscritos **Adi** y **ar.** Sabemos que Adi significa ''El Primero'' y que se usa para indicar al Logos que aún no ha empezado la construcción de Su Universo, es decir cuando, en medio de la inercia absoluta de la materia cósmica que lo rodea (estado de Tamas) vive en Su Beatitud (Ananda). Por eso figuran las Mónadas en el plano Anupadaka, ''El segundo'', que vendría a ser el 1º emanado cuando empieza la construcción, vale decir la influencia del Logos sobre la materia que lo circunda.

En cuanto al término ar es una raíz verbal que encierra la idea de ''obrar'', ''construir'', y que figura en una infinidad de palabras en las que esa idea está contenida. Arte, por ejemplo, vendría a significar el acto de obrar o construir de una manera armónica y bella.

Aplicando esta interpretación, etimológica y filológica a la vez, a la palabra Adyar o Adiar, podríamos decir — con mucha verosimilitud — que ella tal vez signifique lo siguiente: ''El Primer Centro (del mundo) donde se realiza la obra espiritual (de ayudar a la Humanidad en su evolución)'', debiendo entenderse el término Primero, no en el sentido cronológico sino en el de su importancia.

Cualquier M. S. T. sabe cuanta verdad puede haber en esa interpretación. Es por eso que tenemos ''El Día de Adyar'' y es por eso que constantemente nuestros pensamiento se dirigen a Adyar como a él van nuestras miradas espirituales. Si Adyar no fuera por otras razones ocultas el Primer Centro Espiritual del Mundo, con toda seguridad llegaría a serlo por la inmensa ola de fuerza emotiva y mental, búddhica y átmica que de todas partes miles y miles de hermanos continuamente le envían. (A. M. D.).

que la rodeaban — y por su intermedio a todos los presentes y futuros miembros de la S. T. — como único testamento estas palabras:

— Manteneos unidos si no queréis que ésta mi última encarnación haya sido en vano.

Paralelismos.

Entre la vida de H. P. B. y la de la Institución por ella formada, hay un admirable paralelismo, una perfecta analogía que sólo lentamente el estudiante de Teosofía y M. S. T. puede ir comprendiendo, a medida que actúa en esta última y se va identificando con sus tres propósitos, *unos tras otro.*

Dice el 1º de éstos que nuestra suprema aspiración debe ser la Fraternidad Universal, sin distinción alguna, hoy practicada en los modestos límites de un núcleo, mañana, en proporción al progreso de las sociedades humanas, en más vasta escala. H. P. B. vivió esa Fraternidad en todos sus aspectos, según hemos visto por algunos episodios citados. Ella fué el lazo de unión entre los Maestros y el mundo. Sirvió a los primeros para ayudar al segundo y enseñó a respetar a Aquéllos. En una carta que en cierta circunstancia envió a Adyar desde Suiza, dijo bien claro que si algún día la S. T. llega a desentenderse de los Maestros estará infaliblemente condenada a desaparecer. De ahí la constante preocupación de todos sus enemigos internos y externos, para infiltrar dudas en el ánimo de los fieles a las doctrinas de su fundadora, respecto a la existencia de los Maestros, diciendo que son creaciones fantásticas de unos pobres ilusos. Durante toda su vida H. P. B. fraternizó con todo el mundo, sin distinción alguna, a pesar del lenguaje violento con que solía fustigar las faltas de sinceridad. De noble y elevada alcurnia, su corazón se abría tanto para el igual como para el más humilde obrero. No hubo sacrificio que no aceptase y soportase para cumplir la misión que se había impuesto.

En el 2º propósito de la S. T. se nos aconseja estudiar comparativamente las Ciencias, Filosofías y Religiones. Empezó por hacerlo ella en sus admirables obras "Isis sin Velo", "Clave de la Teosofía" y ese monumento imperecedero que se llama "La Doctrina Secreta", que será para las generaciones futuras el más grande de los Evangelios, escrito en claves por razones fáciles de



H. P. B.

comprender. Y no hablemos de los tesoros de enseñanzas dados a manos llenas en las revistas por ella fundadas, entre las cuales mencionaremos "Lucifer" y "The Theosophist".

Por fin, en el 3er. propósito se nos dice de investigar las fuerzas ocultas de la naturaleza y los poderes la-

tentes en el hombre. Sabido es todo el profundo significado que estas palabras encierran y cómo en ellas está todo el futuro de cada uno de nosotros, es decir, nuestra alma. En este sentido, H. P. B. fué un Maestro y un Guía; lo fué al principio de su carrera demostrando cómo con su voluntad podía dominar el astral; lo fué fundando la S. T. en la que, quien así lo desea, puede practicar una verdadera Teurgia u Obra Divina, construyendo lenta y progresivamente su porvenir espiritual; lo fué publicando sus maravillosos libros "Primeros Pasos en el Camino del Ocultismo" y "La Voz del Silencio", lo fué enseñando que nada sólido se puede construir si no es sobre la base de la más estricta moral.

Esta perfecta correspondencia ha dado sus frutos en todo sentido y se ha conseguido bastante en el mundo occidental. Si los resultados no han sido mayores es por la sencilla razón que no se transforma el alma colectiva en el breve espacio de 50 años, más aún si tenemos presente la época desastrosa en que H. P. B. apareció para iniciar su obra, época de verdadero desorden interno y externo, época de egoísmo, en la que todos los valores morales y espirituales estaban en ruina.

Solía decir Jacobo Boheme que el hombre es el campo de lucha de tres reinos: el de la oscuridad, el de la naturaleza y el de la luz [9]. H. P. B. vino cuando las tinieblas eran más densas, es decir, cuando el materialismo y el ateísmo — después de haber desempeñado una misión transitoriamente útil — amenazaban perpetuarse como fórmulas definitivas. Procediendo con un tacto maravilloso, aprovechó el mismo culto que en su tiempo se profesaba a la naturaleza, para proclamarla como la Divinidad Manifestada. De ahí esa constante preocupación para identificar a los Dioses con las fuerzas y las manifestaciones naturales. Probablemente, creyó ella que era preferible esa forma de Deísmo a

(9) Son las 3 "Aulas" de las que se habla en **La Voz del Silencio:** el Aula de la ignorancia, el Aula del Aprendizaje, el Aula de la Sabiduría.

no tener ninguno. Por último, a los que estaban más cerca de ella, les habló el lenguaje de la luz y empezó por decirles que buscaran a Dios dentro de sí mismos, pues dentro de cada uno hay una fracción de El. Y en esas terribles luchas, que todos conocemos por experiencia personal, ella enseñó cómo vencer a la oscuridad, cómo ver la belleza divina en la Naturaleza y cómo pasar de ésta a la Divinidad Inmanifestada que late en nuestro propio corazón.

Lo más extraordinario del caso es que la Sociedad por ella fundada también ha pasado por tres fases: la fase confusa del principio; la de las rencillas, peleas, ambiciones y rebeldías — explicables reacciones kármicas — y la actual en que ya la inmensa mayoría de sus componentes se hallan unidos y dispuestos a aceptar la orientación que le dan sus dirigentes ([10]).

Vaticinios cumplidos.

Se lee en la *Doctrina Secreta* ([11]).

"Datos ocultos demuestran que aún después de establecerse en Egipto el sistema de cálculos astronómicos, por medio del Zodíaco, los polos se han invertido tres veces."

"La Filosofía Oculta nos enseña que ahora mismo, a nuestra vista, la nueva Raza y razas están en proceso de formación y que es en América donde ocurrirá la transformación que ya ha comenzado silenciosamente."

"La ciencia nos enseña que, tanto los organismos vivos como los muertos, de hombres y animales, están cubiertos y hasta compenetrados por centenares de variedades de bacterias; que del exterior estamos amenazados por la invasión de microbios a cada inspira-

---

(10) De esto hablaré con más extensión en otra oportunidad. Hay en la estructura íntima de la S. T. aspectos ocultos desconocidos que se van divulgando parcialmente a medida que nuestros dirigentes lo creen oportuno.

(11) Referencia de Guillermo A. Gowrie. Ver **Gnosis**, órgano de las Logias de la República Dominicana, Año I, Nº 3.

ción de los pulmones; y del interior, por leucomainas, aerobios, anaerobios y quién sabe hasta qué más. Pero la ciencia todavía no ha llegado a afirmar, como lo hace la Doctrina Oculta, que nuestros cuerpos, al igual que los de los animales, plantas y piedras, son construídos y destruídos por esas entidades, las cuales, con excepción de las especies más grandes, no pueden ser distinguidas por el microscopio más potente. En cuanto a la parte material y animal del hombre, la ciencia está en camino de descubrimientos que harán mucho para corroborar estas teorías. La química y la fisiología son los dos grandes magos del futuro destinados a abrir los ojos de la humanidad a grandes verdades de orden físico. Cada día se establece más claramente la identidad entre el animal y el hombre físico, entre la planta y el hombre, la roca y el hombre y hasta entre el reptil y su nido. Puesto que los constituyentes físicos y químicos son iguales, bien puede la ciencia afirmar, sin temor a equivocarse, que no hay diferencia entre la materia que compone al buey y la que forma al hombre; pero la Doctrina Oculta es más explícita. Ella dice que no sólo son iguales los componentes químicos sino que las mismas vidas infinitesimales e invisibles componen el cuerpo de la montaña y de la margarita, del hombre y de la hormiga, del elefante y del árbol que lo resguarda de los rayos del sol. Cada partícula, llámese orgánica o inorgánica, es una vida. Cada átomo y cada molécula en el universo es a la vez otorgante de vida y de muerte para esas formas".

"Se nos enseña que todo cambio fisiológico, así como los fenómenos patológicos, enfermedad, la vida misma, o mejor dicho el fenómeno objetivo de la vida producido por ciertas condiciones y cambios en los tejidos del cuerpo, que permiten y fuerzan la vida a actuar en ese cuerpo, que todo esto, es debido a la acción de invisibles *Creadores* y *Destructores,* llamados de una manera poco precisa, microbios. Podría pensarse

que estas *Vidas Igneas* son idénticas a los microbios de la ciencia. Esto no es así. Las *Vidas Igneas* son la séptima y más elevada subdivisión del plano de la materia y corresponde en el individuo a la *Vida Unica Universal*, aunque solamente en ese plano de la materia. Los microbios de la ciencia son la primera y más baja subdivisión del segundo plano: el de Prana materializado o Vida. El cuerpo físico del hombre se transforma totalmente en su estructura cada siete años y su destrucción y preservación son debidas a las alternativas funciones de estas *Vidas Igneas* como Destructoras y Constructoras. Son Constructoras, sacrificándose en forma de vitalidad para restringir las influencias destructoras de los microbios; y supliendo a los microbios en lo necesario, los compelen, bajo esa restricción, a construir el cuerpo material y sus células. Son Destructoras también cuando la restricción se elimina y los microbios, faltándoles la energía constructiva vital, quedan en libertad desenfrenada como agentes destructores. Así, en la primera mitad de la vida del hombre — los primeros cinco períodos de siete años cada uno — las *Vidas Igneas* se ocupan, indirectamente, en el proceso de construir el cuerpo material del hombre, la vida está en la escala ascendente y la fuerza se utiliza en construcción y aumento. Después de pasado ese período, la era de retrogradación comienza y la labor de las vidas ígneas es minar sus fuerzas y el trabajo de destrucción y disminución también comienza."

Y se lee en *Clave de la Teosofía*:

"El próximo impulso tendrá en su ayuda una corporación *unida* y numerosa, dispuesta a recibir favorablemente al nuevo portador de la antorcha de la Verdad."

Todos estos vaticinios se han cumplido.

Un astrónomo norteamericano ha demostrado que los polos terrestres se han invertido por lo menos dos veces. Sabios antropólogos han comprobado que en

Norte América y Australia se está formando un nuevo tipo humano con caracteres bien definidos. El médico francés Dr. Tissot en una serie de conferencias dadas en la Sorbona el año pasado ha demostrado que los organismos animales y vegetales, inclusive el hombre, están constituídos por lo que él llama *Mohos* organizados, y que las bacterias no son sino transformaciones de este *moho*. El Dr. Tissot ha logrado transformar el tejido sano del hombre en tejido canceroso. Agrega que la tuberculosis es espontánea en el hombre y puede producirse sin contagio; es la sustancia misma de los tejidos la que adquiere una forma patológica, cuya fermentación produce el bacilo de Koch. Se ve pues claramente que el problema de la salud y de la enfermedad, la construcción y la destrucción del cuerpo físico se lleva a cabo por agentes en los tejidos del cuerpo sin intervención extraña.

En cuanto a lo que se afirma en "Clave de la Teosofía", la fundación de la Orden de la Estrella (1911) y la venida del Gran Instructor del Mundo justifican ampliamente la predicción.

Conclusión.

No es poca la extrañeza que en muchos ha producido y sigue produciendo la famosa frase de H. P. B.: "Haced lo que yo os digo y no lo que me véis hacer a mí", amonestación que ella deliberadamente dirigió a sus discípulos, para ver hasta qué punto eran capaces de independizarse de toda influencia externa, de todo ejemplo ajeno, fuera bueno o malo. Lo que ella pretendía era que los hombres dejasen de ser los eternos niños imitativos y siguiesen por su propia cuenta las enseñanzas dadas por los Grandes Instructores, porque ellas contienen todo lo que el alma pueda ambicionar y necesitar para su progreso.

A H. P. B. la he ido comprendiendo, respetando, amando a medida que he ido actuando en la S. T. Llegó un día en que yo me sentí feliz, como nunca lo

había sido, por conocer Teosofía y por se
de la S. T. Ese día comprendí que mi fel
la debía a esa sublime mujer, a su sacrificio, a
señanzas. Junto con esta comprensión nació mi
funda devoción por ella. Hoy me enorgullezco de
uno de sus devotos. Y creo que hay muchos que se ha
llan en las mismas condiciones mías.

Se nos hace el reproche de divinizar a H. P. B. Pero ¿se ha reflexionado sobre lo que eso significa? Yo creo que no. Divinizamos a los seres que reconocemos como Superiores; y si eso hacemos es porque en realidad ellos son Superiores. Tratamos de tomarlos como *modelos*. Ellos son nuestro *Ideal*. Y es precisamente el Ideal lo que al fin y al cabo constituye el Dios de cada uno. Divinizando y adorando al Ideal, directamente y en forma abstracta, o al modelo que lo representa en forma concreta, y realizando un esfuerzo para imitarlo y alcanzarlo, nos vamos gradualmente elevando, es decir que nos divinizamos a nosotros mismos.

Y eso, me parece, es lo fundamental que enseña la Teosofía.

CAPITULO III

HENRY STEEL OLCOTT

> Prefiero ser el portero del Altísimo antes que vivir bajo los dorados doseles de la frivolidad humana.
>
> **H. S. Olcott.**

Su principio.

Si a la Sra. Blavatsky corresponde el mérito de haber fundado la Sociedad Teosófica, al Coronel Americano H. S. Olcott pertenece el honor de haber sido su primer Presidente. En este cargo duró sin interrupción casi 32 años, desde el 17 de noviembre de 1875 hasta el día de su desencarnación, el 17 de febrero de 1907.

La Sociedad Teosófica ramificó por todo el mundo y cada una de sus ramas dió una flor y un fruto, fragmentos del gran corazón de su primer Presidente. Su nombre se conservará a través del tiempo como una reliquia sagrada en lo más íntimo del alma de cada uno de sus correligionarios.

Nació Olcott en Orange (New Jersey, Estados Unidos) el 9 de agosto de 1832. Sus primeras actividades públicas se desenvolvieron dentro del mecanismo burocrático. Desempeñó varios cargos en la Administración y ganóse el grado de Coronel en la guerra de Secesión, formando en las filas del ejército antiesclavista. Se condujo siempre con corrección y altura y de ello da fe el siguiente documento firmado por el Sub-

Secretario del Ministerio de Hacienda de los Estados Unidos:

"Me complazco en manifestarle que jamás encontré un caballero tan cumplido en los deberes de su cargo, ni de tanta aptitud, diligencia y fidelidad como las demostradas por usted en todas partes. Sobre todo, deseo atestiguar la absoluta rectitud e integridad de carácter que señalaron toda su carrera sin flaquear un sólo instante. Cuando consideramos la corrupción, audacia y osadía de los muchos bellacos de alta posición a quienes usted persiguió y castigó sin jamás mancillarse, no puede usted por menos de sentirse orgulloso de su proceder, muy superior al de cuantos han desempeñado análogos servicios en este país."

Actuando como espiritista.

Olcott inició su carrera de idealista actuando en el espiritismo. Corría el año 1874. Toda la prensa de los Estados Unidos se ocupaba, con diferentes criterios, de los casos de mediumnidad de los Hnos. Horacio y Guillermo Eddy, habitantes de un pequeño pueblo llamado Chittendon (Virginia). Se trataba, según la descripción de un contemporáneo, de unos labriegos bastos, sensitivos, cortos y huraños con los desconocidos, a quienes muchos saludaban como profetas de una nueva creencia. La gente de aquella época, bastante descreída, estaba poco inclinada a estudiar los fenómenos de la mediumnidad, ya fueran de orden científico, o como revelaciones de otro mundo. Pero un periódico neoyorkino, "The Daily Graphic", envió para presenciarlos a un redactor especial. Ese redactor era el Coronel Olcott. En este punto vamos a dejar la palabra al Dr. Conan Doyle (1).

"El Coronel Olcott, que no se había dedicado hasta entonces a ningún trabajo psíquico y hasta se puede decir que estaba prevenido en contra de tales cuestio-

(1) A. Conan Doyle, **El Espiritismo**, Capítulo XII.

nes, fué a realizar su misión en la actitud del que va a descubrir alguna patraña. Pero era hombre de clara inteligencia y de gran habilidad, con un profundo sentimiento del honor. Nadie que lea los detalles íntimos de su vida, según se relatan en su "Diario de hojas viejas", dejará de sentir un gran respeto a aquel hombre, tan leal, tan desinteresado y con ese raro valor mental que impulsa a seguir la verdad y obliga a aceptar los hechos aún cuando sean contrarios a nuestros deseos y esperanzas. No era ningún soñador sino un hombre de espíritu práctico. Muchas de sus ideas sobre la investigación psíquica, no han conquistado toda la atención que merecían.

"Olcott permaneció diez semanas en Vermont, lo cual por sí solo suponía una gran fuerza de voluntad si se considera la diferencia de educación y de cultura existente entre él y la gente con quienes convivió. Al marcharse, sus simpatías por aquellos hombres rudos no eran grandes, pero en cambio, iba completamente convencido de las facultades medianímicas de que estaban dotados. Como todo investigador sensato, se negó a dar certificados en blanco y no respondió de cosas en las cuales no estuviera presente, ni de la conducta que en lo futuro pudiesen seguir aquellos a quienes acababa de estudiar. En los 15 notables artículos que publicó en el *New York Daily Graphic*, en octubre y noviembre de 1874, se limitó a expresar los resultados que había obtenido y los trabajos llevados a cabo para conseguirlos."

A Chittendon había acudido también la Sra. Blavatsky. En la granja de Vermont, Olcott y ella se conocieron, y allí se reanudó una amistad que venía de muy lejos, como veremos pronto, y que debía tener las más extraordinarias consecuencias en el mundo entero.

La presencia de H. P. B. en Chittendon produjo algo así como "una notoria alteración de los espíritus", según las mismas palabras de Conan Doyle (pág. 207). El Coronel Olcott continuó durante el resto del año

74 y parte del 75 los experimentos en su propio domicilio, al que concurrían invitados de significación, entre los cuales no faltaba nunca H. P. B., utilizando al famoso medium King. El resultado de esos experimentos aparecía en la revista *The Standard of Light*. De esa fecha data la obra de Olcott *Gente de Otro Mundo*, muy interesante aunque muy poco conocida.

Visión del pasado y visión del porvenir.

En el párrafo anterior se ha dicho que H. P. B. y Olcott reanudaron en Chittendon una vieja amistad. Esa amistad data de muchos miles de años y tiene episodios interesantes. A continuación se relata uno de dichos episodios tal cual lo da C. W. Leadbeater (2). Tratándose de una investigación de carácter oculto, sólo tiene valor hipotético para aquellos que, no siendo ocultistas, no pueden comprobarla personalmente. Dice el autor mencionado:

"Hace mucho tiempo, en la antigua Atlántida, en la gran ciudad de las Puertas de Oro, reinaba un poderoso monarca. Cierto día se le presentó un militar que había sido enviado al frente de una expedición contra una tribu rebelde de las fronteras de aquel vasto imperio. El militar volvía victorioso, y en recompensa confirióle el rey el empleo de capitán de la guardia del palacio encargándole de cuidar de la vida de su hijo único y heredero del trono. No tardó mucho el novel capitán en tener ocasión de probar la fidelidad a la confianza en él depositada, porque estando sólo con el príncipe, en los jardines del palacio, se arrojó sobre ellos un tropel de conspiradores con intento de asesinar al hijo del rey.

"El capitán luchó valerosamente contra los numerosos acometedores, y aunque mortalmente herido, logró resguardar al príncipe de grave daño, hasta que llegaron refuerzos, y él y el desmayado príncipe fueron conducidos a presencia del rey quien, al enterarse

(2) C. W. Leadbeater, **Vida Interna**, Tomo II, pág. 425 y sig.

del suceso, volvióse hacia el moribundo capitán exclamando: "¿Qué puedo hacer yo por tí, que has dado por mí la vida?" El capitán respondió: "Concededme la gracia de que os sirva a vos y a vuestro hijo por siempre en futuras vidas, puesto que desde ahora nos



H. S. Olcott

liga un lazo de sangre". Haciendo un postrer esfuerzo bañó el dedo en la sangre que abundosa fluía de sus heridas y señaló con ella los pies de su soberano y la frente del todavía desmayado príncipe. El rey alzó las manos en actitud de bendición y repuso: "Por la san-

gre derramada por mí y por mi hijo, te prometo que con él me servirás hasta el fin". Así se anudó el primer lazo entre tres caudillos de hombres de quienes todos hemos oído hablar. Porque el poderoso monarca es ahora el *maestro M.;* el príncipe, su hijo, fué después *Helena Petrovna Blavatsky*, y el capitán de la guardia *Enrique Steel Olcott*. Desde entonces, a través de los siglos, y de muchas viscisitudes extrañas, el lazo se ha mantenido inquebrantable y se ha continuado prestando el servicio, como sabemos que sucederá en los venideros siglos.

"El después coronel Olcott, fué el rey Gashtasp de Persia, que protegió y auxilió la fundación de la actual forma del zoroastrismo; y más tarde fué el rey Asoka, quien publicó los admirables edictos famosos que aún hoy permanecen grabados en peñas y pilares de la India, para demostrar cuán verdaderos eran su celo y devoción. Y al fin de aquella larga y vigorosa vida, al considerar con tristeza lo mucho que distaban sus hechos de sus aspiraciones, su Maestro le mostró, para alentarlo, dos visiones, una del pasado y otra del futuro. La visión del pasado fué la escena de Atlántida, cuando se forjó el lazo entre ellos; y en la visión del futuro aparecía su Maestro como el *Manú de la sexta Raza Raíz*, y nuestro Presidente-Fundador como lugarteniente que a sus órdenes servía en la excelsa obra de tan alto cargo. Así murió Asoka, contento, con la seguridad de que nunca se rompería el más íntimo de todos los lazos terrenos, el del Maestro y su discípulo."

Presidente de la Sociedad Teosófica.

Un mismo intenso anhelo unía a H. P. B. y a Olcott: oponerse al enemigo jurado y activo de todo movimiento espiritual, cual era la ciencia física y materialista que, por reacción contra las ideas religiosas, se había vuelto tan dogmática, exclusivista e intolerante como la religión, creando un escepticismo desolador.

Hicieron causa común con el espiritismo, que para ellos representaba una primera reacción, y era necesario continuar la obra, costare lo que costare.

La Sra. Blavatsky había hecho ya la tentativa de fundar en el Cairo (Egipto) en el año 1871, una Sociedad que tuviera por objeto combatir el materialismo imperante en el mundo occidental; pero esa tentativa resultó un fracaso, tal cual lo había predicho uno de sus Maestros, el gran mago Paulos Metamon, sobre todo por no hallar la iniciadora los colaboradores necesarios. El Coronel Olcott intentó, en mayo de 1875, fundar en Nueva York y en compañía de unos pocos correligionarios una sociedad privada que debía denominarse "Club de los Milagros". ¡Igual fracaso! Y fué una suerte que fracasara, pues, según el mismo autor del proyecto confesó posteriormente, sus ideas, en materia de espiritualismo, aún no habían llegado al punto de madurez requerido. El "Club de los Milagros", que tenía por objeto la producción de fenómenos psíquicos, no era lo que la humanidad necesitaba, ni lo que los Maestros querían. Lo que hacía falta era algo así como la reproducción en gran escala, de la famosa escuela fundada por Amonio Sacas en Alejandría el año 234 de nuestra era.

Por fin, llegó el día ansiado. El 17 de noviembre de ese mismo año 1875, en un modesto salón de la ciudad de Nueva York, "prosaicamente — como dice el mismo Olcott — nació una Sociedad llamada Sociedad Teosófica", destinada a desempeñar un brillante rol en el mundo entero en todos los órdenes de la actividad humana. El coronel Olcott fué nombrado Presidente.

Del libro *The Golden Book* (El Libro de Oro), publicado en 1925 para conmemorar el primer Cincuentenario de nuestra Sociedad, bajo la inteligente dirección del Sr. Jinarajadasa, reproducimos los datos que van a continuación

"Septiembre 7. Olcott sugiere la formación de la S.

T. durante una lectura de Felt en Nueva York.

"Septiembre 18. Reunión en la que fué adoptado el nombre de Sociedad Teosófica.

"Noviembre 17. Discurso inaugural por el Presidente. La Comisión Directiva estaba así formada: Presidente, H. S. Olcott; Vice-Presidentes, S. Pancoast, M. D. y G. H. Felt; Secretario Corresponsal, H. P. Blavatsky; Archivero, John Storer Cobb; Tesorero, Henry J. Newton; Bibliotecario, Charles Sotheran; Consejeros, Rev. J. H. Wiggin, R. B. Westbrook, Emma Hardinge Britten, C. E. Simmons, M. D. y Herbert D. Monachesi; Abogado Consultor (Asesor Letrado), William Q. Judge."

En el verano de ese mismo año H. P. B. empezó a escribir *Isis in Velo*.

El programa de la nueva entidad fué al principio bastante confuso. Pasó por varias transformaciones hasta que quedó concretado en los tres objetos que hoy conocemos ([3]).

Fundada ya definitivamente y con carácter estable, la S. T., empezó para sus fundadores una vida de actividad extraordinaria. Ya hemos visto, al hablar de H. P. B., como después de muchas andanzas los fundadores establecieron su Cuartel General en la Isla de Adyar, cerca de Madrás (India). El lector que desee conocer más detalles puede consultar el mencionado libro en el que hay un "Diario de la Sociedad Teosófica", bastante completo aunque muy sintético.

El Presidente fué el constructor de la S. T.

Al escribir Olcott que "prefería ser el portero del Altísimo antes que vivir bajo los dorados doseles de la frivolidad humana" se encargó él mismo, con estas pocas palabras, de escribir su mejor biografía. Lo úni-

(3) Como aquí escribo una semblanza del Coronel Olcott, no puedo detenerme a hablar de la S. T. El tema puede ser motivo de una publicación especial. Sólo diré que en el próximo Congreso Teosófico Mundial, a realizarse en Chicago en agosto de este año, serán presentados varios proyectos para modificar sus actuales tres propósitos.

co que a ella se puede agregar es que durante 32 años, es decir desde la fundación de la S. T. hasta su desencarnación, cumplió fielmente, como un caballero de las épocas heroicas de la caballería, su palabra.

La Sra. Blavatsky, Olcott y la S. T. forman un trinomio en el que los tres se funden en una perfecta unidad. Imposible recordar la primera sin recordar al segundo, imposible concebir a los dos fuera de la Sociedad Teosófica. Más imposible aún es concebir a esta última sin los dos primeros. Si H. P. B. fué el alma, la parte interna de nuestra Institución, Olcott fué su cuerpo, su vehículo físico. Esta unión tan íntima y completa viene a justificar una vez más aquella ley oculta que nos enseña que una gran alma no aparece nunca sola; a su lado surge y trabaja, en forma más o menos visible, otra alma hermana. Cuando se lee la obra *Old Diary Leaves*, o sea la historia documentada de la S. T. en sus comienzos, el lector queda asombrado ante la enormidad y la infinita variedad de esfuerzos, trabajos, actividades e iniciativas realizados por nuestro primer Presidente. Con razón H. P. B., en cierta oportunidad, refiriéndose a él dijo: "Fuera de la Ashrama de los Maestros no se ha visto nunca a un trabajador más formidable que éste".

Pero no fué Olcott sólo un gran trabajadoré fué también un carácter austero y diamantino, un temperamento firme, perseverante, a veces obstinado y en ocasiones audaz, cuando estaba de por medio la vida y la pureza de nuestra Sociedad. Es fácil hoy, 54 años después de su fundación, actuar en ella y ver que todo marcha bien, porque todo está bien organizado. Pero trasladémonos a la época en que la Sociedad se fundó, consideremos la doble intransigencia que imperaba en aquellos años, la de una ciencia materializada por un lado y la de los diversos credos religiosos por el otro; consideremos las luchas sordas y enconadas a base de mentiras, de calumnias, de todas las fuerzas negras, visibles e invisibles, interesadas en que la obra no se

realizase; consideremos la inquietud, la incertidumbre, la inconstancia de muchos de sus primeros adherentes y llegaremos a la conclusión de que, si la iniciativa se pudo llevar a cabo, fué debido en gran parte a la extraordinaria fuerza moral del Coronel Olcott y a todas sus relevantes cualidades personales.

Algunas opiniones.

Entre las muchas opiniones que se han emitido respecto al Coronel Olcott, he escogido las cuatro que van a continuación, porque me han parecido las más imparciales. Sus autores son personas honradas que tuvieron la dicha de conocerlo personalmente.

Parecía éste, dice Sinnett, en los comienzos de su vida, el menos indicado para formar una Sociedad como la nuestra. Sin embargo, se compenetró tan bien del ideal que conoció a través de su Maestra, le fué tan devoto, que abandonando todas las ocupaciones lucrativas de su profesión y todos los honores que le dispensaba el gobierno de su país, se puso incondicionalmente al servicio de la causa que había aceptado. Era el elemento que la Sra. Blavatsky necesitaba para realizar la magna obra, pues sin las condiciones de organizador que en alto grado poseía Olcott, difícilmente se habrían podido salvar todos los obstáculos de la primera hora.

Lavieuville, traductor al francés del libro *Old Diary Leaves*, al que dió el título *Histoire Autentique de la Societé Théosophique*, dice de su autor lo siguiente en en el Prólogo de la misma:

Ante todo y sobre todo fué un hombre honrado y leal, dotado en el más alto grado de buen sentido. Fué un trabajador incansable y de una fidelidad a toda prueba. Puso toda su vida y todas sus energías, sin reservas y sin frases, al servicio de la humanidad y a la propaganda de lo que a él se le presentaba como el ideal más elevado y la verdad más pura. Y en medio de esa persecusión del ideal no perdió jamás de vista

el aspecto alegre de las cosas, ni nunca lo abandonó su jovialidad y su optimismo, ni siquiera cuando sintió próximo su fin, porque creía que los que se dedican al servicio de la humanidad no tienen por qué renunciar a la amenidad de la vida ordinaria, ni menos profesar un tierno interés por los miembros humildes de esa humanidad. Fué un amigo de lo selecto, de lo elevado, como se hallan pocos en el mundo, generoso, lleno de simpatía, dispuesto siempre a darlo todo sin exigir nunca nada, preocupado siempre de la felicidad y de la comodidad ajenas e indiferente a las propias. Los que lo cuidaron o tuvieron oportunidad de aproximársele en su última enfermedad, pueden atestiguar que conservó estas nobles cualidades hasta el último instante de su vida.

Por su parte C. W. Leadbeater dice:

Aunque no fué de por sí instructor espiritual, fué siempre el organizador práctico que hizo posible la obra del Instructor. En su reciente vida, como en todas las demás, su capital principio fué la apasionada lealtad al Maestro y a la obra que había de cumplir. Cuando por vez primera le ví hace más de 25 años, tal era el rasgo predominante de su carácter, y durante el tiempo que le traté siguió siendo éste el capital motivo de sus acciones. En la última carta que de él recibí, escrita pocas semanas antes de morir, palpitaban los mismos sentimientos que continuaron siendo su más relevante cualidad en el mundo astral donde desde entonces ha vivido.

Si examinamos los pormenores de su última vida terrena, hallaremos la misma tónica de su devoción al deber. La energía y aptitudes demostradas por Olcott en su obra por la Sociedad Teosófica fueron extraordinarias. Pocos de nuestros miembros se dan cuenta de la extensión y éxito de sus tareas, pues mucho de cuanto hizo sólo pueden estimarlo debidamente quienes han viajado por los países orientales a que tanto amó. A su infatigable esfuerzo se debió la reconstruc-

ción y ensanche de la Residencia General de Adyar. Fundó allí una nutrida biblioteca, a cuya inauguración invitó, para que la bendijeran, a sacerdotes de las principales religiones del mundo, quienes por primera vez en la historia fraternizaron en aquella ocasión, reconociéndose unos a otros como iguales.

Muchas y muy graves dificultades hubo de vencer Olcott para encauzar y dirigir un organismo tan complejo como la Sociedad Teosófica; pero en todas partes fué popular y en todas las naciones recibió fervorosa acogida. Su absoluta devoción al bienestar de la Sociedad y la diáfana honradez de sus propósitos no podían por menos de conmover a cuantos le trataban. Hablo de él con entusiasmo, porque tuve especiales ocasiones de conocerle a fondo. Nunca olvidaré su paternal amabilidad para conmigo, cuando todavía joven y del todo novel en las costumbres de la India, fuí por primera vez a vivir en la Residencia de Adyar. Desde entonces le encontré en muchos países. Pasé semanas enteras con él sin más compañía que el intérprete y un criado, viajando en una carreta de bueyes por los páramos de Ceylan. Le acompañé cuando el año 1885 introdujo la Teosofía en Birmania. En tales circunstancias es posible conocer a una persona más íntimamente que durante muchos años de trato social en la vida ordinaria, y puedo atestiguar sin reservas el fervoroso anhelo de Olcott por el adelanto de la obra teosófica, pues su único pensamiento era complacer al Maestro, haciendo cuanto en sus fuerzas estaba para realizar el encargo que se le había confiado.

Todos sabemos cuán valerosamente soportó sus sufrimientos y cómo, durante su enfermedad, mantuvo constantemente el pensamiento en beneficio de la querida Sociedad a que había dedicado su existencia. Recordamos que al llegarle la hora de dejar el cuerpo, estaban junto a él tres grandes Maestros con su antigua colega y amiga H. P. Blavatsky.

Citaremos por fin la opinión de Juan E. Viera, quien dice lo siguiente:

Muy pocos hombres han ilustrado su vida con una misión tan bien cumplida como Olcott. Salió de las filas de la mediocridad humana adscripto a las milicias de los nordistas en la Guerra de Secesión Norteamericana y la experiencia desarrolló en él generosa conmiseración hacia sus semejantes. Con la misma decisión con que puso su brazo al servicio de su patria, puso su inteligencia y su corazón al servicio de la humanidad, que empezaba a maldecir la vida sobre la tierra. El alma radiante de H. P. B. iluminó hacia el sendero de la salvación a aquel soldado-filósofo, y aunque la misión generosa que se impuso aquél la comenzó en edad madura, hubo de cumplirla en treinta años haciéndose cargo de las iniciativas teosóficas de todo el mundo, mundo que recorrió hasta agotar su vigorosa organización en aras de la causa teosófica, fraternidad universal y espiritualización del hombre. El anciano vigoroso fundió en un solo anhelo a 893 agrupaciones de teósofos en 43 naciones, prefiriendo la desmembración de algunas antes que permitir que la S. T. se apartase de sus fines.

Olcott visto a través de algunas de sus obras y escritos.

Ya dije que se inició en el sendero del idealismo como espiritista y he citado también lo que hizo y escribió en aquellos tiempos. Su relación con la Sra. Blavatsky y su iniciación en la Sabiduría Oriental, que aquélla le trasmitió por intermedio de la fenomenología psíquica y la ideología filosófica y religiosa, significaron para el coronel el inicio de una nueva vida.

H. P. Blavatsky declaró en cierta oportunidad, que ella era buddhista, "buddhista hasta las cachas". Esta confesión hay que entenderla en un sentido muy amplio, colocándola en el terreno filosófico y no religioso, pues el buddhismo es filosofía y no religión, a

pesar de lo que continuamente se lee en todas las obras que tratan de esa magna enseñanza de autopreparación. Además, debe recordarse que H. P. B. fué iniciada en el Tibet por los Lamas que conservaban en toda su pureza la doctrina del Iluminado.

Olcott no pudo menos que sufrir la influencia de su colaboradora, maestra y amiga. Desde que llegó a la India su primera preocupación fué restablecer la prístina belleza del buddhismo, limpiándolo de todas las supersticiones que se habían ido interpolando a través de los siglos en las enseñanzas originarias, unificar las diferentes escuelas que se disputaban el honor de ser cada una la única depositaria de la verdadera doctrina del Maestro y descubrir a los mismos hindúes el ignorado tesoro que poseían.

La obra del Coronel Olcott en la India y particularmente en Ceylan fué grandiosa y heroica. Quería dar educación e instrucción a los niños y niñas evitando chocar contra la fe, los prejuicios y las supersticiones de los padres. En Ceylan hubo de vencer los obstáculos de la naturaleza, pues el país carecía de vías de comunicación, y la malevolencia de las misiones cristianas que veían escapárseles de las manos el fruto de sus conquistas sectarias; y en la India, como la educación y la instrucción se impartiría particularmente a los niños de la 5ª clase — si clase se podía llamar a los desdichados parias que vivían y eran considerados como bestias — hubo de vencer la resistencia de los milenarios prejuicios de castas. A todo esto, agréguese la poca gracia que estas innovaciones causaban al gobierno inglés interesado, por razones políticas y comerciales, en mantener dividida a la India (4).

Pero la tenacidad de Olcott triunfó de todos esos obstáculos; 200 escuelas y 3 colegios para varones y mujeres surgieron impartiendo educación e instrucción

---

(4) Esta afirmación no es gratuita. Personas bien informadas nos aseguran que todas las actuales luchas religiosas entre hinduistas y musulmanes son provocadas por el Gobierno Inglés.

a medio millón de niños, independientemente de la S. T. y del gobierno inglés. La gente rica proporcionó los medios pecuniarios. En unión con el Padre Sumangala, Superior de uno de los principales monasterios buddhistas de Ceylan, escribió el *Catecismo Buddhista*, redactado en tal forma que fué una especie de terreno común en el que pueden hallarse de acuerdo los miembros de las diferentes sectas buddhistas.

Hacer fraternizar a los fieles de los varios credos religiosos que hay en la India fué no sólo un ensueño sino una constante preocupación de Olcott. Las escuelas representaban el primer paso. Los templos levantados posteriormente en Adyar fueron la realización, en parte, de un ensueño, cuyo fin práctico era contribuir a que los hombres fraternicen.

El día 3 de Julio de 1906 — pocos meses antes de su fallecimiento — asistió en París al III Congreso Internacional de la Federación de las Secciones Europeas de la Sociedad Teosófica. En el magnífico discurso inaugural, entre los muchos bellísimos conceptos que vertió, estaban los siguientes que sintetizan toda su existencia:

"En el sendero del ascenso no hay obstáculo más perjudicial que el de la credulidad. La primera lección que el Maestro enseña a su discípulo es la de usar siempre y en todo la propia razón y el propio sentido común. Ninguna enseñanza debe tomarse como inspirada, ningún maestro como infalible. "Obra — me dijo un Maestro en los primeros tiempos de mi discipulado — como si no existiéramos. Cumple con tu deber tal cual tú lo ves delante de tí y no te preocupes de los resultados. No esperes nada de nosotros, pero está listo para cualquier cosa". Esta fué la lección para toda mi vida y yo la he seguido desde entonces hasta hoy lo mejor que he podido.

En los primeros tiempos yo tenía la tendencia a considerar casi como indiscutibles las enseñanzas que recibía por intermedio de la Sra. Blavatsky; tenía casi

miedo cuando no ejecutaba ciegamente sus instrucciones, de desobedecer involuntariamente los deseos de los Maestros. Pero la experiencia me ha curado y me ha reconducido al ejercicio del buen sentido, de lo que nunca he tenido ocasión de arrepentirme.

Trasmito a vosotros principiantes esa lección, en la esperanza que en los primeros pasos de vuestra carrera escucharéis y seguiréis los consejos de un hermano mayor, cuya experiencia data de muchos años. No os dejéis arrastrar por una ciega credulidad y no aceptéis como infalible un solo renglón, una sola palabra escrita o hablada en la Sociedad desde el tiempo de H. P. B. en adelante. No creáis que un escritor o un orador elocuentes tengan que ser necesariamente más santos que vosotros; ni, por otra parte, debéis caer en el fatal error de suponer que — porque uno de los jefes del movimiento pueda por debilidad moral o por temporánea aberración moral haber faltado de personificar al Hombre Perfecto — él o ella sea por eso incapaz de trasmitir enseñanzas de orden elevado. Recordad, queridos amigos, que nosotros todos somos por ahora muy ignorantes y que no sabemos porque una persona, no del todo pura físicamente, pueda tal vez ser utilizada como intermediario para la enseñanza de la sabiduría de los Maestros''.

Olcott en la Argentina ([5]).

Un día del mes de septiembre del año 1901, Olcott desembarcaba en Buenos Aires. ¡Excelente principio de siglo para este país promisor que había sido la cuna de la Teosofía en el Continente Sud-Americano!

(5) El Coronel Olcott vino directamente de Adyar. De la Argentina siguió al Japón, Nueva Zelandia, islas Hawar, Estados Unidos e Inglaterra. Estuvo en esta Capital 10 días. Dió su 1º Conferencia pública en francés en el Prince Surje Hall; tema: ''Origen y expansión del movimiento teosófico. La 2º Conferecia en inglés, fué dada en la Sociedad Literaria Inglesa, tema: ''La Teosofía y el Sentido Común''. Invitado por el Director de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, dió la 3º Conferencia en La Plata, tema: ''¿Qué es la Teosofía?''. En este acto fué presentado por el Dr. Rodolfo Moreno.

Era realmente un viaje augural para las jóvenes agrupaciones teosóficas argentinas que recibían, con la presencia del Cofundador y primer Presidente de la S. T., la sanción moral de la labor realizada y un valioso aporte de energías para el futuro.

Pertenece íntegro al Comandante Federico W. Fernández, entonces Representante Nacional de la S. T., en Sud América, el mérito de esa venida. El fué el iniciador del viaje, él lo costeó de su peculio y en su casa se albergó el Coronel Olcott durante su estada en esta Capital. Quien en aquella época tuvo oportunidad de tratar de cerca al Presidente, nos refiere que era éste una persona encantadora, de conversación amena y chistosa, siempre risueño y contento. Daba la impresión de que la alegría era la tónica de su vida. A pesar de sus 70 años, mantenía la frescura de alma de un joven, continuando en el método de trabajo constante que lo había caracterizado durante toda su existencia.

El Coronel Olcott dió varias conferencias en Buenos Aires, unas en inglés y otras en francés, todas igualmente interesantes, ante un público numeroso y selecto. Pero su presencia causó un gran revuelo entre los teósofos del país y produjo las primeras apasionadas divergencias con su séquito de renuncias, separaciones, divisiones y la formación de organismos afines.

Para comprender este curioso fenómeno, que se repite casi en todas partes cuando se presenta en escena un ser de gran desarrollo espiritual, quizás convenga tener presente lo que H. P. B. dice respecto a los que firman la solicitud de ingreso a la S. T. [6], y es que todas las buenas y malas cualidades que están en germen y latentes en nosotros o que fueron relegadas a la esfera del sub-consciente, suben a la superficie de la

(6) Ver Doctrina Secreta. T. III, pág. 377. Tendremos oportunidad de citar este concepto más de una vez. Con la venida del Sr. Jinarajadasa hemos observado nuevamente este fenómeno. De él nos ocuparemos extensamente en un estudio sobre la ''Psicología del Teósofo'', que tenemos en preparación.

conciencia y se manifiestan con gran intensidad. Es claro que como las segundas son más numerosas y fuertes que las primeras, particularmente en los miembros noveles, suele producirse el hecho desagradable de las peleas, rencillas, separaciones, etc. Como quiera que sea, estimo que se trata de un eficaz y benéfico proceso de catarsis sin el cual quizás el progreso individual no se aceleraría.

Volviendo a Olcott, he aquí en síntesis lo que ocurrió. Los hechos nos han sido relatados por un testigo presencial cuya palabra no puede ser empañada por la menor sombra de duda.

El Coronel Olcott había prometido dar una conferencia en cierto local, a las 9 de la noche de un día determinado. A esa hora fué a buscarlo al domicilio del Comandante Fernández el Sr. B..., miembro de una Logia local. El Coronel estaba cenando, tranquilo y despreocupado, conversando amablemente, como siempre solía hacerlo en la mesa, por lo visto del todo ajeno a su compromiso. El Sr. B..., encantado con la conversación y ante la placidez de Olcott, no se atrevía a recordarle que un grupo de personas esperaba oirlo en la prometida disertación; pero como el tiempo transcurría, por fin, a eso de las 10, "haciendo coraje", recordó al Coronel la conferencia. Olcott, visiblemente contrariado y muy enojado, se levantó y tuvo frases muy duras para él mismo y para el Sr. B..., a tal punto que a éste se le vió palidecer. Esas frases eran justificadas; para con él, porque se había olvidado de la conferencia, para con el Sr. B..., porque no se lo había recordado antes. Se explica este enojo recordando que el Coronel Olcott era de una puntualidad absoluta y que jamás faltaba a un deber contraído.

El acto, como es fácil suponer, se desarrolló en malas condiciones. El público se había impacientado por la larga espera y el orador, en plena digestión, no estaba en las mejores condiciones para desarrollar su

tema. Esa misma noche, y en los días posteriores, los teósofos se enteraron del incidente ocurrido en casa del Cte. Fernández, por el mismo Sr. B..., que prefirió el chisme al silencio. Olvidando que se trataba de un venerable anciano de más de 70 años, olvidando que a esa edad son disculpables las fallas, especialmente las de la memoria, olvidando que él también había sido culpable al no recordar a tiempo al C. Olcott su compromiso, olvidando que en los grandes movimientos espirituales lo más importante es hacer a un lado la propia personalidad, por más que ésta pueda haber sido herida, se retiró del movimiento teosófico y arrastró con él a toda una serie de descontentos que se veían defraudados en sus falsas creencias de considerar a Olcott como a una especie de Adepto. De la noche a la mañana esa buena gente descubrió que la Teosofía era un cúmulo de tonterías, que se habían equivocado y decidieron fundar un movimiento afin que, si bien realizó una obra meritoria, originó discusiones, diatribas, distanciamientos y separaciones y terminó como terminan todas las cosas hechas por impulso, sin dejar rastro.

Antes y después de desencarnar.

El 30 de diciembre del año 1906, es decir apenas 40 días antes de su fallecimiento, el Coronel Olcott — quien acababa de realizar una gira laboriosa por Europa — presidió la Asamblea General de la S. T. que debía celebrarse en Benarés, pero que hubo de efectuarse en Madrás por hallarse Olcott tan débil que le era imposible trasladarse a aquella ciudad. En esa Asamblea, en la que varias veces la Sra. Besant hubo de sustituirlo para evitar un desmayo producido por el cansancio y la debilidad, nuestro amado Presidente pronunció las palabras que van a continuación y que han quedado como una herencia sagrada para todos los fieles continuadores de su obra:

"No olvidéis que la tierra es la hornalla purificado-

ra del Ego humano, que las limitaciones físicas, las desigualdades de evolución transcurridas y también que la imposibilidad de la mayor parte de nuestros hermanos para realizar su unidad con el Yo Universal, que todo eso es la razón de tantos sufrimientos y dolores.

"¿Qué importa que vuestro hermano os vilipendie, os exalte u os desprecie, injustamente en apariencia, si no es nunca más que por un día? Hay poderes que ajustan siempre el karma individual de cada uno de nosotros; no hay pues motivo para dudar, en absoluto, de la sabiduría de esos poderes; pero es necesario recordar que la ley divina es infalible, verdadera y justa.

"Estudiemos constantemente nuestros motivos en todas las cosas; si ellos son correctos, no tengamos un sólo instante de ansiedad respecto del trabajo en mano o respecto de los desórdenes que puedan tener como resultado.

"Recordemos que la desarmonía es siempre resultado de la ignorancia y no nos afectemos por ello, so pena de retardar deliberadamente nuestro progreso. Demuestran las escrituras de todas las religiones que el sufrimiento es el camino que conduce sin cesar a la perfección; poco importa pues que algunas veces nos sintamos demasiado débiles para seguir adelante; es necesario reaccionar; poco importa también que el mundo entero parezca abandonado; es necesario ser valiente.

"Sepamos que en esos momentos está puesta a prueba nuestra fuerza y que, si guardamos firmemente nuestro ideal y que si no engañamos a nuestra propia naturaleza superior, no sólo no estamos solos sino que estamos sostenidos por los divinos brazos de la Verdad; y que ésta nos conduce, como conviene, a una paz y una alegría que sobrepasan todo entendimiento".

Los últimos instantes físicos del Coronel Olcott fueron apacibles. Expiró el 17 de febrero, a las 7 de la mañana, en Adyar, asistido por dos Maestros y por H. P.

B., invisibles a la vista física de la mayoría.

A título de simple curiosidad, — por aquello que no se debe aceptar nada sin comprobación personal — reproducimos lo que Leadbeater escribió de Olcott respecto a su estado *post-mortem*, la vida en la esfera intermedia, como la llama Jinarajadasa.

"Durante un rato quedó Olcott inconsciente después de expirar, pero muy luego despertó a plena actividad (7). Como yo le había sido siempre muy adicto, su Maestro me dijo que le sirviera de guía cuando fuese necesario para explicarle lo que preguntara. Siempre tuvo anheloso interés por las potencias y posibilidades del plano astral, y apenas pudo advertirlas claramente, mostró vivos deseos de comprender todo lo que allí ocurre y conocerlo racionalmente para actuar por sí mismo. Su poderosa fuerza de voluntad le permitió darse fácil cuenta de muchos de los experimentos astrales, aunque eran para él del todo nuevos. Le cuadran mejor las tareas que de un modo u otro entrañan poder, como pelear, curar y proteger. Traza grandiosos planes para el porvenir, así como mantiene, tan fervoroso como siempre, el entusiasmo por su amada Sociedad.

"Le ha llamado la atención el vigoroso pensamiento que al escribir las líneas precedentes enfoqué en él, y se me ha puesto al lado insistiendo en que trasmita a los miembros su vehementísimo consejo de que sean de todo corazón leales y ayuden cuanto puedan a su noble sucesor, dando para siempre de mano a deplorables querellas sobre personalismos, sin contender sobre cuestiones que no sean de su incumbencia ni puedan comprender, fijando en cambio su atención al único asunto importante, o sea la **obra** que la Sociedad ha de realizar en el mundo. El mensaje de Olcott es: "*Olvidaos de vos-*

(7) El libro que publicó el año pasado la "Oxford University Press, **The Tibetan Book of the Dead**, traducción inglesa de un manuscrito tibetano titulado **Bardo Thödol**, hecha por el Lama Kazi Dawa Samdup, prologada y glosada por el Dr. Evans-Wentz y por Sir Arthur Avalon (J. Woodroffe) da interesantes detalles a este respecto y corrobora la afirmación hecha por Leadbeater.

otros mismos, de vuestras limitaciones y prejuicios y difundid las verdades de la Teosofía''.

''Hasta ahora poco podemos decir acerca del futuro de Olcott. Cuando estas líneas pasen por los ojos del lector, acaso haya reencarnado. Ardientemente deseaba volver a la tierra para ayudar a la Sra. Blavatsky en su entonces presente encarnación. No puedo decir hasta qué punto verá satisfecho su deseo. Seguramente lo emplearán los Maestros en donde les parezca más útil. Su principal talento es el organizador, y ya hemos visto lo que hizo en el zoroastranismo, en la magna empresa misionera del buddhismo y en la fundación de la Sociedad Teosófica. No cabe duda de que sería capaz de hacer análoga obra con respecto a la próxima gran religión y al establecimiento de la sexta raza raíz. Sea de ello lo que quiera, el insigne hombre llamado en su última vida Enrique Steel Olcott estará dispuesto a desempeñar su parte en todas dichas actividades, tan devoto como siempre al servicio de su Maestro e inquebrantablemente fiel en vida y muerte''.

Honores fúnebres.

La incineración de sus restos, efectuada el 18 de febrero, fué una ceremonia imponente. La pira era de madera de sándalo y el cadáver estaba envuelto en las banderas norteamericana y buddhista. Esta última la había diseñado él mismo, y sobre ella estaban, en orden correlativo, los colores del aura del Señor Buddha. Asistieron al acto delegaciones de diferentes credos religiosos. Solamente faltó la delegación del Islam, que sin embargo se había hecho anunciar. Todos estaban unidos por el más profundo sentimiento de devoción y en el homenaje póstumo que rendían a un hombre que había sido bueno y amigo de ellos, desaparecían todas las diferencias. Y así la muerte servía a la vida haciendo fraternizar a hombres quizás distanciados por fanatismos religiosos y doctrinarismos filosóficos. Resultó el acto una magnífica y elocuente manifestación de Paz, de

Amor y de Libertad del que el desencarnado había sido ilustre campeón. Es probable que haya sido la única vez en que se rindieran honores fúnebres en versos palí, en cánticos buddhistas, en ghatas parsi, en slokas brahmánicas y en threnos cristianos. Era el broche de oro con que se cerraba toda una existencia de abnegación, de sacrificio y de idealismo.

Terminados los rituales, avanzó la Sra. Besant y dijo:

"Ahora, querido amigo, nosotros cargaremos vuestro cuerpo; no os damos la despedida de la vida porque sois innato e inmortal, perpetuo y eterno. No hay tal muerte. Hemos cuidado vuestro cuerpo velándole y amándole. Ahora lo devolvemos a los elementos de donde provino. ¡Valiente soldado de la Verdad! ¡Batallador por el bien! ¡Os deseamos la luz para vos y la paz para vuestro cuerpo muerto! ¡Os ofrendamos nuestra fe! Yo llevaré adelante el estandarte de la Teosofía que abandona vuestra helada mano.

"Esta Sociedad confirmará la elección hecha en el curso de vuestra carrera como la habéis cumplido. Todos habrán de servir a la Teosofía a través de la vida y de la muerte, como vos la habéis servido. Tanto como dure la Sociedad a través de los años del inconmensurable futuro, tanto vivirá vuestro nombre unido a ella.

"He aquí el último Mensaje de nuestro Presidente, queridos Hnos.... Sus labios están aún en su Mensaje. Mi voz hablará sus palabras".

Enseguida la Sra. Besant leyó el siguiente Mensaje del Coronel Olcott:

"Mis queridos Hnos., en el cuerpo físico me despido de todos vosotros. En memoria mía encargáos del trabajo de propagar y vivir la Fraternidad de todas las Religiones.

"A mis queridos hermanos sobre los planos elevados daré la bienvenida y vendré hacia vosotros; os imploraré me ayudéis a inculcar en todos los hombres de la tierra, que no hay religión más elevada que la Verdad;

que en la Fraternidad de las Religiones reside la paz y el progreso de la humanidad".

Cumplido este último encargo del Presidente fundador, avanzaron los conductores del cadáver, seis brahmanes y cuatro buddhistas, levantaron el ataúd llevándolo en procesión funeral hacia la pira preparada en un punto alejado de la población.

A la mañana siguiente se recogieron las cenizas. Una parte fué entregada al mar y se esparció sobre las olas; otra parte se puso en un cofrecito para ser llevada a Benarés y reunirla en el lecho del sagrado Ganges a las de H. P. B. allí depositadas.

Hermano lector, inclínate con toda devoción y respeto ante la memoria de este hombre extraordinario que si fué de aspecto venerable e imponente en su cuerpo físico, lo fué mucho más en todos los demás aspectos por haber dedicado su vida entera a realizar estas dos grandes aspiraciones: servir a los Maestros y servir a la humanidad.

CAPITULO IV

ANNIE BESANT

> El conferenciante y el escritor han de ser tan sólo indicadores en el camino que conduce al conocimiento. Ese camino debe ser recorrido con el esfuerzo propio.
>
> **Annie Besant.**

Los primeros años de su vida—

La Sra. Besant se halla en idéntica situación en que se hallan todos los grandes seres. Es discutida, analizada, juzgada con apasionamiento. Querida, respetada, adorada, obedecida y hasta divinizada por unos es severamente criticada, combatida, vilipendiada y aún calumniada por otros.

Nada extraño hay en esto: es una manifestación netamente natural que se intensifica cuando se trata de seres que no trabajan para el presente, sino para el futuro. Nadie se ocupa ni preocupa de los que acumulan millones, a veces con ganancias ilícitas y especulando sobre el hambre de sus semejantes; pero todo el mundo se cree con derecho a lapidar a una Sra. Blavatsky o a una Sra. Besant cuyo único crimen consiste en sentir en su propia alma el dolor ajeno y hacer lo posible para suavizarlo. La señora Besant también ha conocido la amargura de la traición, de la que ninguno de los grandes bienhechores de la humanidad se ha escapado. Budha la encontró en su propio primo De Vadello; Jesús en

Judas; Blavatsky en los esposos Coulomb. Por lo general, suelen ser los mismos correligionarios los que proporcionan la ingrata, dolorosa pero útil flor de la traición.

La Sra. Besant no ha pretendido nunca ser una mujer perfecta. Pero se puede asegurar que casi todas las



ANNIE BESANT

apreciaciones malévolas que de ella se hacen son infundadas, o por falsas interpretaciones de los hechos o por desconocimiento de los mismos y aún por ignorancia de las doctrinas que ella enseña. Cada vez que oimos hablar de nuestra Presidente con poco respeto, preguntamos: ¿Conoce usted su vida? ¿Ha leído usted todas o la mayor parte de sus obras? ¿Sabe usted lo que ha hecho

en beneficio de sus semejantes? Casi siempre las respuestas son negativas. Resulta entonces que todos sus detractores, en buena y mala fe, se hallan en la misma situación de aquel caballero napolitano del cual se dice que tuvo 24 duelos por sostener la superioridad del Tasso sobre el Ariosto, y que, herido de muerte en el último, al confesarse declaró al sacerdote, que jamás había leído al Tasso ni al Ariosto.

Trataremos, en la exposición que sigue, de ilustrar una pequeña parte de su vida. Decimos pequeña parte porque, para hacerlo de una manera amplia, se necesitaría tiempo, espacio y conocimientos superiores a los que poseemos, como que se trata de una mujer extraordinaria, de aspectos y actividades múltiples, que llena medio siglo de historia y que quedará en las edades futuras, cual una de las eflorescencias más bellas y más nobles que ha producido esta agitada humanidad de los siglos XIX y XX.

Nos hemos valido, para bosquejar lo que va a continuación, de lo que ella misma ha escrito en su *Autobiografía* — que desgraciadamente termina en el punto más interesante, es decir cuando ella se adhirió a la S. T.; de las biografías escritas por Aimée Blech, por Olga Calvari, por Bernard Shaw y de diferentes artículos publicados en diarios y revistas.

Annie Wood, que tal era el nombre de nuestra Presidente antes del casamiento, nació en Londres el 1º de octubre de 1847. El padre, hombre muy distinguido, murió cuando ella tenía pocos años. También perdió a un hermanito. Sobre ella pues se condensó todo el cariño de una madre inconsolable. Un vínculo sobrehumano enlazó a estos dos seres. Dícese que la niña tenía una manera tan especial de abrazar a la madre, que ésta un día le dijo: "Ah, queridita, si te suspendes así del cuello de tu mamá será preciso que busque una cuerda para atarte a mi delantal". A lo cual la chica respondió: "Y bien, mamá, trae esa cuerda y átame con un nudo bien fuerte".

Desde su primera infancia mostró una naturaleza tierna, soñadora, mística. Veía, o creía ver hadas y otros seres invisibles. Las leyendas, los escritos fantásticos, los mitos, los relatos bíblicos la encantaban. No permitiendo las condiciones económicas, muy precarias por cierto, la vida en Londres, tuvieron que retirarse a una casita de campo. La pequeña Ana eligió para su morada un gran laurel. Bajo sus largas ramas casi horizontales ella comía, dormía, estudiaba, soñaba, jugaba con las hadas, cantaba con las aves y se entretenía con todos los héroes y mártires legendarios con que había poblado su imaginación. Así pasó su primera infancia, dichosa, feliz, en contacto directo con el vasto magnetismo de la naturaleza, en igualdad de condiciones que muchos otros seres destinados a representar en el mundo un rol importante.

Cuando la niña tenía más o menos la edad de 8 años, se hizo cargo de ella la señorita Marryat, una vieja solterona, hermana del capitán del mismo nombre, cuyos escritos tanto gustaban a la generación de entonces, para ir educándola convenientemente. La separación de la madre fué sumamente dolorosa, pues a partir de ese instante sólo podría estar con ella en las vacaciones. La niña halló en la Sta. Marryat a una admirable educadora, quien la preparó magníficamente para el futuro. Lejos de llenar el cerebro de sus alumnos con nociones incomprensibles y aprendidas de memoria, la vieja maestra estimulaba en los mismos las facultades personales de observación y de iniciativa; sus lecciones eran de cosas y no de ideas, porque en la infancia sólo se está capacitado para comprender aquéllas. Y al mismo tiempo que cultivaba sus tiernos cerebros también desarrollaba sus tiernos corazones, haciéndoles tomar la costumbre de realizar con placer pequeños sacrificios en beneficio ajeno. La niña Wood, que ya tenía la cabecita llena de tantas imágenes de héroes y de mártires, y el alma saturada del espíritu de sacrificio, halló en esta educación la fórmula complementaria que necesitaba para desarrollar sus latencias. No sería quizás arriesgado

afirmar que en aquel entonces se decidió su vocación por el martirio.

Con Miss Marryat la niña, ya de 13 años, hizo un viaje a Alemania, permaneciendo en este país tres meses. Después fué a París, donde conoció y admiró las Iglesias, el culto y las ceremonias católicas, aunque ella era protestante. En esta misma ciudad hizo su primera comunión. Por fin, cuando tenía 16 años y a raíz de haberle declarado la señorita Marryat que ya nada tenía que enseñarle, volvió a su hogar recomenzando la antigua vida pacífica y llena de ternura al lado de la madre quien, como si comprendiera intuitivamente toda la enorme responsabilidad que pesaba sobre ella por habérsele confiado a un Ego muy desarrollado, se constituyó en una verdadera esclava de su hija, no teniendo más preocupaciones que la de satisfacer todos sus deseos, los que por otra parte eran siempre muy elevados. Ella la ataviaba cuando tenía que ir a alguna fiesta, ella le leía los libros, ella se encargaba de todos los detalles de la vida diaria, rodeando a su hija de una atmósfera no sólo de amor maternal sino de devoción sagrada.

Esposa, madre e hija.

Había en la vida y en la educación de la joven Annie Wood un solo punto obscuro, una sola falla: su completa ignorancia de todo lo que se refería a los hombres. Había vivido siempre entre mujeres, bellezas, ilusiones y visiones super-humanas, y no podía sospechar que en el corazón de otros seres, los hombres, pudiera haber algo que no fuese también belleza, amor y lealtad. Fué en estas disposiciones de alma, fué en esa ignorancia que la pobre niña un buen día se halló esposa de Mr. Franck Besant, un pastor evangélico, en quien había creído hallar antes que a un marido a un instructor que supiese comprender su profunda devoción y su sincera fe religiosa y hubiese sabido cultivarla. No halló en cambio más que a un hombre egoísta, sensual, de ideas estrechas, que sólo comprendía la letra y formalismo de su

elevada misión, un hombre, en fin, que de sacerdote no tenía más que el nombre. Su naturaleza honrada, independiente y orgullosa, no tardó en rebelarse contra un hombre que desconocía en absoluto hasta los mismos deberes de marido. Se produjeron muchos choques y bien pronto la pobre joven comprendió que su casamiento, lejos de traerle la dicha, la sumía en la más completa infelicidad. Dos hijos, Walter y Mabel, que nacieron a distancia apenas de un año uno del otro, fueron como un rayo de sol que llevara un poco de calor y de luz a su alma atribulada. Pero habiéndose enfermado la niñita y hallándose en peligro de muerte, la madre se desesperó y empezó a dudar de la bondad y hasta de la existencia de Dios. A consecuencia de sus desasosiegos, cayó enferma de una violenta fiebre cerebral. Convaleciente ya, el médico que la había asistido, creyendo hacerle un favor, fué prestándole obras científicas, cuya lectura acabó por hacerle perder la poca fe cristiana que le había quedado.

Su intranquilidad fué creciendo hasta transformarse en desesperación. En un estado de alma imposible de describir, en una noche del verano de 1871, intentó suicidarse con el cloroformo. Pero entonces, desde lo más íntimo de su conciencia, surgió una voz que le dijo: "¡Cobarde, cobarde! ¡Eres tú que soñabas con el martirio, tú que eres incapaz de soportar el sufrimiento de pocos años!". Resolvió pues vivir y dedicarse a sus niños.

Esa tentativa de suicidio marca en la vida de la señora Besant el principio de una nueva etapa. A partir de esa fecha, empezó a frecuentar a los hombres de Iglesia, esperando hallar en su contacto espiritual fuerzas nuevas que debían reavivar su muerta fe religiosa. En vez de esto sólo halló respuestas frías, severas, estrechas, literales y consejos de limitarse a creer lo que la Iglesia enseñaba sin investigar nada de por sí, porque esa clase de investigaciones constituyen pecados graves. Sólo una vez halló a un hombre culto e ilustrado que la com-

prendió y la compadeció; pero, ¡ay, era demasiado tarde! La joven señora ya se había vuelto materialista. Decidió romper con la Iglesia, y un buen día, mientras en ésta se suministraba la comunión, se levantó y se retiró con gran sorpresa de los fieles. El hecho se repitió varias veces, hasta que por fin el marido, después de



ANNIE BESANT

muchas escenas violentas, le planteó el problema: o tomar la comunión de sus manos o cesar de ser un motivo de escándalo y de desorden. Para una naturaleza altiva, sincera y honrada como la de la Sra. Besant no había duda en la elección. Acordaron amistosamente los cónyugues su separación. Mr. Besant se quedó con el hijo

varón; y su esposa con la niñita fueron a vivir con la señora Wood.

La situación de las tres mujeres era muy penosa, pues los medios de subsistencia eran escasos. Fué entonces cuando la Sra. Besant empezó a escribir algunos cuentos y narraciones que, enviados a una revista, fueron aceptados, publicados y bien retribuídos. La joven escritora se revelaba desde el comienzo de su carrera literaria cual un positivo valor y un talento. Poco después, halló una ocupación estable cerca de un vicario de quien era al mismo tiempo la gobernanta, la enfermera y el ama de llaves. Como su ocupación le dejaba algunas horas libres por la noche, ella las empleaba para estudiar y escribir. Pero ya no eran las novelas y los cuentos los que le interesaban. Atraían más su atención los escritos de carácter filosófico o social y los trabajos sobre el libre pensamiento. No pudo durar mucho en su empleo. Su sed de independencia la llevó a Londres. En esta ciudad pasó algunos años que fueron los más duros de su vida, a causa de las privaciones materiales a que se vieron sometidas y con frecuencia llegaron a la miseria. Consiguió un empleo en el Museo Británico y con el sueldo que ganaba la pequeña familia vivía. Pero, ¡cuántas veces hubo de ir al trabajo sin desayuno y cuántas veces al regresar a su casa hambrienta, y no hallando nada o poco para comer, satisfacía su hambre cubriendo de besos y de caricias a la madre y a la hija!

Una nueva prueba, bien sensible por cierto, debía pasar poco tiempo después. La madre de la Sra. Besant se enfermó y bien pronto todos comprendieron que su próximo fin terrenal estaba cerca. La enferma un día llamó a su hija y le dijo: "Hija mía, tú sabes que yo he sido una mujer piadosa y que he vivido toda mi vida de acuerdo con los preceptos de la religión cristiana. Bien: antes de morir, desearía que nos comulgáramos las dos, pero si tú te resistes en acompañarme, prefiero ir al infierno antes que separarme de tí". Fácil es imaginarse el resto: la señora Besant corriendo de puerta en puer-

ta, buscando un sacerdote que fuera lo suficiente razonable y humano para dejar morir en paz a la enferma, permitiendo que la hija se comulgara con ella, aún cuando no creía en la comunión. Después de muchos rechazos, halló por fin a un buen pastor que comprendió la situación y accedió al pedido. La madre de la señora Besant pudo morir tranquilamente.

Con los desheredados.

Solas ya en el mundo, ella y su hijita, se dedicó a escribir con más ahinco, consiguiendo llamar la atención sobre ella. De esa época data el comienzo de sus relaciones intelectuales con algunos hombres de gran prestigio, tales como Scott y Bradlaught. Este último, político de valía, periodista y orador distinguido se había puesto por entero al servicio de los desheredados y a combatir lo que él creía las mentiras y las falsedades de la ortodoxia religiosa. Apóstol del ateísmo, Bradlaught vertía sus ideas en un gran diario que él había fundado, "The National Reformer". La comunidad de ideales, el espíritu de sacrificio y las afinidades de carácter unieron bien pronto a Bradlaught y la señora Besant con los vínculos de la más íntima amistad. Tenemos pues a la señora Besant transformada en campeón del ateísmo, pero un ateísmo que no dista mucho del más puro panteísmo. Cualquier lector podrá convencerse de ello leyendo sus escritos del año 1874.

Ambos, ella y Bradlaught, realizaban en común el apostolado de la renovación social. Fué una lucha a fondo, que duró muchos años, empeñada con el periodismo y la palabra contra el fanatismo religioso, los privilegios económicos y las conveniencias políticas. En Londres, lo mismo que en las ciudades de provincias y en la campaña, la elocuencia fogosa, sincera, decidida de los dos resonaba como una voz sobrehumana venida de esferas ultrafísicas para despertar las conciencias. Estas, a veces, se despertaban tan bien que acogían a pedradas a

sus despertadores. En cierta oportunidad la Sra. Besant fué herida en la nuca.

En medio de tanta pureza de intenciones y de ideales, Bradlaught y la Sra. Besant cometieron un error, que tuvo consecuencias desagradables. Aceptaron las teorías de Malthus que se referían a la restricción de la natalidad. Aceptada esta doctrina con entera buena fe, nacida ante el espectáculo de horrorosas miserias humanas que ellos día a día contemplaban en los bajos fondos de las grandes ciudades, estimando que la limitación de la prole pudiese representar una válvula de escape a dichas miserias, se entusiasmaron con las teorías de Malthus y las propagaron con entusiasmo. ¡Cuántas horas amargas debía costarles esa actitud! ¡Cuántos disgustos, calumnias y aún persecusiones! La publicación de un folleto sobre este asunto dió motivo a los adversarios para incoarle un proceso. Es justo recordar que más tarde los mismos tribunales reconocieron públicamente que en ese folleto había ideas hermosas y humanitarias y que la intención de la autora era pura y noble.

En materia social, la Sra. Besant se plegó al socialismo. Bradlaught no era socialista pero, espíritu amplio y liberal, no vió en esa orientación de su amiga un motivo de separación. La obra en común pues continuó.

Cómo llegó a la Teosofía y la Sociedad Teosófica—

Se aproximaba para la Sra. Besant la hora de la luz. En aquella época trabó amistad con Mr. Stead (el que pereció en el Titanic). Y de esa época data también la fundación de una hoja popular cuyo título era "The Link" (La Cadena), destinada a difundir entre las masas, en forma clara y sencilla, todas las doctrinas de las que la Sra. Besant se había constituído en propagandista.

Un buen día, llegó a la redacción de este diario un ejemplar de *"La Doctrina Secreta"*, cuya autora era una Sra. rusa, H. P. Blavatsky. La Sra. Besant, quien ya se había ocupado de fenómenos psíquicos, telepatía,

hipnotismo, sugestión, subconciencia, etcétera, fué la encargada de hojear esa obra y dar un juicio de la misma en el diario. Lo que ella escribió después de haber leído la *D. S.* lo hallará el lector interesado en el penúltimo capítulo de su *Autobiografía*, pues la falta de espacio nos impide reproducirlo.

El día siguiente en que apareció ese para ella memorable escrito, por intermedio de Mr. Stead, pidió una entrevista a la autora de la D. S. Cuando se halló frente a H. P. B., sea por timidez, sea por cualquiera otra razón, no pudo decir nada importante. Pero cuando las dos mujeres se hallaron en el umbral, próximas a despedirse, H. P. B., fijando su extraña mirada en los ojos de la visitante, le dijo:

—Ah, Sra. Besant, si Vd. quisiera ser de los nuestros.

Nada contestó la señora Besant. Su orgullo fué más fuerte quizás que su recóndito deseo. Pronunció unas frases cortas y se retiró. Esta actitud se explica: aceptar y adherirse a la Teosofía significaba despedirse de todo su pasado, significaba ponerse frente a frente a todos sus colegas, separarse de su amigo Bradlaught, quizás enemistarse con él. Y todo eso no se resuelve en un momento, sin duras luchas internas — ¡si lo sabremos muchos de nosotros! Por fin, tomó valientemente su decisión, y volvió a visitar a H. P. B., manifestándole su deseo de entrar a la S. T. Pero H. P. B. le dijo:

—¿Ha leído usted el escrito de la *Psychical Researches* en la parte que se refiere a mí? ¿No? Bueno, aquí lo tiene, léalo y vuelva después si le parece.

La Sra. Besant se llevó el documento y lo leyó todo. No le causó ninguna impresión. Ella misma declaró después que la verdad no la halló en esos papeles sino en la profunda y honesta mirada de H. P. B. El documento sólo contenía calumnias. Al día siguiente fué a visitar a la Sra. Blavatsky. He aquí lo que ocurrió entre esas dos mujeres extraordinarias:

—¿Ha leído usted el documento?

—Sí.

—¿Entra usted a la Sociedad Teosófica?

—Sí.

—Entonces?

—Entonces...

Annie Besant, la orgullosa conductora de masas, la formidable mujer ante quien se sentían pequeños ami-



ANNIE BESANT

gos y enemigos, cuyo sólo nombre imponía respeto y aún terror a las autoridades, se arrodilló con toda humildad ante H. P. B., tomó sus manos y mirándola en los ojos, dijo:

—Aquí está mi respuesta. Aceptadme como alumna y dignáos acordarme el honor de proclamaros mi instructora ante el mundo.

Los ojos de H. P. B. se llenaron de lágrimas. Poniendo su mano con la dignidad de una reina sobre la frente de la neófita, le dijo:

—Sóis una noble mujer. Que los Maestros os bendigan.

Era el 10 de mayo de 1889.

Un mes y medio después — 23 de junio — apareció en "The National Reformer" un juicio crítico acerca de la Doctrina Secreta. Dicho juicio no estaba escrito en la forma convencional que suele ser la regla en esos casos. Había en él, al lado de un análisis minucioso de las grandes verdades contenidas en la obra, todo el entusiasmo y el calor de una convencida. El clamor que ese escrito levantó fué tan grande que poco después Bradlaught se vió obligado a desautorizarlo en el mismo diario, desautorizando con ello las "nuevas ideas" de la Sra. Besant y emitiendo una opinión netamente desfavorable a las doctrinas teosóficas.

Con este episodio terminaba una antigua y sincera amistad entre dos seres que, si bien separados intelectualmente, en el fondo sólo deseaban el bien de sus semejantes, buscándolo por caminos distintos. En dos conferencias públicas, dadas el 4 y el 11 de agosto de ese mismo año, tituladas *Por qué me hice teósofa*, la Sra. Besant, en presencia de casi todos sus viejos compañeros de lucha y de sus amigos, hizo declaraciones de su nueva profesión de fe, renegando de su ateísmo. Sólo algunos la siguieron; la mayoría se alejó de ella.

Nos toca ahora, considerar un punto que estimamos de la mayor importancia y es éste.

Los que no nos conocen bien, creen que en el fondo del corazón de un teósofo hay un sentimiento de egoísmo que le hace pensar excesivamente en sí y poco o nada en los demás. Es un gravísimo error y sólo puede ser engendrado por un desconocimiento completo de nuestras doctrinas y de nuestros trabajos. El hecho de que alguna vez se produzca ese fenómeno, la circunstancia de que algún teósofo llegue a permanecer indiferente an-

te los dolores ajenos, encerrándose en una cómoda interpretación de la ley kármica, no significa que ningún texto ni ningún autor serio, así lo enseñe. Se trata de una actitud puramente personal de la que él y no la doctrina es el único responsable.

La Teosofía enseña, precisamente, lo contrario y trata de capacitar a cada teósofo para participar de una manera intensa a los dolores y a las alegrías de sus semejantes. La diferencia entre un teósofo y un socialista o un anarquista, por ejemplo, consiste en esto: que mientras estos últimos asumen un actitud de rebelión, de venganza o de odio frente a determinadas clases sociales, por creerlas las únicas responsables de toda la miseria humana, aquél, el teósofo sin desconocer la injusticia que implica la detención de la riqueza social en pocas manos y aún deseando que por la evolución lenta y progresiva de las conciencias, se llegue a una fórmula equitativa, no maneja como arma la rebelión, la venganza y el odio, sino la compasión, la tolerancia y el amor hacia todos los seres humanos. Y mientras los que auspician la transformación social sobre la base de un bienestar colectivo, limitan su lucha al terreno políticoeconómico, creyendo que la voluntad humana todo lo puede, negando toda existencia y toda ingerencia a los seres invisibles, el teósofo con un criterio indiscutiblemente más amplio, da a estos últimos toda la importancia que tienen en la evolución humana.

La consecuencia de este proceder distinto, está a la vista: mientras para los secuaces de las primeras doctrinas, llega un momento en que se apodera de ellos la desilusión y aún la desconfianza — cuando no caen en el más completo individualismo, pensando cada cual sólo en sí — el teósofo, seguro de que su vida física no es más que una jornada en el largo proceso de su desarrollo, acepta los males actuales como una consecuencia kármica y una necesidad, y mirando, confiado, el porvenir, aprende las nuevas y bellas lecciones que le ofrecen las circunstancias de la vida para su progreso,

haciendo desinteresadamente todo el bien que puede a sus semejantes.

He aquí cómo nosotros combinamos nuestras doctrinas espiritualistas con lo mejor que tienen las doctrinas de los partidos avanzados; he aquí porqué un teósofo no desdeña, bien al contrario, toma parte en las luchas de todas las reivindicaciones humanas.

El lector perdonará este largo paréntesis que se ha abierto para decir que la nueva orientación de la señora Besant no le impidió, en manera alguna, seguir actuando en el socialismo. Hasta se podría decir que su actuación posterior en ese sentido fué más eficaz. También hay que agregar que tuvo siempre el apoyo y la cooperación de la Sra. Blavatsky.

En ese mismo año de su conversión, fué a París para asistir a un Congreso Socialista, en compañía de varios colegas británicos, entre ellos Herbert Burrows, quien se hizo teósofo poco después. Hallándose en esa fecha en Fontenaibleau la Sra. H. P. B., Annie Besant fué a visitarla y se quedó dos días con ella. En la segunda noche se le apareció por primera vez el Maestro.

Vida de disciplina, trabajo y abnegación.

La señora Besant entró enseguida a vivir la vida teosófica en unión con sus compañeros. Habiendo tenido H. P. B. que desalojar la casa donde vivía, la Sra. Besant ofreció la propia y allí se trasladaron la co-fundadora de la S. T. y el Cuartel General Inglés de la misma. Fué en esa casa donde la Sra. Besant vivió más de dos años en compañía de su Maestra, recibiendo de ésta todas las enseñanzas que necesitaba, hasta su desencarnación. Allí convivían Mead, el gran erudito, Keightley, tío y sobrino — a cuya generosidad se debe la publicación de la *Doctrina Secreta* — Laura Cooper, su hermana Cooper Oakley, escritora y ocultista de primer orden y autora de *Tradiciones Místicias,* la condesa Wachtmeister que puso su vida y su fortuna al servicio de la causa teosófica, Herbert Burrows, el antiguo colabo-

rador socialista de Annie Besant, Walter Old, eximio escritor, y más tarde C. W. Leadbeater, el cura anglicano que tanto renombre debía adquirir después.

Entre los visitantes figuraban: los esposos Sinnet instruídos por los Maestros de Sabiduría en la India — (llegando más tarde él a ser Presidente de la Logia de Londres, y por fin Vice-Presidente de la S. T.), la señorita Arundale y su pequeño nieto Jorge, Maidland y Ana Kingsford, autora de *La Vida Perfecta*, Mohini Chaterji, un joven hindú que hacía concebir grandes esperanzas, y el español José Xifré. En pocas palabras, la casa de la Avenida Road Nº 19, se constituyó en un centro magnético de primera fuerza en el que se trabajaba seriamente.

Parte de la concurrencia, especialmente la femenina, no se mostraba bien dispuesta hacia la señora Besant, un poco porque la hallaban muy socialista, y un poco por cierto interés especial que le demostraba H. P. B. Respecto a este último punto, es bueno recordar que cuando H. P. B. mostraba un interés especial hacia alguno de sus discípulos, era para exigirle y hacerle trabajar más que a los otros. El primer año, pues, de su vida en común no fué muy agradable para la Sra. Besant. Su naturaleza altiva, orgullosa, y aún un tanto autoritaria, hubo de someterse incondicionalmente a los reproches, a veces en apariencia injustos, a las ironías y a los sarcasmos no sólo de la Maestra, sino de otros asistentes quizá instigados por ella. Pero todo lo soportó con tanta serenidad, que al final todos se sintieron conquistados por ella. Es que mientras por un lado nadie pudo hallar en su corazón el menor sentimiento de mezquino egoísmo, todos comprendieron que en su alma pura había una reserva inagotable de espiritualidad, que empezaba a hacer eclosión.

Es interesante saber el método de trabajo que se seguía en la casa de la Avenida Road. Se levantaba a las 5, verano e invierno, se reunían en un cuarto frío, a veces helado, sin calefacción, y después de una larga

meditación, destinada al desarrollo de las facultades internas, un frugal desayuno. H. P. B. contestaba las preguntas y resolvía los problemas que le planteaban y así trabajaban toda la mañana. Pero más interesante aún es conocer el método diremos así educacional, que la Maestra empleaba para sus alumnos. Ese método se di-



ANNIE BESANT

rigía de preferencia a castigar la parte débil de cada uno. Mead, por ejemplo, era muy orgulloso; H. P. B. lo humillaba constantemente y a veces con crueldad. Un día le llevó éste un trabajo preparado con esmero, y para el cual había realizado muchas investigaciones en las diversas Bibliotecas de Londres. H. P. B. apenas si le echó una rápida mirada, arrojándolo en seguida al

fuego como algo que no valía nada. La señora Oakley era muy aristocrática, de gustos y modales refinados; gustaba poco de mezclarse con gente que no fuese de su misma condición social. Bien, la Maestra la hacía sentar precisamente entre las personas humildes y no siempre limpias, y ella misma empezaba a jurar y lanzar dicterios como un carrero. Bertrand Keightley era un estudiante excelente y muy instruído; pero tenía su pequeña vanidad. La Maestra lo castigaba contradiciéndolo siempre, aún en las conferencias públicas. La Condesa de Wachtmeister era exacta, ordenada, metódica; tenía un cuidado extremo por la regularidad y la limpieza. Pues bien, hasta en estas bellas cualidades la castigaba H. P. B. Se dice que durante un viaje a Würtzbourg (Alemania) la obligó a alojarse en un cuarto obscuro y sucio, cuyas ventanas no se habían abierto hacía mucho tiempo y cuyo ambiente apestaba aún más la Maestra, con el humo de sus interminables cigarrillos. A la hora de la comida no llegaba nunca en tiempo, de manera que los alimentos casi siempre se quemaban o se ponían muy secos, lo cual encolerizaba sobremanera a la condesa. En algunas ocasiones, después de haberla cubierto de reproches inmerecidos se quedaba sola sentada frente a la mesa. Toda esa severidad se acentuaba aún más con la señora Besant; y a veces era con ella tan dura que con frecuencia se veía obligada ésta a retirarse a su cuarto y llorar largas horas en silencio.

Fácilmente se comprenderá que esta actitud de la señora Blavatsky era intencional. Nadie más fina, culta, aristocrática y buena que ella. Pero era la época en que se imponía la necesidad de formar alumnos perfectos para el futuro desarrollo de la S. T., y esos alumnos debían ser corregidos, o mejor dicho, corregirse por ellos mismos, hasta en sus menores defectos. Cuando la lección quedaba definitivamente aprendida, la señora Blavatsky era la primera en felicitar al neófito por el triunfo obtenido.

La alumna que quizás aprendió mejor todas las leccio-

nes fué A. Besant. Ninguna sorpresa, pues, causó si cuando H. P. B. desencarnó el 8 de mayo de 1891, ella le sucediera como continuadora espiritual de la obra, mientras el coronel Olcott quedaba en la India como presidente de la S. T.

Volvía a empezar para la señora Besant la vida activa y algo errante de la época en que militaba en las filas del socialismo, aunque de una manera más calma y metódica. Toda Inglaterra y casi toda Europa fué recorrida por ella, dando conferencias, organizando Logias y grupos de estudio, atendiendo a todo el mundo por cuestiones relacionadas con la S. T., contestando un diluvio de cartas y escribiendo libros, dedicando al cuerpo los menores cuidados posibles. ¡Y decir que esta vida de una actividad pasmosa, sin precedentes, continúa inalterada hasta hoy, 39 años después! En algunas ocasiones, ha llegado a dar hasta tres conferencias en un día, utilizando todos los medios de locomoción, el aeroplano inclusive, a veces sin descansar y dejando medio muertos de fatiga a sus compañeros mucho más jóvenes que ella. Imagínese, pues, si para una mujer tan ocupada, es posible conceder y perder tiempo en entrevistas de pura curiosidad. Imagínese lo fundadas que pueden ser todas las críticas formuladas por quienes no han podido ser recibidos o atendidos por ella, o por habérsele dedicado solo unos minutos. Se olvida o no sabe esa gente que cuando hay de por medio intereses colectivos, los intereses individuales se hacen a un lado: ignora esa gente que la clarividencia de la señora Besant le permite saber de antemano si quien va a visitarla lo hace por devoción, porque tiene algo importante que decir o simplemente para satisfacer una vanidad personal. Desconoce esa gente que en un minuto de conversación con un Arhat cual es la Sra. Besant, hay tiempo de sobra para bañarse en su aura y recibir de ella las emanaciones superiores que de ella fluyen, siempre que uno deliberadamente no se cierre al influjo de las mismas.

En la India.

Veamos ahora a nuestra Presidente actuando en la India. Se hospeda en *Shanti Kimja*, esa pequeña *Casa de los Sabios* descrita por Pierre Loti. Traba relaciones con los Pandits y los brahmanes más ilustres; estudia su ciencia sagrada y multimilenaria; se satura de la misma y al cabo de poco tiempo la antigua atea y materialista, la extranjera, apenada por la degradación en que había caído la antigua religión, concibe el proyecto grandioso de restablecer esa religión en todo su pasado esplendor y pureza. Para eso hacía falta educar a la juventud india y era también indispensable tener dinero. Los ricos Rajas con quienes ella se había vinculado y que se entusiasmaron con el proyecto, suministraron los medios necesarios y así surgió en Benarés el soberbio edificio destinado al "Hindu Central College", donde 1200 estudiantes pudieron instruirse en la ciencia moderna, al mismo tiempo que conocían la espiritualidad de su religión y la belleza de su filosofía, hermanando la ciencia del corazón a la del ojo. De este colegio fué más tarde director el señor Jorge A. Arundale.

La iniciativa realizada tan brillantemente, constituyó un triunfo para la India entera. Pero, como todos los triunfos, trajo aparejadas sus amarguras. Los misioneros cristianos, católicos y protestantes que se habían propuesto catequizar a la India, pretendieron hacer creer a los hindúes que todo lo que no era cristianismo era herejía. La señora Besant hizo frente con su valentía acostumbrada a la tormenta y puso fuera de combate a sus enemigos, se puede decir con una sola frase, diciendo que "la herejía no es más que la Verdad estudiada desde otro punto de vista". Pocos años después, al lado del primer colegio, surgió otro para niñas de cuya dirección se encargó Miss Arundale.

No paró aquí la obra de la señora Besant en la India. Su acción se extendió al campo político y ha sido y es de una trascendencia tal, que será necesario que pa-

sen muchos años y que la posteridad la juzgue con criterio sereno e imparcial, para comprenderla. Aquí nos limitaremos a exponer con brevedad, algunos hechos sobresalientes de su actuación política en ese país.

La señora Besant se propuso hacer colaborar a ingleses e hindúes en una obra de reconstrucción social, cuyos beneficios, no sólo debían ser comunes a esos dos pueblos, sino a todo el mundo. Para eso, era indispensable que ingleses e hindúes se conociesen y llegasen a tenerse mutua simpatía. Puso mano a la obra, empezando por dar conferencias sobre la India en Inglaterra. Los trabajos de Max Müller y de Rudyar Kipling, que habían revelado a los ingleses los tesoros de la sabiduría y del alma hindúes, fueron, pues, continuados por ella con el entusiasmo, el ardor y la perseverancia con que siempre realiza sus grandes iniciativas. Todo lo que la India ha producido en el arte, en la religión, en la filosofía, en la organización política, económica y social, toda la cultura interna que ha desarrollado durante milenios, con ciencia y paciencia realmente divinas, fué dado a conocer a los ingleses a través de su elocuencia maravillosa. Viceversa, a los hindúes les reveló todas las grandes cualidades que posee la raza inglesa, haciéndoles comprender que no debían odiar a la nación conquistadora y juzgarla por sus parciales rapacidades y aún por sus crueldades, sino verla como un estímulo para despertarse de su milenaria inactividad.

No fué comprendida, de manera que, lejos del éxito esperado, su labor resultó un fracaso, por culpa sobre todo de los ingleses, para quienes el prejuicio de raza y de color resultó un obstáculo insuperable. Acostumbrados a ver en los hindúes vasallos y aún esclavos, oyeron las prédicas de la señora Besant con perfecta indiferencia. Fué entonces cuando nuestra Presidenta, con uno de esos golpes de audacia que tanto la caracterizan y que aplica en el momento oportuno, cambió de táctica y dijo a los hindúes que, si bien su destino estaba ligado al del pueblo inglés y que de la colabora-

ción de los dos pueblos debía surgir tal vez una nueva fórmula de civilización, ellos debían marchar a la conquista de su propio destino con la frente alta, luchando por su cuenta y pidiendo su autonomía.



ANNIE BESANT
(con las insignas masónicas)

Esta actitud fué asumida en plena guerra mundial; es fácil, pues, imaginarse el efecto que produjo entre los políticos ingleses. En julio de 1917, el gobierno de Madrás le intimó la orden de cesar en todas sus actividades políticas, le prohibió hablar en favor de la India

y le dejó la elección de residir en uno de los tres distritos que se le indicaban, en compañía de Wadia, director de la Sociedad de Publicaciones, y de Jorge Arundale, antiguo Director del "Hindu Central College". Ella eligió Ootacamund, cerca de las montañas Nilgiri, en una pequeña casa que había sido del coronel Olcott. Puede imaginarse cualquiera lo que el confinamiento y el encierro significan para una mujer como la señora Besant, la tónica de cuya vida es la actividad. Por suerte, ese encierro no alcanzó a tres meses. Habiéndose levantado una tormenta de protestas en todas partes, el gobierno de la India, en el mes de setiembre le devolvió la libertad sin limitación alguna. Su liberación fué un triunfo del que quizás ningún otro ser en la tierra ha conocido igual. Por dondequiera ella pasaba, en las ciudades como en las aldeas y las campiñas, las poblaciones enteras, entusiastas, delirantes, se levantaban a recibirla, cubriendo de flores el camino por donde ella pasaba. En Bombay el delirio llegó al apogeo. Ya no se le cubría sólo de flores; piedras preciosas y perlas finas, eran arrojadas sobre ella como ofrendas hechas a una diosa. Su vuelta a Adyar asumió las proporciones de una apoteosis.

En diciembre del mismo año, fué nombrada Presidente del Congreso Nacional Hindú, reunido en Calcuta. Como tal pronunció uno de sus más memorables discursos que habría suscrito el más renombrado estadista.

Antes de cerrar este párrafo, deseo decir algunas palabras respecto a los puntos que separan a la señora Besant de Ghandi, en su manera de considerar la cuestión hindú. Puedo concretar mi opinión en pocas palabras. Por lo que ya se ha dicho, la señora Besant cree que la India debe pedir su autonomía pero debe colaborar con Inglaterra en preparar una nueva fórmula de organización social y quizás de civilización mundial. Es pues, una *colaboracionista,* palabra que para los teósofos puede ser entendida como una práctica eficiente de la fraternidad aplicada a las naciones. Esta idea

fundamental no abandona nunca a nuestra Presidente y, en mi entender, no se podría ser más coherente con las ideas teosóficas, que manteniéndose fiel a este principio. Toda la vida es una escuela y todo el aprendizaje debe hacerse en común. Colaboración, pues, en la familia, en las ciudades, en los pueblos, entre las clases sociales, entre las naciones y por fin entre las razas.

La orientación de Ghandi es otra. Influenciado por las ideas emancipadoras, idealmente bellas pero prácticamente lejos de una aplicación inmediata y total, ha considerado la cuestión desde un punto de vista extrictamente nacional y nada ha querido saber de colaboracionismo. Las poblaciones incultas de la India, que nada pueden entender de estas cosas, se han decidido alternativamente, ora en favor de una y de otra de esas dos tendencias. La señora Besant ha debido sufrir también en esta circunstancia sus decepciones. Pero, ¿qué le importan a ella las decepciones cuando la asiste la conciencia de su propio deber? Por otra parte, no podía haber tenido una satisfacción mayor que la de verse comprendida por Rabindranath Tagore, quién, hoy por hoy, es el hombre más representativo del alma hindú. Los que tuvimos la dicha de visitar al ilustre poeta hace tres años, en su residencia de Miralrío, no olvidaremos nunca las palabras que nos dijo a este respecto.

La señora Besant se atrajo el odio de los ortodoxos hindúes al proclamar la abolición de las castas, del matrimonio entre niños, que condena a la viudez a la mujer si el esposo muere antes de contraer matrimonio, y al abogar por otras reformas sociales. Pero este odio la ha tenido siempre sin cuidado.

La Sra. Besant Presidente de la Sociedad Teosófica.

Al llegar a este punto, no evito sustraerme al deseo de trascribir, ante todo, las hermosas palabras que la Srta. Blech ha escrito en la mencionada biografía de la señora Besant, porque resumen de una manera perfecta muchos aspectos de nuestra Institución y aclaran el

concepto manifestado en forma breve y misteriosa por H. P. B. (Véase *Doctrina Secreta*, tomo III, pág. 377), de que, al entrar en la S. T., por una razón oculta que no se desmiente jamás, todas nuestras buenas y malas cualidades se despiertan, se intensifican y entran en acción. Dice la Srta. Blech:

"La S. T. ha atravesado muchas crisis, otras tendrá que atravesar y que esto no sorprenda a nadie. La S. T. es un poderoso centro de fuerzas. Las vibraciones que ella emite pueden ser empleadas por los agentes del mal lo mismo que por los del bien (polos positivo y negativo de la vida, aspectos superior e inferior de la misma, magos negros y Adeptos). Dichas vibraciones, si exaltan nobles cualidades y desarrollan los poderes espirituales en algunos de sus miembros, en otros intensifican los defectos, excitando los antagonismos y los celos. Entre nosotros están las amistades ideales — que se renuevan por haber colaborado en la Gran Obra durante los siglos pasados — y hay enemistades, viejas hostilidades que se despiertan bruscamente. A veces esas hostilidades del pasado no se manifiestan en seguida; ellas pueden dormir algún tiempo, veladas por una admiración fanática o una atracción magnética. Se crean y se deshacen vínculos; florecen amistades temporáneas, reemplazadas por amistades que parecen las solas perdurables; se levantan ídolos sobre pedestales para derribarlos con la misma facilidad con que fueron erigidos y los viejos adoradores de antaño se transforman en acusadores. Y sin embargo... esos pobres ídolos jamás solicitaron ningún culto.

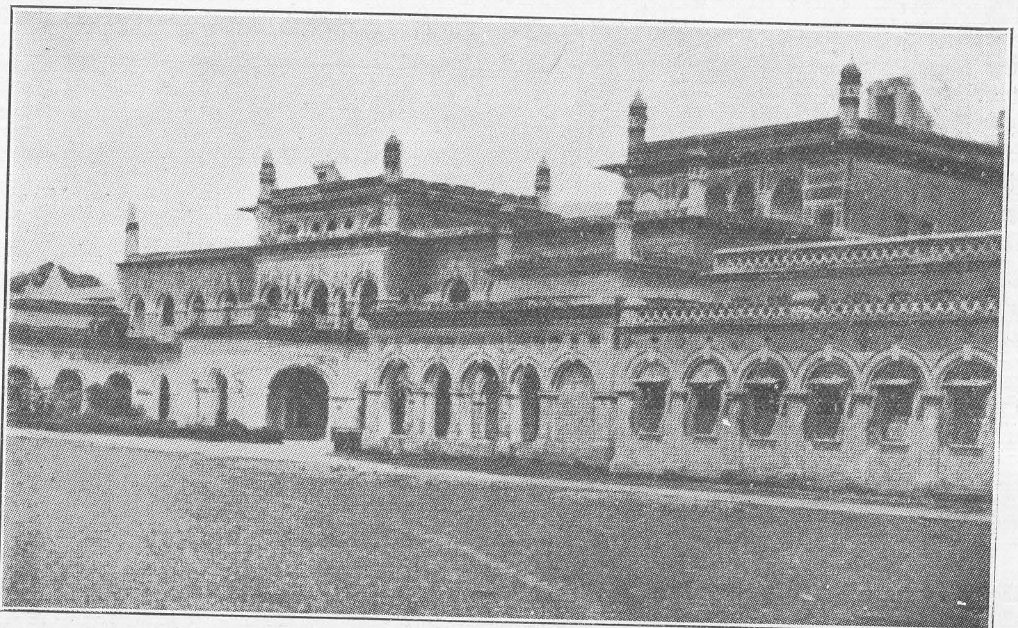
"A la verdad, la S. T. es un campo de experiencia del que poco, muy poco se ve desde el plano material. Sea dicho esto no para atemorizar a las almas ponderadas y equilibradas, sino como advertencia a los que pueden creer que nuestra Sociedad es una especie de Devakán extático. Pero, a los que tienen fuerza y perseverancia, a los que son capaces de abnegación, a los que son devotos yo les diría: venid hacia nosotros sin

temor; la S. T. tiene sus pequeñas fallas, pues ella es una Sociedad humana; pero ella es grande por sí misma, pues ella toca lo divino, porque ella es un instrumento de que se sirven los Maestros para difundir la luz en el mundo. Ella es un canal a través del cual su vida puede derramarse. Para nosotros, los teósofos, no puede haber un campo de trabajo más fecundo y una escuela más instructiva y cautivadora."

Con lo que se acaba de decir, quedan explicadas las crisis que periódicamente suelen alterar la armonía de nuestra Institución. Por suerte, son ellas siempre temporáneas, como lo son las crisis que sufrimos dentro de nosotros mismos. Con frecuencia, por no decir siempre, ellas dejan un benéfico resultado, por cuanto nos permiten aprender una lección.

Sabido es que la S. T. sufrió una gran sacudida con el escándalo que promovieron los esposos Coulomb, de acuerdo con Mr. Hodgson, enviado por la P. R. S. de Londres. Pero, no puedo aquí ocuparme de este asunto, por haberlo hecho ya en otra parte.

Otra crisis sobrevino cuando en febrero de 1907 abandonó el plano físico el coronel Olcott, primer Presidente de nuestra Sociedad. La opinión de los M. S. T. estaba dividida respecto a quién debía ser el nuevo Presidente. Esa división obedecía a dos distintas tendencias: una creía que la S. T. no podría nunca abrirse paso en el mundo occidental si no buscaba alianza con la ciencia moderna. Para hacer eso, era necesario advenirse a toda clase de concesiones y cometer verdaderas debilidades, olvidando hasta las mismas causas que habían dado nacimiento a nuestra Institución. De los Maestros ni se debía hablar. En pocas palabras, la S. T. debía transformarse en una de las tantas sociedades, academias o escuelas de filosofía y de moral. La otra, en cambio, deseaba que mantuviese su carácter netamente espiritualista y que fuese una especie de unión entre lo divino y lo humano, un canal por donde los Maestros pudiesen derramar su luz sobre el mundo.



Colegio central indo de Benarés

Partidario de la primera tendencia era Mead, el antiguo discípulo de H. P. B. Representante de la segunda tendencia era la Sra. Besant. Las dos tendencias eran respetables y cada una tenía razón desde su punto de vista. Tanto Mead como la señora Besant tenían grandes cualidades y eran dos almas nobles y sinceras. Pero un hecho extraño, de naturaleza oculta, que se produjo poco antes de la muerte del Coronel, hizo inclinar la balanza hacia la segunda tendencia y la señora Besant fué elegida Presidente de la S. T.

Llegó la señora Besant a tan elevado puesto sin haber hecho absolutamente nada para conquistarlo, como no fuesen sus propios méritos. Antes y durante la elección siempre dijo que acataría la voluntad de sus correligionarios y obedecería al nuevo electo. Pero, a pesar de la pureza de sus intenciones, no pudo evitar que se organizase contra ella una campaña de miserias y de calumnias. Muchos descontentos abandonaron la Sociedad y profetizaron su próxima disolución. Por suerte, no fué más que ruído entre dos platos. Lo S. T. no murió y la señora Besant ha continuado presidiendo, heroica y gloriosamente sus destinos, no conservando jamás el menor rencor contra sus acusadores y calumniadores, como lo ha demostrado en un sinnúmero de actos.

Mientras tanto, la S. T. ha ido desarrollándose siempre con más vigor. Ramas y Secciones se han ido formando en todo el mundo y en muchas partes, donde la Teosofía era desconocida, por obra de las conferencias y de los libros escritos por nuestra Presidente, hoy ya no lo es; nuestra Sociedad es respetada en todas partes y por su acción se habla de Teosofía en todos los rincones del mundo. Un recuerdo a este respecto es muy oportuno. El 15 de junio del año 1911, en la Sorbona de París, estaba anunciada una conferencia de la señora Besant sobre el tema: "El Mensaje de Giordano Bruno al mundo moderno". La flor y nata de la intelectualidad francesa se dió cita en el histórico templo del

saber, tan cerrado y tan desconfiado. En cuanto la venerable anciana apareció, vestida de blanco, con su nívea cabellera formándole una aureola, con la mirada de una potencia magnética realmente sobrehumana y los labios dulcemente arqueados por una inefable sonrisa, la sala entera, como un solo hombre, se levantó y la acogió con una formidable ovación. El más absoluto silencio se hizo durante su exposición y, al terminar, otra ovación delirante, frenética, interminable la saludó como a la princesa de la elocuencia y de la sabiduría.

Antes que la señora Besant fuese Presidente de la S. T., ya se había visto envuelta en varias incidencias. La más importante de todas fué el conflicto provocado por W. Judge que repercutió sobre la Sociedad entera y produjo la separación casi total de los miembros norteamericanos, que siguieron a este hermano, y posteriormente a su discípula la señora Tingley. La condesa Wachtmeister, en un folleto titulado "El caso Judge", ha dado muchos pormenores a este respecto. Vino después el proceso por la protección de Krishnamurti y su Hno. Nytiananda. Y por fin el otro proceso contra Leadbeater del cual se me ha de perdonar si no lo relato ni siquiera en síntesis, pues no he hallado en toda la campaña emprendida contra este ilustre maestro, más que calumnias basadas sobre suposiciones.

En 1913 una nueva crisis violenta sacudió a la S. T. Casi toda la Sección Alemana, y parte de las Secciones Escandinava, Holandesa, Rusa, Francesa y Suiza, se separaron de nuestra Institución para fundar la *Sociedad Antroposófica*, cuya cabeza dirigente fué el doctor R. Steiner, Secretario General de la Sección Alemana, y cuyo Cuartel General se estableció en Dornach, cerca de Basilea (Suiza). Este asunto merece algunas palabras especiales y se las voy a dedicar.

El doctor Steiner era un gran intelectual, poseía una sólida cultura científica y filosófica, había desarrollado algunas facultades ocultas y era, además, un formida-

ble trabajador. Viajaba constantemente por toda Alemania y Europa Central. En todas partes daba conferencias, concedía entrevistas, publicaba libros y folletos. Desgraciadamente, en mi parecer, a lo menos, cometió dos grandes errores. El 1º fué el de dar al ocultismo cristiano un predominio sobre el oriental, olvidando que el ocultismo es uno solo y que todas las doctrinas esotéricas están íntimamente ligadas entre sí. El 2º fué el de querer germanizar la Teosofía, de acuerdo con el espíritu dominante en ese tiempo en los Imperios Centrales. Dotado Steiner de un gran poder magnético, fanatizaba a sus correligionarios hasta tal punto que éstos cometieron la torpeza de proclamarlo un Gran Ser, un especie de nuevo Cristo del que la señora Besant había sido algo así como el San Juan Bautista. Los que se mantenían fieles a la señora Besant y a la Sociedad Madre, protestaron por esa actitud. De ahí una guerra a base de calumnias, guerra que culminó con el famoso telegrama enviado a Adyar por el Consejo Federal de la Sección Alemana, pidiendo la deposición de nuestra Presidente. El telegrama, fácil es comprenderlo, fué recibido como merecía; de ahí la separación casi en masa de los disidentes. Por suerte, la tormenta duró poco. En el Congreso de Estocolmo, celebrado pocos meses después, los hermanos que se habían separado, volvieron arrepentidos a la Sociedad Madre y a su digna Presidente. Hoy, considerada esta crisis a distancia, debe estimarse como una bendición, pues, uno se pregunta: Si el doctor Steiner, con todas sus grandes cualidades, hubiese llegado a ser Presidente de la S. T., con sus ideas netamente occidentales y pangermanistas, ¿a dónde habría conducido a nuestra Institución?

Por lo que se refiere a la señora Besant ¿cuál ha sido su actitud en todos estos conflictos? Todos los que la queremos de una manera entrañable, la queremos precisamente por su actitud siempre noble, elevada, bondadosa, cortés. Siempre llena de espíritu de sacrificio en todos los trances dolorosos; siempre dejando para

ella sola el cáliz de las amarguras. Para los demás, para sus enemigos, acusadores, detractores y calumniadores sólo ha tenido palabras de excusa, de perdón, de bondad, aunque estos nobles sentimientos no la han hecho desviar jamás una sola línea de la norma de conducta que le impone la misión que realiza en nuestra Sociedad y en el mundo.

Cuando estalló la Gran Guerra — que ella, por otra parte, había anunciado en su libro *El Mundo de Mañana* — la señora Besant estuvo a la altura de las circunstancias. Se recordará que la actitud de los M. S. T. fué diferente y que la guerra era considerada con criterios distintos. Mientras unos eran netamente patriotas, otros deseaban quedar neutrales, porque les parecía que una actitud partidista violaba el principio de Fraternidad, establecido en el primer propósito de nuestra Sociedad. La señora Besant aclaró la cuestión en dos memorables artículos aparecidos en la revista oficial "The Theosophist" (noviembre de 1914 y diciembre de 1915). Se decía en ellos que cuando en una guerra como la última se jugaba el destino del mundo, toda actitud neutral implicaba una traición. Era, pues, necesario formar en un bando o en otro. Agregaba que, según su parecer, la Voluntad Divina estaba con los aliados, mientras que con los Imperios Centrales estaban los Señores de la Faz Negra. De un lado, pues, las fuerzas blancas o divinas, del otro las fuerzas negras o diabólicas. Los que saben que toda la manifestación humana se verifica entre los dos polos opuestos, el positivo y el negativo, los que conocen que una de las leyes básicas de la vida, es precisamente, la ley equilibrante de los contrarios, comprenderán fácilmente lo que la señora Besant quiso decir.

Han pasado apenas 11 años desde que la guerra ha terminado, que son un soplo en la historia, y los hechos cada día vienen a dar más razón a nuestra Presidente. Los mismos alemanes, que han sacudido para siempre el yugo del cesarismo, que en su República De-

mocrática respiran el aire de la libertad y que valientemente están escribiendo una nueva y gloriosa página de su historia, comprenden hoy y aprueban la actitud sencillamente heroica de la señora Besant. Mientras escribo estas líneas, me llegan noticias de que la Sección Alemana se ha trasladado de Holanda a Hamburgo y que nuestra Presidente también se ha traslado a esa ciudad para presidir el fausto acontecimiento que, a no dudarlo, significa para nuestros hermanos alemanes, el inicio de una nueva era.

La última gran crisis se produjo en diciembre del año 1925, a propósito de la incorporación de la S. T. a la Religión Mundial. El hecho es demasiado reciente y se ha hablado tanto de él que creo superfluo considerarlo en este momento. La inmensa mayoría de los M. S. T. hemos acompañado a nuestra Presidente y Vice en su iniciativa. Las pocas protestas habidas no han tenido ninguna trascendencia, como en ocasiones anteriores. ¿Debemos interpretar este hecho como una señal de que los tiempos han cambiado? Así lo esperamos. De cualquier modo, la señora Besant, con el heroísmo que la caracterizó durante toda su vida, hablando a principio de 1927 en Londres a los teósofos ingleses, puso punto final al asunto con estas palabras: "Pronto terminaré mi mandato de Presidente de la S. T. Si no estáis conformes con lo que he hecho no me reelijáis". De los 600 presentes creemos que sólo hubo dos votos en contra. Mucho más tendría que decir respecto a nuestra amada Presidente, con particularidad a su actitud en la Orden de la Estrella de Oriente, su actividad en los Congresos de Ommen, su gira triunfal por Europa y Norte América y de otras muchas circunstancias. Pero debo detenerme aquí por la tiranía del espacio. Mi intención ha sido solamente dar una idea general de la señora Besant y no escribir su vida. Repito que no se escribe en pocas páginas medio siglo de historia internacional.

En este último año (1928) se han producido aconte-



Residencia de la Sra. Besant en Ootacamund en 1917

cimientos de la mayor importancia en todo lo que se refiere a la vida espiritual. Estos acontecimientos tienen un origen común: el Mensaje de Krishnaji que en muchos puntos — quiérase que no — está en abierta oposición con algunas enseñanzas teosóficas, especialmente las que dieron la Sra. Besant y el Sr. Leadbeater.

En una serie de conferencias — que quizás vean la luz en breve — he analizado la situación, delicada pero no grave como les ha parecido a muchos. Aquí voy a agregar que cualquier cosa nos depare el porvenir, y en el caso de aceptar totalmente el Mensaje de Krishnaji, porque nos agrade, lo hallamos hermoso, verdadero y a tono con nuestros anhelos más íntimos, no deberemos olvidar jamás que ha sido la Sra. Besant la madre espiritual del nuevo Instructor y que ha sido ella también la que le ha preparado el ambiente en el mundo entero. Con su acostumbrada valentía, en el momento supremo de la crisis y de la prueba, no ha tenido inconveniente alguno en sacrificarse. He aquí lo que ha escrito hace algunos meses en "The Theosophist":

"Cuando supe que el Instructor del Mundo tomaría pronto posesión de su vehículo, pedí permiso a mi propio Gurú para renunciar la Presidencia de la Sociedad, a fin de poder ir con él a todas partes. Mi petición fué rechazada y se me dijo que debía continuar mi propio trabajo. Mi vida está en la completa obediencia a mi Gurú, y por lo tanto no insistí. Sé que él (Krishnaji) es el Insructor del Mundo, y que cada uno de los que le escuchan deben aplicarse lo que cuadre con su propio dharma. Sería delicioso ir siempre con él y vivir en su maravillosa presencia; pero cada uno *llega a la perfección cumpliendo su propio dharma, y el dharma de otro está lleno de peligros.* Mi dharma es obedecer la orden del Jefe de la Jerarquía, de *reclamar para la India su lugar entre las Naciones* y mantener su unión con la Gran Bretaña para ayudar al Mundo. Por lo tanto, ya sea en la minoría de uno, en el Comité del

Congreso de toda la India, trabajo con indiferencia respecto a la minoría o a la mayoría."

Terminaré diciendo que la señora Besant, con su triple vida de sabiduría, de devoción y de acción, nos ha demostrado y enseñado que es necesario recorrer simultáneamente esos tres senderos para que la evolución de cada uno de nosotros sea completa y se realice de acuerdo con el plan divino. Grande ha sido su sabiduría, volcada en más de 300 obras grandes y chicas, pero todas magistrales, con que ha nutrido nuestro cerebro; grande ha sido su amor y su devoción hacia los Maestros y hacia la Humanidad con que ha henchido y educado nuestros corazones; grande ha sido su actividad, recorriendo sin descanso medio mundo para sembrar a manos llenas el producto de sus profundas investigaciones. Con un pasado brillante detrás y un porvenir más brillante todavía por delante, nuestra Presidente demuestra pertenecer a la casta real del Manú, es decir del Gran Ser que elabora toda la civilización. No me cabe la menor duda: se trata de una conductora de pueblos y tiene en sus manos buena parte del porvenir de la presente y de las futuras razas.

Modesta y humilde, por lo mismo que es grande, ha dicho en cierta ocasión que, cuando llegue el momento de encerrar sus cenizas en una urna, desea que en la misma sólo se escriban como epitafio estas palabras: *"Ella buscó la Verdad"*.

Pero el mundo entero agradecido tendrá que agregarle algunas palabras más y serán éstas: *"Ella ha servido a la humanidad"*.

CAPITULO V

C. JINARAJADASA [1]

> Para cada hombre es necesaria una filosofía de la vida que no sea un credo o una afirmación, sino una teoría comprobable siquiera en parte y cuya comprobación se transforme en un poder creciente de modificarse a sí mismo y modificar cuanto le rodea.
>
> **C. Jinarajadasa.**

Primer encuentro.

El domingo 26 de octubre del año 1923, a las 19 horas, llegaba yo a Bolonia. Regresaba de Viena e iba a la docta ciudad italiana, no sólo para admirar sus tesoros artísticos, sino principalmente para dar un abrazo al viejo amigo y Hno. Dr. A. Vaccari.

Terminadas las expansiones, Vaccari me dijo: "Prepárese a recibir una gran sorpresa"...

¿Gran sorpresa? ¿Cuál podría ser? Pero en seguida recordé que al día siguiente llegaba a Bolonia el Jefe del Gobierno Italiano y dije:

—¿Mussolini?...

—No; Jinarajadasa.

—No embrome...

—Es la pura verdad.

---

(1) Los cuatro primeros párrafos fueron escritos en junio de 1927; los restantes en enero de 1929.

Y era la pura verdad. Nuestro Vice-Presidente llegaría en la mañana del día siguiente y por la noche daría una conferencia pública en el magnífico Salón de Actos del "Archiginnasio". El Sr. Jinarajadasa realizaba una gira de propaganda teosófica por algunas ciudades italianas. Ya había estado en Roma y en Florencia y de Bolonia seguiría para Venecia y Trieste.

El encuentro con el Sr. Jinarajadasa y en las especiales circunstancias en que me hallaba me pareció al principio un sueño, después una reconvención y por fin una providencia. Interminable fué para mí el tiempo que medió entre el momento de recibir la noticia y el de verle y oirle. Por fin, llegó la hora. Asistí a la conferencia y cuando finalizó el cambio de ideas — a base de preguntas que el señor Jinarajadasa aceptaba del público y a las que contestaba — le fuí presentado por el Hno. Cavedagni, Presidente del Grupo Local. El Sr. Jinarajadasa me estrechó efusivamente la mano y me miró de un modo particular. Sentí como una sacudida, un choque, que fué al mismo tiempo un reproche, un consejo y una esperanza. Comprendí que el aura de un hombre superior me había magnetizado.

Violando la consigna.

Al día siguiente averigüé en qué hotel se alojaba el Sr. Jinarajadasa. Y ¡otra sorpresa! Era el mismo en que me alojaba yo, el "Stella d'Italia". Pero el gerente, barruntando mi intención, me advirtió que había orden terminante de no permitir que nadie lo molestara porque debía partir dentro de un rato y estaba ultimando los preparativos de viaje. Dije "está bien" y me fuí derechito al cuarto que ocupaba *el indiano*, como se le llamaba en el Hotel. Dí dos discretos y suaves golpecitos, que traducían el ansia de mi alma; se abrió la puerta y el mismo Jinarajadasa me preguntó qué deseaba.

—Maestro, soy un miembro de la Gran Familia de la que usted es Vice-Presidente. Vengo de la lejana Bue-

nos Aires. ¿Tendría Ud. inconveniente en enviar a los Hnos. de allá un saludo por escrito?

—Ninguno, me respondió sonriendo. Y tomando de mis manos la postal que yo llevaba preparada, sacó su lapicera de tinta y escribió el saludo que envié a nuestra Seccional.

Ya estaba despachado y era lógico que me retirara. Pero mi intención no era esa. Recogí todo mi valor y dije:

—Perdone, Maestro, esta es, quizás, una oportunidad única en mi vida y no quiero desperdiciarla. Veo que hay aquí muchas maletas de mano para llevar a la estación; permítame que yo sea el portador de una de ellas.



C. Jinarajadasa

Jinarajadasa sonrió y accedió a mi pedido. Pocos instantes después llegaron el Coronel Boggiani, Secretario General de la Sección Italiana, y Cavedagni. Iban a buscarlo para conducirlo a la estación. Para ellos yo era un intruso; y no me extrañó que no me miraran con buenos ojos. Pero nada me dijeron; la maleta me servía de salvoconducto y de protección. Salimos del Hotel y nos detuvimos en una esquina. Un grupo de Hnos. se había juntado con nosotros, mientras Boggiani y Cavedagni se alejaban en busca de un automóvil. En un instante en que — ignoro por cuál casualidad o en virtud de qué ley que no conozco — quedamos solos, Jinarajadasa, la señora y yo, me atreví a preguntar:

—Maestro, ¿podemos esperar una visita suya a Sud América?

—No sería imposible, me dijo, pero... para más adelante. Creo que por ahora Uds. no necesitan de mí.

Quedé pensativo. Me parecía que esas palabras "más adelante" habían sido pronunciadas con una extraña inflexión de voz. ¿Qué había querido decir? Mis cavilaciones terminaron allí. Llegó el auto. A él subieron Jinarajadasa, su esposa, Boggiani y Cavedagni. Todos los demás nos descubrimos y saludamos con un afectuoso y respetuoso "Adiós".

¿Quién podría sospechar en ese instante, que apenas cuatro años después, yo sería Secretario General de la Sección Argentina y que me cabría el alto honor de recibir en esta tierra a nuestro amado Vice-Presidente? El karma tiene, en realidad, aspectos no sospechados. Es él que teje la trama íntegra de nuestra vida y nos prepara a cada instante una lógica sorpresa. ¿Cómo se puede entonces hacer un vaticinio, forjar una ilusión, alimentar una esperanza o negar cualquier posibilidad? Dentro de la obediencia o desobediencia a las leyes todo es posible o todo es imposible.

Concretando impresiones.

Necesité varios días para que la impresión que Jinarajadasa produjo en mi ánimo se definiera. Poco a poco fuí viendo claro y a medida que la luz se iba haciendo en mí, admiraba más a nuestro Vice-Presidente. En efecto, mientras todo el pueblo italiano, de buena o de mala gana, se hallaba en pleno tripudio patriótico y olvidando sus muertos, sus heridos, sus mutilados y las penurias de la pasada guerra, se echaba a los pies del "Duce" y soñaba con nuevas empresas guerreras, allí, en el severo e histórico Salón del Archiginnasio, un extraño misionero, venido de las lejanas tierras de Oriente, decía a un pequeño grupo de soñadores, la palabra de Amor y de Paz. Sobre Paz y sobre Amor versó toda su Conferencia, y fué tal el influjo que ese extraño misionero supo ejercer sobre todo el auditorio, que algunos estudiantes universitarios, escépticos y

ateos, que se habían preparado con preguntas insidiosas, sintieron que algo "superior" aquella noche venía desde lo alto y filtraba suave y dulcemente en el corazón de cada uno de los presentes.

Sabiendo que en Roma había sido recibido por el Jefe del Gobierno, alguien le preguntó:

—¿Qué opinión le merecen Mussolini y su obra?

Jinarajadasa sonrió, con esa enigmática e inimitable sonrisa de los orientales y respondió:

—Ha detenido las fuerzas negras... Le he obsequiado con un ejemplar del Bhagavad Gita.

No se podía decir más en menos palabras. La primera frase agradaría, sin duda, a los fascistas; la segunda a los teósofos. La respuesta estaba de acuerdo con las leyes de cortesía a que obliga la hospitalidad y estaba en perfecta armonía con las doctrinas teosóficas.

Jinarajadasa no tiene necesidad de manifestar en cualquier parte y a cada rato sus opiniones en materia de organización social. Vice-Presidente de una agrupación internacional y apolítica no puede comprometer con opiniones personales la Sociedad que representa. Pero los M. S. T. deben saber que esas opiniones no pueden ser, en esencia, distintas a las de la Sra. Besant. Y si ésta declara (2) que: "la naciente civilización será cooperativa más bien que de competencia, comunista más bien que personalista y ordenada más bien que anarquista", Jinarajadasa debe, necesariamente, pensar lo mismo, aunque no lo diga en momentos inoportunos.

De regreso a esta ciudad, y enterados los hermanos, por la postal, de mi encuentro con Jinarajadasa, me requirieron detalles e impresiones. En una conferencia que dí en el mes de marzo de 1924, en nuestro salón de la calle Rivadavia, entre otros recuerdos de viaje, hice mención a Jinarajadasa y dije la impresión que me había causado. Algunos hermanos habían leído con desagrado la opinión aparentemente favorable emitida

(2) Véase "El Mensajero de la Estrella", número de marzo de 1924.

por nuestro Vice-Presidente respecto al fascismo. Yo expliqué que no había ninguna razón para molestarse. Jinarajadasa se había limitado a comparar el régimen fascista con la organización social de la India de la época de Ram. Y eso es una verdad que cualquier historiador puede constatar por sí mismo. Es cierto que el espíritu y la finalidad de las organizaciones establecidas por Ram y por Mussolini son distintas. Es cierto que en la primera, el objetivo era el beneficio común, el establecimiento de la paz y la obligación, por parte de los de arriba, de servir a los de abajo, mientras que ese objetivo se ha invertido, con razón o sin ella, en Italia. Pero Jinarajadasa no tenía porqué entrar en esas consideraciones y tuvo el tacto de no hacerlas. Además, él había ido a Italia con una misión bien definida, la propaganda teosófica y es claro que esa misión no habría podido realizarla si hubiera adoptado una actitud política contraria al Gobierno. Y no olvidemos, por fin, que Mussolini recibió de manos de nuestro Vice-Presidente un ejemplar del Bhagavad Gita, obsequio que puede ser toda una advertencia. Peor para él si no se da por aludido.

Tuve la gran satisfacción de oir de labios de algunos hermanos que mis palabras habían tenido la suerte de reconciliarlos con nuestro Vice-Presidente.

Algunos datos biográficos.

Jinarajadasa ha nacido en la mágica isla de Ceylán [3]. Corresponde el mérito de haberlo descubierto al Sr. C. W Leadbeater (creemos cuando fué Secretario General de la Sección de Ceylán, 1ª época). El gran ocultista lo tomó bajo su tutela y lo hizo educar en la famosa Universidad de Cambridge (Inglaterra) donde el que debía ser el futuro Vice-Presidente de la Sociedad Teosófica obtuvo su título de "Master of Arts",

(3) El 16 de diciembre de 1875.

que corresponde, más o menos, a nuestro título de Doctor en Letras.

El Sr. Jinarajadasa no se distingue por una sola cualidad que predomine sobre las otras, sino por varias de ellas. Está siempre animado por un poderoso deseo de aprender, de conocer, de investigar hasta en sus menores detalles todo lo que concierne a los hombres y a las cosas que lo rodean. Con el profesor Wellen Van Hook y el Dr. Van Schorn estudió la vida de los cristales y adquirió los conocimientos quirúrgicos necesarios para sus estudios científicos. Es un profundo conocedor de Astronomía, Arte y Literatura y para él la música occidental no tiene secretos, hecho remarcable, si se tiene en cuenta las dificultades comprensivas que dicha música presenta para un oriental. Se dice que su conocimiento de Wagner es más serio y profundo del de muchos titulados wagnerianos. Completa todas estas bellas cualidades la ventaja de saber expresar con facilidad, claridad y método el producto de sus estudios, según lo hemos podido constatar personalmente los que nos hemos alimentado con sus obras. Habla y escribe en varios idiomas. En compañía de la Sra. Kirby ha traducido del sánscrito al italiano el Bhagavad Gita. Su versión del Divino Poema a un idioma moderno es una de las mejores que se conocen.

Lo más notable en Jinarajadasa es su buen sentido, que le permite armonizar siempre su alma de poeta con el aspecto práctico y externo de la vida y especialmente de su labor como Vice-Presidente de nuestra Sociedad. Es, además, un organizador de primer orden — como lo pudieron constatar los 2.000 congresales que acudieron a Adyar para el Jubileo de la S. T. Como administrador no tiene igual y es, además, un trabajador incansable, según lo atestiguan sus frecuentes viajes, sus conferencias, sus escritos y su correspondencia. No podía la Sra. Besant haber encontrado como Vice-Presidente un colaborador más eficaz, más activo y más inteligente.

Socialmente considerado, Jinarajadasa es un cumplido caballero. La educación recibida en uno de los mejores colegios de Inglaterra, le ha dado toda la corrección, la seriedad y la afabilidad de un *gentleman*, que hoy por hoy, en occidente, es quizás, el tipo humano más perfecto. Irradia de toda su persona una atracción especial, que le conquista de inmediato a cuantos le rodean. Amable y cortés con todo el mundo, no le gusta, sin embargo, perder tiempo. Esta actitud puede parecer a nuestra locuacidad y suspicacia meridionales algo así como un deseo de mantener la distancia. No hay tal cosa. Es que para un hombre tan enormemente ocupado como es el Sr. Jinarajadasa, todos los minutos tienen su empleo en alguna tarea útil y no pueden ser desperdiciados en vanas charlas. Para él el cumplimiento del deber prima sobre cualquier otra consideración.

Por otra parte, esta actitud del Sr. Jinarajadasa mantiene el respeto que se le debe, con beneficios recíprocos, sobre todo en un ambiente donde, al amparo de la democracia y de la fraternidad, se borran con tanta frecuencia los límites a que obligan la educación y el respeto. Más convendría, pues, en vez de exigir de él que se pliegue a nuestra vanidad y a nuestra versatilidad, abrirse al benéfico influjo espiritual que emana de ese hombre, establecer entre su corazón y el nuestro una armónica correspondencia y realizar un esfuerzo de identificarnos, siquiera por un instante, con su conciencia. Entonces, la impresión de habernos puesto en contacto con un ser superior, resultará para muchos una realidad.

Una advertencia.

No debe verse en los párrafos que siguen más que ligeras pinceladas, que reflejan lo mejor posible impresiones personales, muchas de ellas aferradas al vuelo. El caso Jinarajadasa — lo llamo así involucrando en esta palabra caso su persona, su actitud y su gira por el Continente Centro y Sud Americano — es demasia-

do complejo para encerrarlo en los estrechos límites de un artículo. La percepción de cada lector, cuando llegue a contacto directo con el ilustre huésped, tendrá que agregar, quitar o corregir todo lo que pueda sobrar o faltar o haber de equivocado en estas líneas. Con el único fin de inspirar alguna confianza, y aún a riesgo de parecer vanidosos, nos permitimos declarar que en Montevideo hemos tenido la gran satisfacción de oir lo siguiente: "Así como Ud. lo presentó al Sr. Jinarajadasa en "Teosofía en el Plata" (Nº 57, año VI), así lo hemos encontrado". Dicho artículo, amablemente reproducido por "Revista Teosófica Chilena" y en Noviembre último por "Teosofía en el Perú", está sintetizado en los párrafos anteriores.

Cinco años después.

En la mañana del 13 de Diciembre y en el tranquilo ambiente del Parque Hotel de Montevideo, acompañado por el querido amigo y viejo compañero de ideales, Sr. José Carbone, dábamos dos discretos golpecitos en la puerta del departamento en que se albergaba Jinarajadasa. A cinco años de distancia, se repitió la escena de Bolonia. Esta vez, como entonces, era el mismo Jinarajadasa quien abría la puerta y nos recibía con un afectuoso apretón de manos. Había leído en el Brasil el artículo citado anteriormente y nos lo agradeció.

La conversación fué rápida. Noticias de la Argentina era lo que deseaba y necesitaba; se las dimos, como mejor supimos.

Le interesaba especialmente saber hasta dónde llega entre nosotros la influencia del clero católico. Le contestamos que su poder es muy grande aunque no ostensible. El Gobierno lo protege porque el Catolicismo es la Religión del Estado y por tradición histórica, como un reconocimiento grato por haber participado sus representantes en las luchas de la Independencia. Agregamos que el clero no se mete con nosotros, a no ser incidentalmente y en forma de diatriba, actitud que hasta cierto punto nos

conviene, pues contribuye a despertar interés por la Teosofía. Claro está que, a medida que nos alejamos de la Capital, su influencia va siendo mayor, hasta tal punto que en algunas provincias andinas y del norte, por ahora no es posible fundar ninguna Logia Teosófica.

Adivinamos en la pregunta del Sr. Jinarajadasa algo así como una pequeña preocupación, nacida de los informes que le deben haber suministrado en Europa, antes de emprender el viaje. Careciendo en absoluto de noticias respecto a como desenvolvió su acción en el Brasil, no podemos decir si comprobó la exactitud o la inexactitud de los informes recibidos. Pero, con toda seguridad, hubo de resultarle sumamente satisfactorio dar su primera conferencia en Montevideo, en el local de la Universidad, generosamente abierto para él, y presentado en forma entusiasta por el Ministro de Instrucción Pública del vecino país.

Esta primera entrevista fué breve. Empezaba la afluencia de visitantes. Además, él estaba ocupadísimo con la preparación de las otras conferencias; así que nos despedimos.

En la calle, le pregunto al Hno. Carbone:

—¿Qué impresión ha recibido?

Carbone, hondamente emocionado, me dice:

—Me he sentido como envuelto en una nube deliciosa que me ha llenado de alegría.

Esa misma tarde le oímos en el Salón del Arte la magistral conferencia sobre "El Mensaje de Krishnaji". Experimenté la íntima satisfacción de ver que el conferenciante sancionaba con su autorizada palabra todo lo que el autor de estas líneas había dicho en sus cuatro conferencias dadas sobre el mismo tema en el Salón de la Asociación Biblioteca Teosófica Argentina.

Un hombre que puede servir de Modelo.

El Sr. Jinarajadasa da la impresión de ajustarse a la máxima de obtener el rinde máximo en el menor tiem-

po posible, aunque no con el menor esfuerzo. Para traducir en práctica este principio se requieren algunas condiciones especiales. El las tiene todas y con creces.

Es siempre puntual y exacto. Si se anuncia una conferencia para las 18 horas, se puede estar seguro que a las 18 horas en punto aparece en el local designado. Si después suele haber una tardanza, jamás es por culpa de él. Hemos anotado este hecho: en cierta circunstancia, el público se impacientó por la demora y dió muestras ruidosas de su impaciencia. Instantáneamente Jinarajadasa aparece en el escenario y da comienzo a su exposición. La demora, en verdad, muy prolongada, la había motivado la ausencia de la persona que debía presentarlo al público. Dicha persona hubo de conformarse con hablar al final.



C. Jinarajadasa

Esa exactitud la usa también en todos los actos de su vida; así se explica cómo pueda realizar sus trabajos tan enormes y distintos, como ser: dar conferencias, tomar apuntes y datos, conceder entrevistas, escribir artículos, contestar preguntas por escrito, recibir a cualquiera que desee verlo y actuar en las varias instituciones de que forma parte. Cada cosa en su momento y a cada persona los minutos que le ha concedido. Cuando ha transcurrido ese tiempo, da un corte cortés pero terminante y ya no hay nada más que hacer. Las tertulias y las conversaciones, por agradables que pudieran ser, las substituye con el cumplimiento de los deberes inherentes a la misión que se ha impuesto y que para él constituyen su supremo Dharma.

No se puede negar que para nuestro temperamento latino esta actitud produce algunas desilusiones. Pero, pasa el tiempo, se reflexiona sobre lo ocurrido y toda persona sensata no puede menos que reconocer que él procede bien. El Sr. Jinarajadasa lo sabe, confía en esa reflexión y sigue tranquilo su ruta.

Hemos observado que no le falta ninguna de las virtudes que se exigen de un Chela muy adelantado.

Jamás pierde su serenidad; jamás se impacienta; jamás se le nota un acto descortés, ni jamás le abandona esa dulce sonrisa que da un aspecto tan atrayente a su rostro. Discreto siempre, sabe ser magnánimo con sus más severos críticos, colocándose en sus respectivos puntos de vista y dándoles razón en sus observaciones. Practica la devoción no con plegarias ni con oraciones sino con la fidelidad a sus ideales, a sus superiores gerárquicos y a todos sus semejantes.

Pudiendo ganar una fortuna con sus escritos, ha renunciado a ella, dándolo todo generosamente como se da él mismo al ideal que lo enamora. Es un ejemplo acabado de perseverancia y su espíritu de sacrificio no tiene límites, como lo está demostrando en esta campaña a través de todo un Continente, pasando por climas, costumbres y poblaciones tan distintas, trabajando a los 54 años como lo puede hacer un joven de 25 a 30, dedicando al descanso las pocas horas estrictamente indispensables.

El dominio de su palabra es absoluto. No dice más ni menos de lo necesario. Es muy parco en elogios y a veces sólo los trasmite con una sonrisa o con un ademán. No atiende reconvenciones contra nadie ni conoce lo que es hacer reproches. Cuando se le crea una situación incómoda le pone fin con una frase corta, cortés y firme.

Su manera de ser es bastante distinta de la nuestra y a veces desconcierta. Pero todos los que se le aproximan, todos los que le oyen hablar en público y en pri-

vado sienten su superioridad. A alguien que no comulga con muchas de sus ideas le hemos oído decir:

—No se puede negar que es un ser de un extraordinario desarrollo espiritual.

Jinarajadasa conferenciante y orador.

Basta oirle una sola vez para comprender que está acostumbrado a ocupar cualquier tribuna como gran señor y maestro del bien decir.

Sus conferencias son modelos de orden y de arquitectura. Todo está en su sitio. Todo fluye con perfecta claridad, de una manera espontánea y natural; todo es lógico y sincero y todo está perfectamente adherido a la tesis central. Imágenes hermosas y observaciones sutiles, a veces chistosas, matizan las exposiciones doctrinarias, haciéndolas más fácilmente asimilables.

Mantiene fija la atención desde el principio hasta el fin y dice las cosas más profundas con una sencillez encantadora. Entre él y el público hay una perfecta y constante interpenetración. Al mismo tiempo que de su boca, a través de una voz armoniosa, salen las palabras, de toda su persona irradian continuamente efluvios de afecto, de amor, de sentimientos fraternales. El cerebro da el concepto, el corazón da el calor y toda su aura llena el ambiente. Se podrá o no estar de acuerdo con él; pero cuando se le oye hablar se siente toda su bondad y toda la pureza de su alma. Por eso se le admira y se le quiere.

Tiene momentos de exquisito entusiasmo que a veces llegan hasta la exaltación. Es cuando habla de arte, del dolor humano, de los niños o cuando defiende a su amada India y a su sagrado patrimonio espiritual contra todos los ataques injustos y calumniosos de los que no la conocen.

—En ese sentido, dijo en una de sus conferencias, después de haber establecido un parangón entre la fraternal tolerancia hindú y la petulante intolerancia oc-

cidental — vosotros tenéis mucho que aprender de la India.

Y el público, dos o tres mil personas, saludó con un frenético aplauso ese rasgo de valentía ofrendado como un homenaje a la verdad, que es su única religión.

En el plano de la emoción, Jinarajadasa llega al más alto nivel; pero jamás la emoción lo domina; es él quien la maneja a su antojo, sobre todo cuando su fina percepción le dice que se está dirigiendo a un público particularmente emotivo.

Es verdad que al terminar sus conferencias tiene las manos heladas, porque la sangre, afluyendo durante el acto al cerebro y al corazón, deja anémicas las extremidades. Pero su poder de restablecer el equilibrio es tan grande que a los pocos minutos la normalidad vascular es íntegra. Su tonificación es tan inmediata que después de la conferencia, en vez de sentarse a descansar, da la mano a todos los que se le acercan, que a veces son centenares, y conversa afablemente y con naturalidad con todos los que van a felicitarlo.

Algunos rasgos y algunas anécdotas.

El poder de observación del señor Jinarajadasa es tan grande que su ojo se podría comparar a un microscopio. Todo lo ve y todo lo retiene. Igualmente muy fino es su oído que percibe las menores palabras pronunciadas en medio del bullicio y a cierta distancia. Lo que va a continuación lo corrobora.

El jueves 13 de diciembre, como ya hemos dicho, fuímos con el Hno. Carbone al Parque Hotel de Montevideo para saludarlo. Cuando, en la tarde del sábado 15, subimos al escenario del Salón del Arte, para saludarlo nuevamente, nos dijo:

—¡Dos días sin dejarse ver! En la conferencia de ayer tarde los ví sentados en la platea.

¡Quedamos asombrados! Ese hombre excepcional, a pesar de sus numerosas e importante ocupaciones, que ab-

sorben todo su tiempo y toda su atención, recordaba nuestra ausencia de dos días y nos había individualizado en medio de centenares de personas.

Por supuesto, que quedó satisfecho cuando le declaramos que nos manteníamos discretamente apartados para no distraerlo.

Siempre que un compromiso ineludible e impostergable no se lo impide, gusta de que el público se le acerque después de sus conferencias, más aún después de una fiesta íntima. Cuando terminó la que le ofrecimos en el Salón de la A. B. T. A., toda la platea quiso subir al estrado y apretarle la mano. Debido al espacio reducido, hubo un momento de confusión. En ese instante, un Hno., aludiendo a ciertas frases que habíamos dicho en un pequeño discurso, nos increpó diciéndonos:

—Ud. tiene la culpa...

Iba a salir de nuestra boca una contestación adecuada al extemporáneo reproche. Pero en eso nuestra mirada se encontró con la de Jinarajadasa, quien había oído las palabras que se nos dirigían, a pesar del ruído y de la distancia. La potencia expresiva de esa mirada fué tal que la frase pensada no llegó a salir de nuestra boca.

Siempre va derecho al objeto, aún en circunstancias que parecen poco importantes. En la fiesta mencionada en el párrafo anterior, cuando le tocó cerrar el acto con algunas palabras alusivas, refiriéndose al intenso calor que reinaba en el salón, dijo:

—No conviene prolongar más este acto, dada la temperatura asfixiante que reina aquí y que se parece a la de Adyar en verano. La única diferencia es que allí hay ventiladores...

En la iniciación de nuevos M. S. T., para demostrar que hay muchos deberes que cumplir, y que en el cum-

plimiento del deber no hay jerarquía, dijo a los nuevos hermanos:

—Se puede ser útil dentro de nuestra Sociedad de muchas maneras. El que no sabe hacer un discurso o escribir un artículo que haga una pequeña obra de arte. Aquí veo, por ejemplo, una lámina de los Himalayas con un marco que estaría bien para encuadrar una escena romántica. ¿Por qué nadie lo cambia? Y si no se puede hacer obra de arte, que se quite el polvo a los muebles.

Y al decir esto toma un pañuelo y quita de un mueble el polvo que lo cubría.

Su pasión predilecta son los niños. Cuando habla de ellos se exalta; cuando los ve se enternece; no permite que se queden de pie o que se les canse reteniéndolos a deshoras en las fiestas. Una noche suspendió la ceremonia de la Tabla Redonda porque había transcurrido demasiado tiempo con la iniciación mencionada en el párrafo anterior. Agregó que no teníamos derecho de sacrificar a los niños que formaban parte de esa Orden privándoles del descanso necesario. Lo hemos observado practicar constantemente el precepto evangélico: "Dejad que los niños vengan a mí". Y él, que evita con evidente cuidado el excesivo toqueteo de las personas mayores [4], deja a los niños que hagan con su persona lo que mejor les agrade.

Si se hospeda en los mejores hoteles no es porque él lo desee, sino porque nosotros, sus correligionarios y admiradores, lo hemos establecido así.

En Montevideo nos preguntó en cuál de los hoteles de Buenos Aires se albergaría. Le contestamos que le habíamos reservado un departamento en el Plaza Hotel, que es el mejor de la ciudad. Casi apenado nos contes-

—¿Para qué tantos gastos? Si con un cuarto tengo de sobra.

---

(4) Véase "La Voz del Silencio".

Su sonrisa y su buen humor no lo abandonan nunca. Pero se entristece cuando ve que en sus conferencias el exceso de concurrentes queda de pie. Así lo ha manifestado varias veces; de manera que sería conveniente que, en lo sucesivo, se tomaran todas las disposiciones para evitar en lo posible esta contrariedad que le desagrada, tan infinita es la compasión que siente por el menor sufrimiento de sus semejantes.

Su puntualidad es cronométrica y mucho le agrada que lo sean también los demás. Una noche en que nos citaba para el día siguiente, aludiendo a la despreocupación que reina entre nosotros respecto a la exactitud en la hora de llegada a las reuniones, dijo:

—Quedan citados para mañana a las 21 horas, en punto... pero hora de reloj, no hora teosófica.

En la tercera conferencia pública, unos minutos antes de empezar el acto, desde el "paraíso" alguien lanzó pasquines en los que se hacían cargos a la Teosofía y se decía que el confereciante mentía conscientemente. Algunos Hnos. se alborotaron y su fantasía corrió que daba gusto, pronosticando quien sabe qué escándalo. Enterado Jinarajadasa de lo que ocurría, se rió. Y cuando llegó el momento de empezar su disertación, comenzó leyendo el pasquín, agregando después de haberlo leído:

—Toda mi conferencia de esta tarde es la contestación a los cargos que se nos hace en esta hoja.

Y así fué. Todo el público quedó conquistado y el autor del pasquín corrido.

Al señor Jinarajadasa no le gustan los abrazos. Creemos de nuestro deber declararlo así, a fin de evitar sea mal interpretada su actitud al respecto. En tres ocasiones distintas hemos visto el abrazo quedar interrumpido a mitad camino, con un gesto de sus manos, gentil y cortés pero decidido. Una vez fué un Hno. y otras

veces fueron hermanas quienes querían dar a su entusiasmo esa expresiva exteriorización.

No es el caso de discutir si tal actitud es buena o mala. Es una de sus modalidades y hay que respetarla. Por otra parte, todos sabemos que el abrazo no entra en la manera de ser de los orientales ni de los ingleses, quienes limitan su saludo, por efusivos y cordiales que puedan ser, a un simple apretón de manos.

Alguien le observa que es matadora la forma como trabaja y que sería conveniente disponer las cosas de otro modo.

Jinarajadasa sereno y sonriente responde:

—La Comisión lo ha dispuesto así y hay que someterse por disciplina.

Los tres hermanitos Botana se hicieron particularmente amigos de él y poco a poco fueron trayendo a otros amiguitos. Jinarajadasa se sentía feliz en medio de la expansión y alegría de esos niños; y una tarde en que lo iban a fotografiar con ellos, ante el desorden encantador de sus pequeñas rebeldías, quizás aludiendo al tema de su conferencia: "Los Dioses Encadenados", les dijo:

—Uds. son dioses desencadenados; yo los voy a encadenar...

Y en eso los reune a todos en un amplio y fraternal abrazo.

Algunos Hnos. — en total 21 — van en tren hasta la estación Sarmiento para gozar una hora más de su compañía.

Al descender en la estación de dicho pueblo se alinean y sin que nadie dé la orden, al ponerse el tren en marcha, todos envían su último adiós con un saludo a la oriental, levantando el brazo derecho.

Fué un espectáculo solemne e inolvidable ver esos 21 brazos inmóviles rendir un silencioso homenaje al Mensajero que se alejaba, quizás para siempre...

El día en que nos hizo el honor de acompañarnos a almorzar, estuvo afectuosísimo con los nietecitos — dos mellizos de 4 años — que inmediatamente sintieron su atracción hasta el punto que hubimos de ejercer cierta suave presión para que lo dejaran comer tranquilo.

Por la tarde, los chicos le oyeron dar su conferencia "Desarmemos la Guerra", por radio. Cada vez que le oían hablar de los niños se exaltaban de alegría y gritaban:

—¡Mamita, mamita! ¡Habla de los niños! ¡Habla de nosotros!

Al terminar la conferencia y oír los aplausos, creyeron que eran ruidos que le impedían hablar y rompieron en llanto desconsolador.

El viajero está ya en el compartimento del tren que debe llevarlo a Concordia y se asoma por la ventanilla. La plataforma está atestada de admiradores que han ido a despedirlo y él sonríe alegre y feliz.

Un Hno., señalando a otro Hno. que estaba allí cerca, hace un chiste inoportuno y de mal gusto y dice:

—Aquí está Mefistófeles.

Jinarajadasa, que conocía muy bien al aludido, contesta seriamente:

—¡Hay mucho que estudiar y mucho que aprender en Mefistófeles!...

Nuestra actitud frente a Jinarajadasa.

Como es fácil suponer, el señor Jinarajadasa no se ha sustraído a las críticas de propios y extraños. Quizás él mismo, tan poco propenso a la uniformidad del pensamiento, peligrosa en una época de desarrollo intelectual intenso y en la que cada uno debe buscar su propia orientación con los medios a su alcance — se halle satisfecho de ver que haya hermanos que tengan la valentía de expresarle sus puntos de vista persona-

les, independientemente de la estima y del profundo afecto que se le profesan.

Hemos tenido oportunidad de oir algunas de esas críticas; pero no deseamos repetirlas para no influenciar en manera alguna a los que aún no hayan oído al señor Jinarajadasa. Las consideraciones que estamos hacien-



C. JINARAJADASA

do tienen otra finalidad: la de pedir a los Hnos. que se coloquen en una amplia situación de tolerancia, sin abdicar, por supuesto, a ninguna de sus convicciones.

La tarea que gravita sobre los hombros de nuestro ilustre huésped y la misión que realiza con tanta intensidad, belleza y valor por este para él nuevo y descono-

cido Continente, no es fácil y quizás no es muy agradable. Atravesamos una época delicadísima, en la que se revisan doctrinas y se presenta al mundo nuevos y hondos problemas espirituales de todo orden. Entre los viejos y venerables moldes de la Teosofía, que tan brillantemente la S. T. ha construído en el mundo entero, y el Mensaje de Krishnamurti hay sin duda grandes diferencias. Vivimos en un momento que es de transición, preludio de transformaciones radicales y de reconstrucciones. Lo esencial es aprovechar de todas las circunstancias favorables, tratando de obtener de las mismas el mayor provecho posible. Hay que construir sin destruir o, quizás dicho con más propiedad, hay que construir utilizando todos los materiales que tenemos a mano y que, si sirvieron en el pasado, pueden servir en el presente y en el futuro.

Eso es, para quien esto escribe, lo que hace el señor Jinarajadasa, con un tacto muy fino, un poder de adaptación admirable y una valentía a toda prueba. La misión que se ha impuesto la realiza. Y si bien es cierto que en algunos detalles aparecen correcciones, tal vez porque ha comprendido que en Europa, donde tan mal se nos conoce, fué mal informado, lo esencial de su obra queda intacto. Así lo hemos ido comprobando con gran satisfacción a través de sus conferencias de Montevideo y Buenos Aires.

Que el éxito haya coronado sus esfuerzos lo demuestra el entusiasmo y la profunda simpatía que está despertando en todas partes. Y nosotros, ante este resultado, nos preguntamos: ¿habría ocurrido lo mismo si hubiese adoptado una actitud más rígida y más unilateral, frente a unas masas que ignoran en absoluto que se está forjando una nueva cultura, masas a las que en particular va dedicado su verbo?

Sin creer que el señor Jinarajadasa sea infalible, estamos convencidos que no necesita nuestras críticas, nuestras consejos e insinuaciones. El sabe perfectamente — y así lo ha manifestado — cual es el Camino Di-

recto que lo conduce a la Meta. Lo que él necesita es nuestra clara comprensión, de lo que dice y de lo que calla. Lo que él quiere y acepta es toda nuestra benevolencia. Porque sólo la comprensión y la benevolencia son actitudes constructoras y bellas.

Erudición, memoria, intuición.

La cultura del Sr. Jinarajadasa es mucho más sólida de lo que parece. Es su gran modestia lo que impide a aquélla brillar y manifestarse en toda su amplitud. Pero cuando se presenta la oportunidad, de una manera espontánea y sencilla, él demuestra que su preparación es inmensa. En la Biblioteca de la Universidad de Córdoba dejó asombrados a todos los que le rodeaban comentando libros y autores.

Si bien es cierto que está nutrido de clasicismo, ninguna disciplina científica le es extraña. Esta doble línea de desarrollo mental le permite armonizar las creaciones imaginativas con la severidad del método y de los conocimientos de la ciencia. De ahí la belleza y la solidez de todos sus escritos. Bien sabemos cuanto ha contribuído a la cultura teosófica su magnífico libro *Fundamentos de Teosofía*, por la claridad del estilo y el orden con que ha expuesto lo esencial de la doctrina, realizando así en gran parte el criterio sustentado por Mead en 1907 — del que he hecho mención en el capítulo IV — sin hacer ninguna concesión a la ciencia en lo que se refiere a excluir las más preciadas conquistas de la Sabiduría Arcaica. "No hay nada mejor, para la comprensión de la Teosofía que tener una idea general de la ciencia moderna". Con estas palabras empieza el mencionado libro. Ellas son como la tónica de la obra entera; a ellas se mantiene siempre fiel; con ellas ha iniciado una nueva época en los estudios teosóficos — terminando con las tonterías de muchos estudiantes que se habían esclavizado al preconcepto de que Teosofía y Ciencia son antagónicas — y por ellas se han de-

cidido a estudiar Teosofía muchos intelectuales que estaban prevenidos contra ella.

En cuanto al aspecto inmediato de la doctrina y sus relaciones con todos los actos de la vida diaria, su *Teosofía Práctica* es un precioso manual que basta por sí solo para formar una educación y realizar un gran perfeccionamiento.

Le ayuda una memoria prodigiosa. Recuerda hombres, hechos, lecturas, detalles con una minuciosidad y claridad perfectas. En unas horas escribió en Montevideo la conferencia que los maestros le pidieron sobre Educación; en unas horas escribió en Buenos Aires la conferencia sobre la Paz que le pidió la Orden del Olivo. Todas las citas son hechas de memoria y todas son exactas. Igualmente puede citar estrofas enteras de los poetas que ha estudiado.

El desarrollo de su intuición es enorme. Así se explica que cuando trata de Arte, uno de sus temas favoritos, muestra panoramas de una amplitud y bellezas ideales, con detalles y finuras que sólo un intuitivo puede dar. Jinarajadasa es un exquisito poeta y es autor de numerosas composiciones; pero casi todos lo ignoran porque él talvez no ha publicado ninguna. ¿Qué razones tendrá para proceder así? Fué realmente lamentable que la falta absoluta de tiempo le impidiera aceptar la amable invitación del Dr. Ricardo Rojas y dar una conferencia sobre Arte en la Facultad de Filosofía y Letras.

He podido apreciar su intuición en este detalle. Cada una de sus conferencias fué vertida al castellano por varios traductores independientes. Jinarajadasa, antes de decidirse por alguna de ellas, las coteja, agrega en unas y suprime en otras y así se prepara con los elementos de todas una traducción que responda a la mayor interpretación de su pensamiento. ¿Cómo podría realizar ese trabajo, en un idioma casi desconocido, si no lo asistiera una gran intuición?

Si algún día, este hombre de tantos méritos llega a

ser Presidente de la Sociedad Teosófica — como todo lo presagia — seguramente ha de continuar la brillante tradición de sus predecesores.

Matices ocultos.

Que Jinarajadasa sea un ocultista práctico y muy adelantado no me cabe la menor duda. Es arriesgado hacer esta afirmación, por aquello de que un ocultista sólo puede ser reconocido por otro ocultista. Sin embargo, los lectores que conocen el método analógico y están enterados de algunas reglas fundamentales del ocultismo teórico verán que la afirmación puede ser exacta. Algunos detalles la comprobarán.

En el pueblo de *** visita la Logia local. Tiene por público a unos modestos campesinos, que han sido capaces de realizar lo que no han hecho florecientes logias de muchas grandes ciudades. Habla al corazón de esa buena gente de tal manera que les arranca lágrimas de emoción. Percibe la perfecta unidad de aspiraciones y de sentimientos que hay entre todos ellos y al día siguiente hace esta confidencia a un Hno.:

—Esa Logia es un poderoso centro magnético. Todas las logias de las ciudades circunvecinas reciben fuerza de ella. Es un milagro que sólo puede realizarse cuando el mental no lo echa a perder todo...

El autor de estas líneas, por razones que es superfluo detallar, deseaba ser Organizador Nacional de la Orden de la Estrella. Encargó a un Hno., que debía ir a Rosario, formulara en su nombre y fraternalmente el pedido. Hubo varias entrevistas y conversaciones, pero no se llegó a ningún resultado. Por fin, unas horas antes de tomar el tren para Tucumán, el Sr. Jinarajadasa coloca sus manos sobre los hombros del intermediario y le dice:

—Ud., mi amigo, será el futuro Organizador Nacional de la Estrella. Yo mismo indicaré su nombre a Rajagopal.

Extrañeza del beneficiado y protestas de incompeten-

cia. Al ver que Jinarajadasa insiste, quema el último cartucho diciendo:

—Sr., yo he venido a pedir el cargo para Montesano. ¿Cómo quedo ahora con él?

Jinarajadasa tranquilo y seguro responde:

—No se preocupe por Montesano; él se pondrá gustoso a sus órdenes y colaborará con Ud.

Cuando me enteré de lo sucedido, dí a mi querido embajador un abrazo y lo felicité por el honor que se le acababa de conceder. El mismo día escribí al Sr. Jinarajadasa felicitándolo por la elección; reconocía que el Hno. agraciado tenía mejores y mayores condiciones que yo y le agradecía desde lo más íntimo de mi corazón la confianza que me había demostrado, bien seguro que yo no me habría de sentir herido en lo más mínimo en mi susceptibilidad, feliz de trabajar sin figuración alguna.

De Córdoba a Mendoza, por un lamentable error, hubo de viajar en un tren que no llevaba dormitorios. Sin una sola protesta, se pasó las 25 horas sentado en un coche de primera.

Percibe las vibraciones y lee en el aura de todos los que se le acercan con una claridad admirable. Es inútil tratar de conseguir elogios y atenciones especiales poniéndose muy en evidencia. El sabe lo que cada uno vale y a cada uno le otorga lo que estima conveniente y justo.

Su bondad no tiene límites, pero su firmeza tampoco. Capaz de llegar al sacrificio cuando se trata de su persona es una roca inconmovible cuando está de por medio el Ideal, el Deber y la Misión.

Los lectores han de perdonar si no doy otros interesantes detalles. Con lo expuesto hay bastante para confirmar mi convicción de que se trata de un gran ocultista práctico.

Conclusión.

Todo lo que se acaba de decir es, como ya se previno,

el resultado de observaciones personales. Las reuní y envié a los Miembros de otras Secciones, a fin de que se preparen de la mejor manera posible para recibir a tan distinguido huésped.

Aquí, en la Capital, hicimos todo lo que era dable hacer en el ambiente en que actuamos para estar a la altura de las circunstancias. La finalidad principal se ha conseguido: hemos despertado por las doctrinas teosóficas y por su digno Mensajero un interés general. Desde hace algunas semanas, ambos — las doctrinas y el señor Jinarajadasa — han sido el tema de las conversaciones en todas partes. El pueblo entero, sin distinción de clase, sexos ni credos, ha acudido en masa a escuchar sus inspiradas y honradas palabras. En el amplio y lujoso Teatro Cervantes, lo han escuchado miles y miles de personas en actitud reverente y afectuosa y, si debemos juzgar por lo que hemos oído, cada uno de los oyentes se ha llevado un fragmento de su alma. Difícilmente se le recibirá en ninguna otra parte con mayor entusiasmo e interés.

El señor Jinarajadasa tiene la particularidad de dirigirse simultáneamente al cerebro y al corazón. En cada alma donde penetra su profética voz deja algo de sí mismo, porque en cada alma halla un claro que llenar. Cada uno de los que lo han oído, partidario o adversario, ha debido reconocer que en su Mensaje había una parte destinada a él. Y cada uno ha tomado esa parte que tan bondadosa y desinteresadamente se le ofrecía, sobre todo porque la ofrenda siempre era hecha con arte.

Es que Jinarajadasa ante todo y sobre todo es un artista: artista del pensamiento; artista de la emoción; artista de la palabra y del gesto. En esta su peculiaridad reside el secreto de sus encantos, la potencia de su persuasión, el éxito de su apostolado.

Lo hemos visto actuar en público y en privado. En la S. T. y en todas las organizaciones colaterales y afines. Y siempre hemos hallado al maestro que conoce a la

perfección, hasta en sus menores detalles, la actitud que en cada circunstancia le conviene adoptar.

No podemos pronosticar lo que quedará de tanta energía, de tanta belleza, de tanta bondad y de tanta verdad derramada a manos llenas. Pero sí podemos afirmar que el Aura de un hombre bueno, de un Santo, de un Arhat, de un Yogui, de un Sannyasin nos ha envuelto a todos y ese contacto no podrá menos que estimularnos para intensificar el esfuerzo que hacemos a fin de conseguir una mayor purificación, a fin de crear y recrear incesantemente nuestro porvenir de acuerdo con el ideal de perfeccionamiento que él nos ha mostrado en su poderosa individualidad.

Noticias de crónica. (Buenos Aires).

El Sr. Jinarajadasa llegó a esta ciudad en la mañana del 18 de diciembre. Un numeroso grupo de Hnos., con sus autoridades al frente, lo esperaba en la Dársena Sud, saludándolo afectuosamente cuando se presentó en la cubierta.

En la tarde de ese mismo día dió su primera conferencia. Tema: "El Idealismo en la Teosofía".

Día 19. Por la noche, fiesta de las Logias de la capital en homenaje al distinguido huésped, en el Salón de la A. B. T. A.

Día 20. Segunda conferencia pública. Tema: "Verdadero y Falso Yoga".

Día 21. Por la noche reunión en la Logia Dharma, para la iniciación de varios miembros nuevos, a quienes el visitante dirigió una sentida alocución.

Día 22. Por la tarde tercera conferencia pública. Tema: "Los Dioses Encadenados". Por la noche preside la reunión de los "Caballeros de la Tabla Redonda" y habla sobre dicha Orden.

Día 23. — Por la mañana, reunión de la E. E. (sesión de clausura). Por la tarde reunión de los miembros de la Estrella. En ambas reuniones nos dijo cosas muy interesantes.

Día 24. Fiesta criolla en el Teatro Nacional, ofrecida por la Sra. S. M. O. de Botana.

Día 25. Por la tarde visita a la Orden Teosófica del Servicio.

Día 26. Reunión de la Co-Masonería, en la que el visitante dió muchas instrucciones de importancia.

Día 27. Cuarta conferencia pública. Tema: "El Mensaje de Krishnamurti".

Día 29. Quinta conferencia pública, patrocinada por la Orden del Olivo. Tema: "Desarmemos la guerra".

Todas las conferencias públicas han sido dadas en el amplio y lujoso Teatro Cervantes.

Como se ve, la labor del Sr. Jinarajadasa ha sido muy intensa. Su actividad resulta más asombrosa si se tiene en cuenta que atiende visitas, concede entrevistas, despacha su correspondencia particular, etc.

Se le ha agasajado con diversos actos de índole privada. El obsequiado se condujo en todos ellos como un cumplido caballero, demostrando que está habituado a las reuniones de la sociedad culta. De conversación fina, amable e interesante demuestra que, cuando los deberes de su misión le dejan en libertad, también él sabe ser hombre de mundo, en todo lo que esta expresión tiene de refinado y expansivo, sin abandonar nunca su encantadora sencillez.

El día 26, el Dr. Ricardo Rojas, Rector de la Universidad, mandó ofrecer el local de la misma al Sr. Jinarajadasa invitándolo para que diera una conferencia sobre Arte. Jinarajadasa lamentó no poder aceptar tan gentil invitación porque ya había fijado su partida a Concordia (Entre Ríos) para la mañana del 30.

En la fiesta de la noche del 19, organizada por el Hno. A. F. Guerra, especialmente invitado, tuve la grata oportunidad de dedicarle algunos párrafos. Ahí van reconstruídos.

Enseña la Sabiduría Arcaica que en el juego de las fuerzas naturales, humanas y divinas, todo aquello que se desea tarde o temprano se obtiene, proporcionalmen-

te a la intensidad con que se emite y se vitaliza el deseo. Quien dice deseo, dice también anhelo y aspiraciones. Sobre este principio descansa todo el mecanismo de los procesos que nosotros llamamos Ley de Karma y Ley de Reencarnación.

La venida del Sr. Jinarajadasa es el resultado de un anhelo. Durante años le hemos llamado con la voz íntima de nuestras almas y él ha respondido a este místico llamado, viniendo.

En la vida de cada uno de nosotros suele haber hechos cuya importancia sólo se valora con el tiempo, cuando se contemplan a cierta distancia.

Mientras somos actores en ellos, pasamos por ellos en un estado de semi-conciencia, como si estuviéramos soñolientos. Cuando se han desvanecido las causas y empezamos a palpar las consecuencias, empezamos también a darnos cuenta de que el hecho fué de orden trascendental.

¿Cuál es la explicación de este fenómeno? Dante (Paraíso. I Canto, versos 7, 8, 9) quizás os pueda suministrar una clave:

Perché, appressando sé al suo disire,
Nostro intelletto si profonda tanto,
Che retro la memoria non puó ire. (5).

No hay tiempo para hacer la exégesis de estos versos y corroborarlos con experiencias propias y ajenas. Me limito pues a esta constatación: pasa el tiempo y llega un momento en que uno exclama con sorpresa: ¿Y yo estuve allí? ¿Y yo pude hacer eso? ¡Me parece un sueño!

Transcurrirán los años y las décadas; y cuando los jóvenes de hoy, que entonces serán viejos, relatarán a sus hijos y a sus nietos que la venida del Sr. Jinarajadasa no fué un mito ni una leyenda, que ellos lo vieron,

---

(5) La relativa abundancia de versos en italiano que figuraron en este breve discurso, es debida al hecho de que el Sr. Jinarajadasa conoce mejor el italiano que el español. Dejamos los versos sin traducir a fin de no profanar su exquisita belleza.

lo tocaron y hablaron con él; cuando esto digan con todo el calor y el entusiasmo que dan las cosas sagradas, los hijos y los nietos verán a los padres y a los abuelos como aureolados por un prestigio de santidad; porque lo vieron, lo tocaron y hablaron con él.

Desde que el Sr. Jinarajadasa ha pisado el suelo americano, lo que antes era una especie de nebulosa ha ido



C. JINARAJADASA
(Fot. tomada en Buenos Aires, Diciembre de 1928).

adquiriendo nítidos contornos. Ante mi mirada hiperfísica se despliega, con toda la magnificencia de sus miríficos colores, una alborada prometedora de paz y de guerra. Parece un anacronismo unir estos dos términos; pero no lo es. La paz, la paz interna y divina, sólo se la posee después de haber guerreado con valentía y tesón contra todo lo que intenta poner un límite a la libre manifestación y expansión de la vida, de la Vida

que lo es Todo, que es Dios, Libertad, Felicidad, Belleza, Justicia, Liberación.

Y en esa visión alboral veo también dibujada con líneas bien definidas la plácida figura de Jinarajadasa trayendo su Mensaje. Quizás la esencia de dicho Mensaje no saldrá nunca de sus labios; pero quien está en condiciones de oir oirá. Oirá el eco de la voz insonora que tal vez repita las palabras que el inmortal Carducci pone en boca de Dante:

Aprite — disse — che coscienza porta
Lo mío voler e tra i superbi io vengo
Benché la stanza mia qui'sará corta.

—¿Pero entonces — preguntará algún espíritu sutil y escéptico — la venida del Sr. Jinaradajadasa es tan importante?

Contesto sin titubear que sí. Su viaje al Continente Sud-Americano implica una serie de transformaciones que lentamente se irán apreciando.

Sólo el tiempo nos podrá demostrar con los hechos la importancia de esas transformaciones. Mientras tanto, constato algo más: las ansias nacidas en las alternativas del viaje, que han durado dos años; la íntima satisfacción al saber que venía; y por fin la alegría, el entusiasmo, la inquietud y la responsabilidad del arribo. Porque ha habido también inquietudes y sentimientos de responsabilidad; yo, a lo menos, los he sentido. Son las ansias, la alegría y el entusiasmo que experimentamos en las circunstancias que jalonan nuestra existencia: cuando fuimos por primera vez a la escuela, cuando nos pusieron pantalones largos, cuando cambiamos el primer beso con la mujer amada, cuando nos vimos librados a nuestras propias fuerzas en el inmenso piélago de la existencia colectiva cuando una boca angelical pronunció por primera vez la inefable palabra "papá"...

Podré equivocarme, pero me parece que la venida de tan desarrollado Ego, quien no sólo instruye con su palabra sino que estimula y vivifica con su aura, tiene to-

do el significado de que vamos a pasar de una etapa a otra en nuestra vida espiritual. Tengo la impresión bien definida de que este Gran Continente Sud-Americano, tan pleno de divinas promesas, está por pasar de la niñez de sus experiencias externas a la juventud de sus experiencias internas. ([5]).

Hay una Institución particularmente interesada en este fenómeno renovador. Es la S. T., de la que el señor Jinarajadasa durante tantos años ha sido su Vice-Presidente y a la que tanto le ha dado de sí mismo. Creo de mi deber decir a este propósito algunas palabras; vayan ellas bajo mi exclusiva responsabilidad.

Nuestra Sociedad, como cualquier organismo formado por hombres, está inevitablemente destinada a evolucionar o a degenerar. Ambas posibilidades se hallan en nuestras manos. Si hacemos de ella una Iglesia, con todos los exclusivismos, los dogmatismos, las ortodoxias, los temores y los terrores que han caracterizado a todas las iglesias; si nos limitamos a desempeñar el pobre rol de frailes predicadores, dominados por la preocupación de catequizar y corregir a los demás, como si los demás estuviesen fuera de la Vida y como si nosotros no tuviéramos defectos, haremos de nuestra Institución un triste receptáculo de todos los débiles, fracasados, ilusos y visionarios de que tan rico es el ambiente.

Espero que eso no sucederá. Hemos entrado en un nuevo ciclo de vida, preconizado en 1888 por H. P. B., el de la evolución ascendente, y en el que todo debe virtualmente progresar. Es el ciclo adivinado por Zola hace más de 30 años, cuando afirmaba ocultísticamente que la Verdad está en marcha y que nada puede detenerla. Además, se nos dice que la S. T. tiene sus Protectores Invisibles, que no por ser invisibles dejan de ser reales. De vez en cuando, esos Protectores nos pres-

(6) El señor Jinarajadasa, en sus palabras finales, se refirió a este punto y lo confirmó; sólo que, por humildad y modestia — o quizás por otras razones — agregó que no era él quien traía esta nueva época, sino que ya estábamos en ella.

tan una ayuda, enviándonos un Mensaje o un Mensajero. Estoy convencido que el señor Jinarajadasa es uno de éstos; y estoy convencido también que su presencia implica una verdadera inyección de vida en nuestra Institución.

En estos últimos meses, he venido constatando con sorpresa que algunos excelentes Hnos. se han atemorizado por lo que Krishnamurti ha dicho respecto a las corporaciones; y hasta se ha dado el caso de impedir se hablara sobre este punto en la conmemoración del 17 de noviembre. Por mi parte, creo que las palabras de Krishnamurti son santas. Cuando un espiritualista se identifica demasiado con la corporación a la que pertenece, inconscientemente contribuye a que dicha corporación degenere. Ahí están para probarlo todas las sectas pseudo-cristianas que durante siglos han inundado el mundo con sangre. Es que se crea un "espíritu de cuerpo" sumamente peligroso.

La S. T., fundada para recordar al hombre su esencia divina, para recordarle también que él es el único hacedor de su destino y para darle la más elevada noción de su libertad interna, no puede tener espíritu de cuerpo; y si ya lo ha formado debe transformarlo en espíritu de sacrificio, ofrendándose con valor, bondad y alegría a la Humanidad entera, sin distinción alguna, porque la Humanidad entera constituye una sola corporación.

En una conversación que el Maestro Koot Humi mantuvo hace muchos años con el señor Sinnett, le dijo:

—Nosotros no somos una especie de Mejnour (6), algo así como una rosa seca metida en un libro de poesía. Nosotros tomamos viva participación en los dolores de los hombres y hacemos lo posible para aliviarlos.

He recordado esas bellas palabras al leer el magnífico artículo — que es también una valiente confesión y

(7) Uno de los personajes centrales de la obra "Zanoni" del conocido ocultista Bulwer Lytton.

afirmación — del señor Jinarajadasa publicado con el título "El camino directo y el camino indirecto que conduce a la Liberación".

Señor Jinarajadasa:

Vos que siendo niño, leyendo el "Idilio del Loto Blanco", entrevisteis la Meta de vuestra existencia y el Sendero que conduce a ella;

Vos que en vuestra adolescencia os visteis en una de vuestras encarnaciones pasadas cual joven griego dedicado al culto de Palas Atenea, la Diosa de la Sabiduría;

Vos que, siendo estudiante, en la poderosa luz de Platón, reveladora de la teoría de los Arquetipos, libertasteis vuestra alma del dolor y pudisteis contemplar al Eterno;

Vos que más tarde, leyendo los Upanishads, vísteis al Eterno como el Fuego Sagrado que vivifica las aguas de todas las experiencias;

Vos que comprendísteis y vivísteis el consejo de la señora Besant "mejor es quedar cegado por la luz que morir voluntariamente en el crepúsculo de la noche";

Vos que descubristeis en Federico Myers toda la belleza del símbolo de la Estrella Matutina;

Vos que en el encanto de vuestra Ceylán vibrateis de entusiasmo y de místico amor al leer las páginas del gran John Ruskin;

Vos que penetrásteis valientemente en la gloriosa perspectiva de los ensueños de la música wagneriana;

Vos que, en compañía de nuestra amiga la señora Kirby, os recreasteis en la contemplación de las superhumanas visiones de Dante;

Vos sois grande por todo eso; pero más grande sois porque, a pesar de haber descubierto la Meta y el Sendero directo que conduce a ella, habéis renunciado a vuestra Liberación inmediata para quedaros con vuestros semejantes, identificado con ellos en sus dolores, en sus ansias, en sus éxitos y en sus fracasos, en sus esfuerzos y en sus esperanzas a fin de ayudarlos a que

ellos también puedan encontrar la Meta y el camino que a ella conduce, imitando a aquel sabio chino que, en vez de pasar por las puertas del Cielo que se abrían ante él, se hizo a un lado y declaró que no entraría hasta no haber visto pasar al último de sus semejantes.

Vuestra permanencia entre nosotros, como todas las cosas bellas e intensas, será breve. Otros países y otros pueblos reclaman vuestra presencia, y esperan vuestra llegada y vuestro Mensaje de Paz, de Luz y de Amor, con las mismas ansias con que lo hemos esperado nosotros. Y cuando, dentro de pocos días, con pena y gratitud os veremos alejar, os saludaremos con las mismas palabras que Wagner pone en boca de Lohengrin en el momento de saludar al Simbólico Cisne:

Mercé, mercé — Cigno gentil.
Válica ancor — l'ampio oceán
Vanne, ritorna — al Santo Asil
In cui non penetra — lo sguardo uman.
Compiuto il patto — hai con onor
Addio, addio — Cigno canor.

INDICE